JESUS LOPEZ SAEZ

SE PEDIRA CUENTA



Muerte y figura
de Juan Pablo I

3ª
EDICION
AUMENTADA

Tratados
de
Testimonio

ORIGENES

Se pedirá cuenta

Jesús López Saéz

Prólogo del autor



En octubre de 1985 publiqué un artículo sobre la muerte y la figura de Juan Pablo I en la revista de información religiosa Vida Nueva. El artículo salió a la calle el día 4, séptimo aniversario del entierro. Poco después, el 24 de noviembre, comenzaba en Roma la celebración del Sínodo extraordinario de los obispos, destinado a hacer balance de los veinte años de posconcilio.

Dejé escrito entonces: "La muerte de Juan Pablo I y su significado es algo que no debe olvidarse, a la hora de hacer examen del momento presente de la Iglesia. Todo lo que en su día se quiso enterrar con su cuerpo, está apareciendo de diversas formas ante la conciencia de la Iglesia y del mundo. Los padres sinodales deberían, valientemente, tenerlo en cuenta, porque está en juego la relación de la Iglesia consigo misma, con el mundo y, por supuesto, con Dios" (1).

Era de suponer que, por los cauces habituales, el artículo llegara a muchos padres sinodales. No obstante, se lo envié, mediante personas de confianza a dos cardenales. Uno de ellos vive en Roma. El otro es el cardenal Hume, de Londres, arzobispo de Westminster. Atentamente, el secretario de Hume recogió en propia mano el envío.

No hace falta decir que, por diversos motivos, he seguido con viva atención las incidencias del tema. Pues

bien, en el verano de 1988 la revista, de Comunión y Liberación, anunciaba la aparición de un libro sobre Juan Pablo I. Decía lo siguiente: "El pasado diciembre un periodista inglés llamaba a la puerta del Vaticano para presentar una petición que podríamos definir descarada: escribir un libro sobre el 'misterio' de la muerte de Juan Pablo I" (2).

El periodista en cuestión es John Cornwell. Nacido en Londres, casado y con dos hijos, vive en Northamptonshire (Inglaterra). Fue seminarista durante siete años. Después, durante más de veinte, ha sido agnóstico. Periodista y también novelista, ha sido durante doce años jefe de corresponsales del diario inglés The Observer.

Ahora bien, ¿Qué credenciales acreditaban al periodista? Cornwell lo había previsto todo: "Había llegado a Roma con una carta de presentación del cardenal inglés Basil Hume. El Vaticano otorgó su placet a Cornwell, quien sólo prometió narrar con escrúpulo e imparcialidad el resultado de sus investigaciones" (3).

El libro se titula Un ladrón en la noche y ha sido publicado en Londres, a finales de mayo. Sorprende que el autor no diga nada de la mediación del cardenal Hume. Dice que en 1987 estaba embarcado en el estudio de fenómenos "sobrenaturales" y que en el mes de octubre buscaba respuestas oficiales de la Iglesia sobre las apariciones de Medjugorie (Yugoslavia): "Fue así con éste trasfondo como repentina y sorprendentemente fui animado por el Vaticano a considerar un proyecto completamente diferente: la verdadera historia de la muerte de Juan Pablo I" (4).

El arzobispo John Foley, presidente de la Comisión de Medios de Comunicación Social, le dijo a Cornwell: "Estoy seguro, si un periodista de buena fe intentara escribir la verdad de esa noche, yo podría abrirle las puertas del Vaticano" (5). Por su parte, el rector del Colegio Inglés de Roma, monseñor Kennedy, le dió toda clase de facilidades. Dice Cornwell en el prefacio del libro: "El Vaticano esperaba que yo probara que Juan Pablo I no había sido envenenado

por uno de ellos. Pero como he intentado verificar a través de una serie de intrigantes y, frecuentemente, frustrantes encuentros, tanto dentro como fuera del Vaticano, la evidencia me fue llevando a una conclusión que me ha parecido más vergonzosa y más trágica que cualquiera de las teorías de conspiración propuestas hasta la fecha" (6).

Pero volvamos la vista atrás. Cuando murió Albino Luciani, Papa Juan Pablo I - en 1978, al mes de su elección - quedaron sin adecuada respuesta interrogantes tan elementales como éstos: ¿De qué murió Juan Pablo I? ¿Cuál fue realmente su figura? Con frecuencia ambas cuestiones aparecen relacionadas. Así se ha llegado a decir: "fue un pobre hombre que murió aplastado por el peso del papado". Más aún, como dice ahora Cornwell: "se dejó morir por no sentirse capacitado para ser Papa". Y al contrario, como decimos muchos: "fue mártir de la purificación y renovación de la Iglesia".
La divergencia es obvia, radical, fundamental. David Yallop, tras casi tres años de investigación, dice en su libro titulado En nombre de Dios (1984) que las circunstancias precisas en relación con el descubrimiento del cuerpo de Juan Pablo I "demuestran con bastante elocuencia que el Vaticano perpetró un encubrimiento". El Vaticano dijo una mentira tras otra: "Mentiras sobre pequeñas cosas y mentiras sobre grandes cosas. Todas estas mentiras no tenían sino un único propósito: disfrazar el hecho de que Albino Luciani, el Papa Juan Pablo I, murió asesinado". El Papa Luciani "recibió la palma del martirio por sus creencias" (7).

Regina Kummer, que durante años ha estudiado la biografía de Juan Pablo I, se interesa poco por la causa de la muerte: el Papa murió "porque Dios lo quiso así". Dice también: "¿de qué nos sirve saber si el Papa Luciani murió de un infarto o de una embolia?". La autora entiende que la hipótesis de un envenenamiento no merece ni la más mínima consideración. El Papa Luciani fue un signo del Señor, un testigo de su amor, un santo cuya figura ha conducido a la propia autora de la Iglesia protestante a la Iglesia católica (8).

John Cornwell, cuya investigación ha durado aproximadamente un año, afirma que Juan Pablo I no murió de un ataque al corazón, sino de embolia pulmonar. El Papa se habría dejado morir al abandonar su tratamiento y al impedir que llamaran a un médico el día que se sintió mal: "Cual es la línea que divide el 'abandonarse', suicidio por deliberada negligencia, y la 'resignación' o el 'abandono' en sentido religioso, cuando una persona cree que la voluntad de Dios es que muera y abraza ansiosamente esta perspectiva?". Dice también: "El necesitaba descanso y una rigurosa medicación. Si hubiera tenido esa atención, es casi cierto que habría sobrevivido.

Las señales de una enfermedad mortal eran claras y visibles para todos, pero fueron ignoradas. Poco o nada se hizo para ayudarle o salvarle" (9). Para muchos eclesiásticos, no hay problema: murió de muerte natural. La teoría del asesinato es una fantasía absurda; se manejan datos sueltos, que no tienen relación entre sí; en el fondo, todo se reduce a esto: "no todos los reflejos funcionaron en esos trágicos momentos de forma perfecta y se cometieron algunos errores. Errores que han sido explotados sin la más mínima consideración" (10).

Como veremos, los errores abundan. Ahí está la afirmación del cardenal Oddi, que con Samor, asistió a Villot durante el período de sede vacante: "El Sagrado Colegio cardenalicio no tomar mínimamente en examen la eventualidad de una investigación y no aceptar el menor control por parte de nadie y, es más, ni siquiera se tratar de la cuestión en el colegio de cardenales" (11). Según esto, escaso margen de opción le quedaba al Sacro Colegio y está de sobra la afirmación de Nicolini, que durante varios años ha sido vicedirector de la sala de prensa del Vaticano: "El Sacro Colegio no ordenó la autopsia, porque la consideró superflua, no habiendo duda alguna sobre las causas naturales de la muerte del Papa Luciani" (12).
Por el contrario, un biógrafo del Papa Luciani, cuyo nombre no doy por motivos obvios, me dijo a propósito del artículo sobre la muerte de Juan Pablo I: "Estoy totalmente de acuerdo. No se puede decir, pero se lo han cargado". Como

veremos después, la revista que publicó el artículo se vio forzada a publicar una descalificación global del mismo. Y en el Secretariado Nacional de Catequesis, donde yo era responsable de catequesis de adultos, se me vino a decir: "Ni una palabra más". Además, consta por diversas fuentes que sor Vincenza, la religiosa que descubrió el cadáver de Juan Pablo I, fue intimidada en la Secretaría de Estado a no decir nada: "pero el mundo debe conocer la verdad", dijo sor Vincenza a una fuente autorizada que me lo ha comunicado personalmente. Por su parte, monseñor Bortignon, antiguo obispo de Belluno y de Padua, que acudió al Vaticano a instancias de Juan Pablo I, no reveló nada del encuentro: "son cosas que llevar, conmigo a la tumba" (13). En el libro de Cornwell, hablan (¡por fin!) sobre el tema personas que durante años han observado un riguroso silencio. Es lo mejor del libro. Lo peor es que consuma la mayor distorsión de la figura de Juan Pablo I. Diversas personalidades - principalmente vaticanas - se explican al respecto. Otros, sin embargo, callan.

Monseñor Noé que fue maestro de ceremonias, y el que fue secretario del cardenal Villot se evaden como pueden. Otros se refugian en el anonimato. ¿Qué significa éste estado de cosas dentro de la Iglesia? ¿Acaso se puede conjugar con las palabras de Cristo que dijo: La verdad os hará libres? (14).

Mientras tanto, según una encuesta reciente, el 30 por ciento de los italianos está convencido de que Juan Pablo I murió asesinado. Más de quince millones de personas! (15).

El problema está ahí y se puede resolver, no encubriendo ni reprimiendo el asunto, sino intentando de corazón comprender. Es cierto el refrán: no hay peor sordo que el que no quiere oir ni peor ciego que el que no quiere ver. Datos, indicios y signos abundan por doquier. Y estaría justificada una investigación judicial en cualquier Estado de Derecho.

Con ello, hay que decirlo, no se ataca a la Iglesia. Al contrario, se la defiende según aquello que está escrito: el

celo de tu casa me consume (16).
La clave evangélica es la purificación del templo, que casa de oración y no debe convertirse en un mercado ni en cueva de bandidos. Evidentemente, lo que está en juego es muy grave: ¿Dónde ha habido más negocios? ¿En el mercado vaticano o en el viejo templo denunciado por Jesús? ¿No son demasiadas las muertes que han acompañado a esos negocios? ¿Se le ha hurtado a la Iglesia y al mundo la causa de la muerte de Juan Pablo I? ¿Se ha distorsionado su figura?

Si no se responde adecuadamente a estos interrogantes, la nueva evangelización quedar desacreditada. En muchos casos, ser una desgraciada comedia. está en juego la relación de la Iglesia consigo misma, con el mundo y, por supuesto, con Dios. Además, la gente que espera la luz del evangelio no está dispuesta a comulgar con piedras de molino. Como sucedió en la Iglesia naciente, hay tensiones que son inevitables. Así, en la carta a los G latas, en el mismo capítulo, se habla de la mano que se le tiende a Pablo "en señal de comunión" y de la "reprensión" que el apóstol de los gentiles le hace a Pedro (17).

Es verdad que Juan Pablo II, ya en la primera reunión plenaria del Colegio Cardenalicio (6-XI-1979), anunciaba un planteamiento nuevo de las finanzas vaticanas: "El sacro colegio tiene el derecho y el deber de conocer exactamente el actual estado de la cuestión". También es cierto que desde 1981 (quizá con riesgo de la propia vida: cuestión de conexiones y repercusiones), ha promovido paulatinamente la reforma del Instituto para las Obras de Religión (IOR), llamado también Banco del Vaticano. El resultado es una nueva estructura del mismo, "más colegial y sometida a varios controles, de forma que resulten imposibles algunas operaciones que en el pasado comprometieron la credibilidad de la Santa Sede" (18).
Además, la aparición del libro de Cornwell manifiesta una actitud, de mayor transparencia, por parte del Vaticano. Sin embargo, Cornwell distorsiona gravemente la figura de Juan Pablo I. Es de suponer que ni Juan Pablo II ni el cardenal Hume estén de acuerdo con semejante distorsión.

En resumen, se advierten algunos cambios por parte del Vaticano, pero no bastan. Aún subsisten responsabilidades muy graves, que hay que afrontar, si se quiere proceder con rectitud, según la verdad del evangelio. Una personalidad relevante y significativa me escribía lo siguiente en noviembre de 1985: "Hasta ahora ninguno de los que saben ha sentido el deber de hablar y decir finalmente la verdad.

Las sombras y las sospechas van creciendo cada día. Quizá el Papa Wojtyla podría tomar la iniciativa de una clarificación que diese al mundo la paz sobre la persona de Luciani. No se podrá esconder indefinidamente la verdad" (19).

En cualquier caso, con muchos creyentes, grupos y comunidades, nos remitimos ya desde ahora a ese tribunal, donde se juzga el verdadero sentido de la historia y donde, como dice el Señor, se pedirá cuenta (20).

Albino Luciani nace en Forno di Canale (hoy Canale d'Agordo), en la provincia italiana de Belluno, cerca de la frontera austríaca, el 17 de octubre de 1912. Sus padres, Giovanni y Bortola, son humildes trabajadores, que durante años han conocido el duro mundo de la emigración. Son seis hermanos: Amalia y Pía (sordomudas, hijas del primer matrimonio del padre, que enviudó pronto),

Albino, Federico (muerto a los pocos meses de nacer), Eduardo y Antonia. El 3 de septiembre de 1978 Juan Pablo I recordó sus raíces familiares a un grupo de venecianos: "En Venecia se produjo el encuentro de mis futuros padres, empleados en trabajo humilde"(21).

Allí, durante once años - hasta que se casó - su madre había trabajado en el hospital de S. Juan y S. Pablo, con las monjas Elisabetinas. Allí también durante cierto tiempo trabajó su padre en una fábrica de cristal de Murano. Por ello añadió Juan Pablo I: "mi corazón está aún en Venecia". Y el mismo día dijo a un grupo de belluneses: "el año de la invasión (esto es, en 1917) y también después, padecí verdadera hambre" (22).

En marzo de 1923 llega a Forno di Canale un fraile capuchino de Trieste, el padre Remigio, cuya predicación le impresiona a Albino. Es el despertar de su vocación: "sucede a veces, explicar más tarde, que el niño ve aquel camino tan luminoso y bello, que todos los demás le parecen galerías oscuras" (23).

En 1923 ingresa en el seminario menor de Feltre. Pero antes hubo de escribir a su padre, emigrante en Alemania, pidiéndole permiso. Su padre, que era socialista, le contestó en una carta que Albino conservar siempre: "Bien, espero que cuando seas cura querrás bien a los obreros" (24). En 1928 pasa al seminario mayor de Belluno, donde cursa los estudios filosóficos y teológicos. El 7 de julio de 1935 es ordenado sacerdote en la iglesia de San Pedro.

Durante unos meses es capellán en Canale y en Agordo. En 1937 es nombrado profesor y vicerrector del seminario mayor. Se licencia (1941) y se doctora en teología (1947) por la Universidad Gregoriana de Roma. En 1949 Luciani publica su libro Catequética en píldoras, mientras alterna su actividad entre la enseñanza en el seminario, la curia diocesana y el secretariado de catequesis. En 1954 es nombrado vicario general de la diócesis.
En 1958 Juan XXIII le nombra obispo de Vittorio Véneto. Volviendo a su parroquia, dice a su gente: "Estoy pensando estos días que conmigo el Señor emplea su viejo sistema: toma a los pequeños del barro de la calle y los levanta, toma a la gente del campo, de las redes del mar, del lago y los hace apóstoles. Es su viejo sistema...Yo vengo del campo" (25).
Le dijeron que debía elegir escudo. No había pensado en ello: "son cosas medievales". Como lema puso: Humilitas, humildad. Y sobre fondo azul, tres estrellas: "Pueden significar - decía - las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad" (26). En Venecia añadiría el león de San Marcos; y en Roma, los montes de su tierra. Once años después, el 15 de diciembre de 1969, Pablo VI le nombra patriarca de Venecia. Con sencillez y austeridad, lejos de todo triunfalismo, hace su ingreso en la ciudad el 8 de febrero de 1970: "Niño de montaña, conocí Venecia con la

imaginación y como en sueño. Me decían: en Venecia las calles de agua son surcadas por góndolas y góndolas; las atan a los palos como nosotros aquí atamos los animales a los árboles!". Luciani llega a Venecia con esta disposición: "Pido a Dios que me haga amar mucho la ciudad", poniendo al servicio de todos "lo poco que tengo y que soy"(27).

De 1971 a 1975 escribe sus "40 cartas" a los personajes más dispares de la historia. La última fue dirigida a Jesús: con El procura mantener un diálogo continuo. En 1976 estas cartas se publican en su famoso libro Ilustrísimos señores. El 5 de marzo de 1972 fue nombrado cardenal. El 7 de octubre de ese mismo año presenta una propuesta para la pastoral del mundo del trabajo: "los trabajadores deben resolver autónomamente sus propios problemas", pero hay "pecados que gritan venganza delante de Dios" (28).
En un cónclave corto, el 26 de agosto de 1978 Albino Luciani fue elegido Papa, con el nombre de Juan Pablo I. En unas declaraciones a la Radio vaticana, el cardenal Jubany, arzobispo de Barcelona, declaró: "El cónclave ha sido corto por dos razones: en primer lugar, porque todos los cardenales electores han tenido en cuenta sólo el bien de la Iglesia; la segunda razón ha sido ciertamente la asistencia del Espíritu Santo. Cuando he escuchado el discurso del Padre Santo, me he sentido alegre y gozoso, porque he comprobado la continuidad de la Iglesia en un momento tan difícil y delicado para toda la humanidad" (29).

Juan Pablo I, que había participado en las cuatro sesiones conciliares, fue el primer Papa salido del Concilio Vaticano II, "éste Concilio, que renovará y actualizará , si llega a ser bien comprendido, el rostro de la Iglesia" (30).
Cada miércoles la gente escuchaba sus catequesis sin perder palabra. Fueron cuatro. La primera, sobre la humildad: ante Dios, como dijo Abraham, somos "polvo y ceniza"; la segunda, sobre la fe: creer es "rendirse a Dios", como Pablo y Agustín, transformando la propia vida; la tercera, sobre la esperanza: "Aunque acampe contra mí un ejército, mi corazón no teme", dice con palabras del salmo 27; la cuarta, sobre la caridad: Dios y el prójimo son amores gemelos, que incluyen la justicia (31).



El cardenal Gantin, recibido por el Papa en la mañana del 28 de septiembre, recuerda estas palabras suyas, dichas con fuerza y suavidad: "Es sólo a Jesucristo a quien debemos presentar al mundo. Fuera de esto no tendremos ninguna razón; no seremos jamás escuchados" (32).

Una palabra más

Cuando publiqué el artículo sobre la muerte y la figura de Juan Pablo I, la revista Vida Nueva lo presentó como "una postura muy respetable de un hombre de Iglesia" (33). En principio, habíamos acordado abrir un diálogo sobre el tema; cabía, por tanto, la objeción y el derecho de r,plica. Pues bien, poco después la revista se vio forzada a publicar una descalificación global del artículo (34), mientras su director, Pedro Miguel Lamet, me agradecía el testimonio de fe y de libertad. El mismo Lamet, que sería destituido dos años después, escribía por entonces: "Muchas veces tenemos que aprender de los que están entre barrotes a vivir el don de la libertad interior... Hay tantos que estamos en la cárcel sin saberlo!" (35). No hubo opción de réplica. Y en el Secretariado Nacional de Catequesis, donde yo era responsable del Departamento de Adultos, se me dijo: "Ni una palabra más ni un paso más ni nada de nada de nada, si quieres seguir aquí". Respondí que eso no lo podía aceptar, que había publicado el artículo en conciencia y que de una u otra forma, de palabra o por escrito, pensaba seguir con el tema. Aunque se me cesara, como así sucedió en el verano siguiente (36).



DESPUES DE SU MUERTE

LA INCOGNITA JUAN PABLO I

Por Jesús LOPEZ SAEZ

- Siete años después, crece la importancia del Papa Luciani
- Estado actual de las investigaciones sobre una muerte oscura

Desde entonces vengo preparando la publicación de un segundo escrito, que se ha convertido en el presente libro. El problema sigue vivo, como herida cerrada en falso. Y hay que distinguir con mucho cuidado las palabras verdaderas de aquellas otras que no lo son. Como se dijo a un grupo de venecianos que acudió al entierro: "Hay que hacer justicia a Juan Pablo I". Su muerte fue oscura, con demasiadas cosas inexplicables; su figura es luz creciente, que no debe ocultarse. Ni estaba enfermo ni le venía grande el pontificado ni en su elección se equivocó el Espíritu. Nuestra generación ha de responder de todo ello. Por nuestra parte, repudiamos de nuevo el silencio vergonzoso, "no procediendo con astucia, ni falseando la Palabra de Dios" (37).

Cuando, en la tarde del 30 de septiembre, el cadáver del Papa era trasladado a la basílica de San Pedro, en el momento en que se entonaba el Magnificat, los aplausos de la multitud ahogaron las voces del coro. Fue un inmenso canto de acción de gracias por el Papa Luciani. Que se repita mil veces, once años después.

2. Comunicado oficial

Cuando murió Pablo VI, el 6 de agosto de 1978 a las 9'40 de la noche, bastaron unos minutos para que el mundo tuviera la noticia (38). Cuando murió Juan Pablo I, casi tres horas después del hallazgo del cadáver, el Vaticano dió el siguiente comunicado: "Esta mañana, 29 de septiembre de 1978, hacia las cinco y media, el secretario particular del Papa, no habiendo encontrado al Santo Padre en la capilla, como de costumbre, le ha buscado en su habitación y le ha encontrado muerto en la cama, con la luz encendida, como si aún leyera. El médico, Dr. Renato Buzzonetti, que acudió inmediatamente, ha constatado su muerte, acaecida probablemente hacia las 23 horas del día anterior a causa de un infarto agudo de miocardio" (39).
La noticia causó sorpresa y estupor. Después se añadió el nombre de Magee, anteriormente secretario de Pablo VI. Realmente, hoy pocas cosas quedan en pie de las afirmadas en dicho comunicado. El propio John Magee, actualmente obispo de Cloyne (Irlanda), ha dicho recientemente que no fue él, sino una religiosa quien encontró muerto a Juan Pablo I: "Aproximadamente a las 5 de la mañana una monja muy agitada fue a despertarme. 'El Papa ha muerto', me dijo. Preocupada porque el Pontífice no había tomado el café, que las monjas le dejaban todos los días a las 4.30 delante de la puerta de su habitación, había entrado y visto el cuerpo inmóvil. Después había corrido hasta mi habitación para avisarme" (40).
Magee bajó inmediatamente a la habitación del Papa y constató que, efectivamente, había muerto. Dijo a las religiosas que no tocaran nada y fue a llamar por teléfono al cardenal Villot. Según Magee, eran las 5'40. A continuación llamó al doctor Buzzonetti. Ambos, el cardenal y el doctor, "entraron juntos en la habitación del Papa y constataron con sus propios ojos que el Papa estaba muerto" (41).

Cuando murió Pablo VI, se publicó un detallado informe médico. Ahora, no: se supone que basta un examen externo del cadáver y un lacónico comunicado oficial para dar

respuesta a estos interrogantes: ¿cuándo murió Juan Pablo I? Y sobre todo ¿de qué murió?.

Por lo que se refiere al momento de la muerte, la estimación oficial no coincide con la de los embalsamadores, hermanos Signoracci, según lo que dijeron a Yallop: "Al examinar el cadáver antes de que lo trasladaran a la sala Clementina, los hermanos Signoracci habían llegado a la conclusión, por la ausencia del rigor mortis y por la temperatura del cuerpo, que la muerte se había producido, no a las once de la noche del 28 de septiembre, sino entre las cuatro y las cinco de la madrugada del 29. Sus conclusiones se vieron confirmadas por monseñor Noé, que les dijo que el Papa había muerto poco antes de las cinco de la madrugada" (42).

Como veremos después, tanto la religiosa que descubrió el cadáver, sor Vincenza, como el secretario Diego Lorenzi confirmarán el detalle de la temperatura del cuerpo, que encontraron todavía tibio.

Sin duda, la cuestión clave es la determinación de la causa de la muerte. Es decir: ¿de qué murió Juan Pablo I? El obispo de Cuernavaca (Méjico), Méndez Arceo, pidió públicamente que se realizara la autopsia: "Tanto al cardenal Miranda como a mí nos parece que podría ser de mucha utilidad". Y Franco Antico, de la organización tradicionalista Civiltà Cristiana, solicitó una investigación formal.

De forma tajante, el cardenal Oddi, que con el cardenal Samor, fue asistente de Villot durante el periodo de sede vacante, afirmó que no habría investigación alguna: "He sabido con certeza que el Sagrado Colegio cardenalicio no tomar mínimamente en examen la eventualidad de una investigación y no aceptar el menor control por parte de nadie y, es más, ni siquiera se tratar de la cuestión en el colegio de cardenales" (43).
Sin embargo, según el diario "La Stampa" de Turín, del 8 de octubre, los cardenales reunidos en congregación general solicitaron conocer las circunstancias precisas de la muerte

del Papa Juan Pablo I. El diario señala que "los cardenales, ante los interrogantes que se plantea la 'opinión pública' provocados por el hecho de que únicamente fue publicado un breve comunicado anunciando la muerte del Papa, la ausencia de un boletín médico y la negativa del Vaticano a proceder a una autopsia, han solicitado que los medios oficiales de información de la Santa Sede anuncien las circunstancias exactas de la muerte del Pontífice" (44). Al menos, algún cardenal habría pedido puntualizaciones al respecto. El Vaticano ni confirma ni desmiente esta información; simplemente, no responde (45).

Pero ¿por qué no se hizo la autopsia? ¿Tenía la Iglesia algo que perder? Responde monseñor Nicolini, autor de una biografía sobre Juan Pablo I y, durante varios años, vicedirector de la sala de prensa del Vaticano (actualmente obispo de Alba, en la provincia italiana de Cuneo): "El Sacro Colegio no ordenó la autopsia, porque la consideró superflua, no habiendo duda alguna sobre las causas naturales de la muerte del Papa Luciani. La autopsia no podía sino confirmar cuanto ya se sabía" (46). Sin embargo, la pregunta obvia es: ¿cómo se sabía? Más aún ¿cómo se podía saber a partir solamente de un examen externo del cadáver? Como diversos especialistas indicaron, es clínicamente imposible explicar la causa de la muerte por infarto de miocardio agudo (y, además, instantáneo) sin la realización de la autopsia. Además, como veremos después, la forma en que se encuentra el cadáver no responde al cuadro típico del infarto: no ha habido lucha con la muerte. Tampoco existe otra sintomatología que lo delate. Ni la baja tensión de Luciani ni su estilo de vida avalan semejante dictamen. Por tanto, no sólo esto, sino todo lo que se dijo después (peso del papado, soledad institucional, etc.) queda justamente en el aire, como hipótesis carente de fundamento, mantenida precisamente por quienes tenían en sus manos la realización de la prueba definitiva y concluyente de la autopsia. Sin duda, el comunicado oficial salió tarde y mal. Se imponía, desde entonces, una fiel reconstrucción de los hechos.

Al Dr. Buzzonetti, que con el Dr. Fontana firmó el certificado de defunción, le pregunta Cornwell cuándo vió al Papa por última vez. Esta es la respuesta: "Yo puedo ser muy preciso sobre esto. Ni yo ni el profesor Fontana - que era jefe del Servicio Médico Vaticano y que murió en 1979- fuimos llamados nunca a prestar nuestros servicios profesionales al Papa Juan Pablo I. Yo le vi al final del cónclave. Yo era suplente de Fontana. Después yo creo que le vi en alguna función. Después le vi muerto. Eso es todo" (47).
El doctor dice no saber nada de las medicinas que tomaba el Papa. Tampoco sabe si estaba sobrecargado de trabajo o deprimido.

Contra lo que afirma Magee, Buzzonetti niega haberse encontrado con el Dr. Da Ros, médico personal de Luciani, el domingo 24 de septiembre: "ese encuentro nunca se dió" (48). Dice también: "Todos los aspectos clínicos de éste asunto de Juan Pablo I est n cubiertos por dos secretos: el primero es el secreto profesional, del que nadie me puede liberar; después está el secreto de mi cargo como vicedirector del Servicio Médico de éste Estado del Vaticano. Pero, de cualquier modo, yo no s, nada" (49).

Según Lorenzi, Buzzonetti llegó muy pronto, pero no preguntó nada: "siendo un buen doctor, no es por criticarle, debería haber dicho, 'Vamos a ver, señores, ¿han percibido algo la noche anterior?'. El debería haber estado abierto a todas las posibilidades. El no es un cualquiera. Usted puede pensar que un doctor del Vaticano debería haber hecho una cierta indagación. ¿Por qué no lo hizo? Bien, no lo hizo, y como resultado yo me estoy volviendo...loco! " (50).

3. Hallazgo del cadáver

Veamos diversos relatos de cómo fue encontrado el cuerpo muerto de Juan Pablo I. Los relatos proceden de testigos presenciales del mismo: sor Vincenza Taffarel, la religiosa que descubrió el cadáver; Diego Lorenzi y John Magee, secretarios del Papa; el doctor Buzzonetti, del Servicio Médico vaticano. Se añade también lo que presenció Lina Petri, sobrina del Papa, primer familiar en llegar.

*A partir de una entrevista concedida por sor Vincenza, Yallop refiere así el descubrimiento del cadáver, realizado a las cinco menos cuarto de la mañana:
"Cuando, por fin, la hermana abrió la puerta, vió a Albino Luciani sentado en la cama. Llevaba puestas las gafas y sus manos sujetaban unas hojas de papel. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha y entre sus labios separados asomaban sus dientes. Sin embargo, no se trataba de la cara sonriente que tanta impresión causaba entre las muchedumbres. No era una sonrisa lo que mostraba el rostro de Luciani, sino una expresión de indudable agonía. La hermana Vincenza le tomó el pulso".

A esa hora sonó el despertador, no antes. Sor Vincenza avisó a los secretarios y a las otras hermanas. Magee telefoneó a Villot, que residía dos plantas más abajo y que, alrededor de las cinco, estaba en el dormitorio papal e iniciaba una serie de acciones e instrucciones inexplicables.
"Junto a la cama del Papa, en la mesilla de noche, estaba el frasco con el medicamento que Luciani tomaba contra la tensión baja. Villot se lo embolsó en la sotana y arrancó de las manos yertas de Luciani los apuntes sobre los desplazamientos y las designaciones que el Papa le había comunicado la víspera. También los papeles se los guardó Villot. (...) Luego Villot creó para los aturdidos integrantes del servicio papal, una relación totalmente ficticia sobre las circunstancias en las cuales se había descubierto el cadáver de Luciani. Villot impuso un voto de silencio en cuanto al

hallazgo de la hermana Vincenza e instruyó a todos para que las noticias sobre la muerte de Luciani fueran silenciadas hasta que él ordenara lo contrario" (51).
* Una fuente autorizada, que prefiere permanecer en el anonimato, me ha dado la siguiente versión: "Hablé en dos ocasiones con sor Vincenza. La primera, con la provincial delante. La segunda, a solas. En esta ocasión, sor Vincenza se echó a llorar desconsoladamente. Yo no sabía qué hacer. Sor Vincenza me dijo que la Secretaría de Estado le había intimidado a no decir nada, pero que el mundo debía conocer la verdad. Ella se consideraba liberada de tal imposición en el momento de su muerte (ya acaecida, en 1983). Entonces podría darse a conocer. Según sor Vincenza, el Papa estaba sentado en la cama, con las gafas puestas y unas hojas de papel en las manos. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha y una pierna estirada sobre la cama. Iniciaba una leve sonrisa. La frente la tenía tibia. Cuando Diego Lorenzi, sor Vincenza y otra religiosa fueron a lavar el cadáver, al volverle, tenía la espalda también tibia. El Papa pudo morir entre la una y las dos de la mañana" (52).

* Según Lorenzi, el cuerpo del Papa estaba en la posición típica de lectura, con las gafas ligeramente caídas sobre su nariz "Tenía dos o tres almohadones a la espalda. La luz de la cama estaba encendida. No parecía que estuviera muerto. Y las hojas de papel estaban completamente derechas. No habían resbalado de sus manos ni habían caído en el suelo. Yo mismo cogí las hojas de su mano" (53).

Lorenzi piensa que Luciani estaba preparando un pequeño discurso para la gente que suele ir a la plaza de San Pedro los domingos.
El corresponsal de "Ya" diría entonces: "Al parecer, los cuatro folios que tenía en la mano (no la 'Imitación de Cristo', como se dijo) eran unos apuntes de su puño y letra que resumían una conversación suya con el cardenal Villot y con el cardenal Colombo la noche anterior (con éste último por teléfono) y el tema era algunos nombramientos de curia y del episcopado italiano" (54).

Lorenzi dejó las hojas en la mesa de al lado y no sabe qué pasó con ellas después. Dice también: "Cuando yo le encontré, partes de su cuerpo estaban aún templadas, su espalda y sus pies" (55).

Lorenzi telefoneó a Pía, sobrina del Papa. Después al Dr. Da Ros, su médico personal de Venecia; él mismo cogió el teléfono: No pudo creer lo que le estaba diciendo. El había visto al Papa el domingo anterior y le había encontrado con muy buena salud. Yo pienso que el doctor no pudo aceptar la verdad. Se encontró como destrozado por esta repentina muerte. El no lo pudo aceptar, por supuesto".

Dice también Lorenzi: "El doctor, Magee y yo sacamos el cuerpo. No tuvimos que lavarle, y no estaba incontinente. No hubo problema con el rigor mortis, excepto con sus manos. El había muerto con el pantalón del pijama y vestía aún su camisa. Yo recuerdo que palpé su espalda aún caliente y también sus pies. Le vestimos con su sotana blanca. Buzzonetti ató una pieza de seda en torno a su cabeza para colocar su mandíbula. Villot y el doctor estuvieron de pie juntos y redactaron el primer comunicado" (56).

* John Magee, avisado por sor Vincenza, bajó inmediatamente a la habitación del Papa. Desde fuera todo parecía normal. Franqueó la doble puerta y corrió la cortina. La luz que estaba encendida era la de leer. A cada lado de la cama del Papa había un timbre.

Dice Magee: "Vi al Papa acostado y con las gafas puestas. Nada hacía pensar que había muerto. Estaba en la cama con la cabeza recostada sobre su hombro derecho y todavía tenía en las manos los folios de una homilía. Tenía por costumbre antes de dormir leer de nuevo las homilías que había escrito cuando vivía en Vittorio Véneto. Al verle en esta postura pensé que había estado leyendo y se había quedado dormido, pues tenía una sonrisa normal. Le llamé, otra vez. Como no me respondió me aproximé y le cogí la mano para despertarle. No se movía, estaba tieso y frío" (57).

* El doctor Buzzonetti vive cerca del Vaticano. Avisado por

Magee a las 5'42, se levantó rápidamente y hacia las seis entraba en el dormitorio pontificio: "El Santo Padre estaba en su cama. Estaba incorporado, inclinándose ligeramente hacia adelante; su expresión era compuesta y tranquila. Tenía sus gafas sobre su nariz - esto es, no habían resbalado -. Su cabeza estaba ligeramente vuelta hacia la derecha. En sus manos sostenía unas hojas impresas o escritas a m quina, como un panfleto o folleto. La lámpara de la cabecera estaba encendida. No sé si había dos o tres almohadones. Con las mantas en la correcta posición. No había gesto de agitación o desorden. Después de las siete Monseñor Noé, el maestro de ceremonias, asistido por mí (y ayudado por religiosos de la Orden de San Juan de Dios, de la Farmacia Vaticana, y los secretarios) preparó y vistió el cuerpo con las ropas papales. Obviamente esto no se hizo en pocos minutos. Después de esto, me marché. Mi misión había terminado".

Cuando Cornwell le pregunta si el cuerpo del Papa tenía el rigor mortis y si partes de su cuerpo estaban aún calientes, cuando fue encontrado, Buzzonetti responde bruscamente: "No puedo decírselo porque estoy limitado por el secreto profesional".

Cornwell alega que hay discusión sobre el momento de la muerte. Buzzonetti insiste: "Repito, esto es secreto profesional y además se aplica a este rea de discusión. De todos modos, la determinación del momento de la muerte del Papa no fue hecha por mí solo. Entonces yo era el número dos del Servicio Sanitario. Allí estaba el profesor Fontana. El ahora está muerto, pero fue un gran estudiante de patología y una figura como patologista y como doctor. Tenía más experiencia que yo, mucha más en este tipo de trabajo". Buzzonetti añade que los doctores del Instituto Legal llegaron más tarde, "muchas horas después de la muerte", vieron el cuerpo y "ellos nunca lo discutieron". Pregunta Cornwell si puede confirmar que los hermanos Signoracci no estaban en situación de hacer declaraciones sobre el momento de la muerte. Responde Buzzonetti: "Lo cierto es que los hermanos Signoracci no verían el cuerpo hasta después de las siete de la tarde (58).

* Lina Petri, sobrina del Papa, doctora en medicina y residente en Roma, recibió por su hermano la noticia de la muerte hacia las 7'20. Y se fue directamente al Vaticano. Magee la condujo a la habitación del Papa:
"Yo estaba Allí sola. De la habitación había desaparecido todo, si exceptuamos un crucifijo y una fotografía de mis abuelos. La ropa de la cama había sido quitada. Yo estaba Allí mirando su rostro. Su cabeza estaba vuelta hacia la puerta y parecía como si hubiera estado sonriendo hasta el momento de la muerte. Su rostro no presentaba signo de sufrimiento. Sus manos estaban juntas, pero estaban deformadas y en una rígida posición. Estaban...bien, como arracimadas. Alguien llegó diez minutos después y me ofreció una silla. Estuve Allí unos veinte minutos, mirándole. Entonces me pareció que Allí había algo muy extraño. Estaba vestido con la ropa usual de Papa, la sotana blanca, y las mangas estaban rasgadas. Yo me pregunté por qué estarían así rasgadas. Entonces llegaron y me pidieron les dejara preparar el cuerpo para llevarlo a la sala Clementina, donde iba a ser expuesto".
Lina Petri fue a la cocina a ver a sor Vincenza, a quien conoció ya en Venecia:

"Ella dijo que simplemente no lo podía creer porque él había estado tan bien, mucho mejor en Roma que en Venecia".

Sor Vincenza estaba disgustada. Dijo que el Papa "se sentía realmente bien la noche anterior". Luego sucedió otra cosa extraña: "Sor Vincenza lloraba y desahogaba su corazón con todas estas cosas. Yo la escuchaba pacientemente - nosotros no somos ese tipo de gente que llora en público y hace escenas, mi familia - pero yo lloraba interiormente y estaba sufriendo. Entonces llega Don Diego. No sé si debería decirle esto, no es en su favor, pero hizo un poco de escena. Dijo: 'Escuche, sor Vincenza, lo que ha pasado ha pasado! Aquí no hay necesidad de pensar en todos los detalles'" (59).
El Dr. Navarro-Valls, director de la Sala de Prensa del Vaticano, que se presenta como médico, manifiesta a Cornwell no estar de acuerdo con el diagnóstico que en su

día hizo el médico del servicio sanitario del Vaticano: "Se sugirió el infarto de miocardio como causa de la muerte, pero esto no nos parece un diagnóstico particularmente probable. Mire usted, la muerte fue instantánea y sin dolor. Tal forma de muerte no encaja realmente con la teoría del infarto de miocardio".

Según Navarro-Valls, "es más probable que sufriera una embolia pulmonar", teniendo en cuenta sus problemas de circulación (60).
Sin embargo, el Dr. Francis Roe, que ha sido jefe de cirugía vascular en el Hospital London de Connecticut, afirma que hay algo verdaderamente sospechoso en la forma en que fue hallado el cadáver de Juan Pablo I:
"Los cuerpos muertos no están sentados sonriendo y leyendo. Conozco gente que muere durante el sueño, pero no conozco de nadie ni he visto morir a nadie en medio de una actividad como la lectura" (61).
El Dr. R. Cabrera, forense del Instituto Nacional de Toxicología, dice lo siguiente: "La forma en que se encuentra el cadáver no responde de suyo al cuadro propio del infarto de miocardio: no ha habido lucha con la muerte. No existe otra sintomatología que lo delate. Es notoria la ausencia de varios factores de riesgo, como son hipertensión, tabaquismo, obesidad, gran arteriosclerosis, comidas copiosas... Sin descartar otras causas de muerte súbita, sin la realización de la autopsia no se puede tener la certeza sobre la causa de la muerte. Pudo ser natural, pero también pudo ser provocada. El cuadro encontrado podría responder mejor a una muerte provocada por sustancia depresora y acaecida en profundo sueño, siguiendo un proceso que ha podido durar toda la noche: primero el sueño, luego el coma y, finalmente, la muerte".

Así pudo suceder. La luz pudo estar encendida toda la noche y el cadáver del Papa estar todavía tibio cuando fue encontrado (su frente, su espalda y sus pies). Además, según Magee, el 28 de septiembre de 1978 "fue un día frío", "había un fuerte viento, muy frío, el primer viento frío del otoño" (62). Dice también el Dr. Cabrera: "La embolia pulmonar es aún menos probable que el infarto, teniendo en cuenta los

antecedentes y el cuadro encontrado: por ejemplo, no tenía espuma sanguinolenta en la boca".

La Dra. Mariscal de Gante, forense del mismo Instituto, dice a su vez: "Del examen externo del cadáver puede deducirse que no se trata de una muerte violenta, sino aparentemente todo lo contrario, de una muerte placentera en la que no ha habido lucha ni dolor. El fallecimiento por infarto va precedido de una sintomatología que sería resumidamente: opresión o dolor subesternal intenso y dificultad respiratoria; otras veces también se observa: debilidad, sudoración, náuseas y vómitos; así pues, la forma en que se halla el cadáver de Juan Pablo I no responde al cuadro propio o general del infarto de miocardio".

Dice también la doctora: "Cuando es una muerte violenta, las lesiones orientan más. En este caso, pues, y descartando desde un principio la ausencia de violencia, la única manera de determinar acertadamente y correctamente la causa de la muerte habría sido la realización de la autopsia".
Por su parte, el Dr. Villalaín, profesor de Medicina Legal de la Universidad Complutense, afirma lo siguiente sobre la causa de la muerte: "Un infarto de miocardio, salvo que sea masivo, no justifica una muerte súbita como en este caso. La ausencia de cianosis, distal o facial, también habla en este sentido. La causa parece ser debida a un desfallecimiento súbito cardíaco, probablemente secundario a una hipotensión aguda, natural o secundaria a la toma de vasodilatadores, si esto es cierto". Y también: "La mano est tiesa y fría en períodos muy cercanos a la muerte, ya que es por las extremidades por donde comienza el proceso de enfriamiento. Así pues, el comunicado oficial soslaya detalles importantes sobre el hallazgo del cadáver: dice que el Papa estaba muerto en la cama, pero poco dice del cuadro que manifiesta que no ha habido lucha con la muerte; dice que estaba con la luz encendida, pero no da aquellos detalles que indican que ha muerto en la madrugada; dice que se le encontró como si aún leyera, pero no dice nada de lo que estaba leyendo.
Se dijo que el Papa murió leyendo La Imitación de Cristo, de

Tomás de Kempis. El Padre Farussi, entonces director de Radiogiornale en Radio Vaticana, difundió la noticia, que circulaba en los medios de comunicación la mañana del 29 de septiembre. Dice Farussi: "Yo lo confronté personalmente con Don Diego Lorenzi. El me dijo que era verdad". Sin embargo, el 2 de octubre desmintió la noticia "por sugerencia de la Secretaría de Estado" (63). A este respecto, dice Germano Pattaro, ilustre sacerdote veneciano, llamado por Luciani a Roma como consejero: "Los apuntes que Luciani, muerto, tenía en la mano, eran unas notas sobre la conversación de dos horas que el Papa había tenido con el Secretario de Estado Villot la tarde anterior (por tanto, no la Imitación de Cristo ni la serie de otras cosas, apuntes, homilías, discursos, etc., indicados por Radio Vaticano: demasiadas cosas y heterogéneas para poder ser tenidas entre dos dedos" (64).

Se comprende que unos apuntes que resumían lo que el Papa había conversado la víspera con Villot hayan ido a parar, por lo menos, a los archivos secretos, que entonces custodiaba el cardenal Samoré. Destino semejante pueden haber tenido los cuadernos y escritos personales de Luciani, que podrían ser reveladores y que fueron retenidos en el Vaticano.

Los diversos relatos varían en torno a la sonrisa del cadáver, que podría deberse a una muerte dulce. Cuando el cadáver fue expuesto en la sala Clementina, el enviado especial de "El País" lo vió así: "Al principio, se adivina en el fallecido una mueca de dolor parada en seco por la muerte. El Papa tiene la boca entreabierta. Luego, ya al lado de la puerta de salida de la capilla, la iluminación de su cara cambia y, con una perspectiva diferente, el resultado es absolutamente opuesto: ' ha muerto con su sonrisa!', exclama espontáneamente una gruesa matrona romana"(65).

Como detalle, no es de despreciar el tono rosáceo que aún tenía el rostro a mediodía del 29, para ir desapareciendo después (66). Según los forenses, el tono rosáceo aparece en algunas intoxicaciones; por ejemplo, de monóxido de carbono y de cianuro.



4. Embalsamamiento

Llama la atención la prisa de Villot por embalsamar el cadáver. Con todo, sus planes se vieron dificultados: "Los cardenales Felici, desde Padua, y Benelli, desde Florencia, que conocían con precisión la naturaleza de los cambios que Luciani se disponía a llevar a cabo, estaban particularmente alterados por lo ocurrido y así se lo hicieron saber al cardenal Villot. Ya entonces se empezaba a murmurar en Italia que habría que hacer la autopsia" (67).

Se dijo que iba contra las normas de la Santa Sede; en concreto, contra la constitución apostólica sobre elección de Romano Pontífice, promulgada por Pablo VI en 1975. En realidad, este documento ni prohibe ni ordena la autopsia: omite el tema. Se alegó un precedente, la autopsia practicada a Pío VIII (1829-1830), realzada en secreto al día siguiente de su muerte.
En cualquier Estado de Derecho, la autopsia es preceptiva en los casos de muerte violenta y en aquellos en que se desconoce el origen exacto del fallecimiento. Según los forenses, por la autopsia (y los sistemas auxiliares) aún podría descartarse el infarto o detectarse veneno de metales

pesados.
Obviamente, si el cuerpo del Papa era embalsamado, la autopsia quedaría ya seriamente dificultada; según los casos, podría no servir de nada. Cuando Mario Senigaglia, secretario de Luciani en Venecia durante más de seis años, reveló que Luciani había superado antes del cónclave un chequeo médico completo, cuyo resultado fue favorable en todos los aspectos, las exigencias de que se efectuara la autopsia se acentuaron.

En cualquier Estado de Derecho, fuera del Vaticano, sólo se puede realizar el embalsamamiento (o la autopsia), si han pasado 24 horas desde el fallecimiento. Entonces se está legalmente muerto. Así se hizo el mes anterior, cuando Pablo VI fue embalsamado.

Desde los tiempos de Julio II (1503-1513), cuyo predecesor Pío III murió al mes escaso de su elección, se suele abrir el cadáver de los papas, se les extrae las vísceras (praecordia pontificum), se les lava y se les prepara. A partir de la muerte de Pablo IV, en 1559, el embalsamamiento es habitual. Por cierto, su predecesor Marcelo II murió a las tres semanas, cuando la reforma deseada parecía finalmente un hecho: se había elegido al mejor, sin tolerar componenda alguna. Desde Sixto V (1585-1590) las vísceras de los papas, encerradas en urnas de mármol, se llevaban generalmente a la iglesia de los santos Vicente y Anastasio. Como veremos después, los tres papas que sucedieron a Sixto V (Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX) murieron tan rápidamente después de su elección que sus pontificados apenas dejaron rastros dignos de mención.

Al parecer, la costumbre de la evisceración se rompe con Pío X, que quiere se respete la integridad de su cuerpo. Lo mismo sucede con los papas posteriores. De Pío XI se dijo: "Su cuerpo no fue objeto de una intervención quirúrgica ni de un embalsamamiento científico; sin embargo se le inyectó una sustancia química con el fin de retrasar la corrupción del cadáver" (68). Según Thierry, esto mismo se hizo con los tres últimos papas.
Jean-Jacques Thierry, autor francés especializado en temas

vaticanos, afirma que el cuerpo de Juan Pablo I fue embalsamado por los cuatro hermanos Signoracci el viernes 29, entre las 6'30 y las 9'30 de la mañana: "Había que poner inyecciones para conservar el cadáver y también, sin duda, suavizar los miembros rígidos, poder trabajar en paz y esperar el efecto de los pinchazos, después lavar el cadáver, vestirle, revestirle con las insignias pontificales después de haber maquillado cuidadosamente el rostro marcado por el sufrimiento, después realizar el traslado del cadáver y depositarle, con una iluminación muy estudiada, sobre una lecho de honor, en medio de cirios, de plantas verdes, de colgaduras...Al parecer, los cuatro hermanos Signoracci han debido ponerse a trabajar hacia las seis cuarenta y cinco, de modo que todo estuviera terminado antes de las nueve y media" (69).
Dice también Thierry: "Estos especialistas han precisado que un ligero emsombrecimiento de la piel, aparecido por la noche, no debía preocupar, puesto que el cuerpo se había presentado en las condiciones ideales para el embalsamamiento" (70).

Sin embargo, afirma Lorenzi: "El cuerpo fue trasladado de los aposentos privados a la Sala Clementina. El cuerpo no estaba embalsamado. Lo vestimos entre el padre Magee, monseñor Noé y yo. Después Magee y yo nos quedamos junto al cuerpo sin vida hasta las once. A esa hora llegaron los hermanos Signoracci" (71).

¿Por la mañana o por la noche? Lorenzi le dice a Cornwell que “por la tarde”. También le dice que “ el primer día le retiraron partes del cuerpo, posiblemente las vísceras, etc.” Sin embargo, los hermanos Signoracci, Ernesto y Arnaldo, dicen que no hubo extracción de vísceras, sino que le fueron inyectados líquidos antipútridos. Dicen también que no verificaron la temperatura del cuerpo ni hicieron ninguna otra prueba: "nosotros estábamos Allí sólo para el tratamiento de conservación. Nada más" (72).
La agencia de noticias ANSA informó que dos de los hermanos Signoracci, Ernesto y Renato, fueron despertados en la madrugada del 29 que a las cinco los recogieron de sus hogares en un coche del Vaticano. Dice Yallop que su

investigador Philip Willan fue dos veces más donde los hermanos Signoracci precisamente para asegurar este dato: "Era muy importante para mí, porque manifiesta algo totalmente fuera de lo normal...Willan es un hombre muy meticuloso, muy cuidadoso, muy cauto, que domina totalmente el italiano" (73).

Por su parte, Cornwell tuvo muchas dificultades en este punto de su investigación. Intentó hablar con el profesor Gerin, director del Instituto de Medicina Legal y le dijeron que estaba enfermo y que era incapaz de decirle nada sobre Juan Pablo I. Además, el periodista de ANSA, Mario di Francesco, le había dicho que los hermanos Signoracci habían muerto. Sin embargo, una vez localizados y en medio de muchas evasivas, dicen los hermanos Signoracci (Arnaldo y Ernesto) que el día 29 fueron al Vaticano "durante la mañana, pero no al alba". Y más adelante: "Gerin estaba en el Instituto y vino y nos dijo que cogiéramos nuestro material y comenzáramos los preparativos. Podríamos decir que esto fue a las doce, o a las once. No recuerdo bien. Cogimos los preparativos, fuimos al Vaticano y comenzamos el trabajo con el profesor Gerin". Recordemos aquí lo afirmado por Lorenzi más arriba: "a esa hora (las once) llegaron los hermanos Signoracci". Sin embargo, cuando Cornwell les dice a los Signoracci la hora declarada por Buzzonetti ("después de las seis de la tarde"), estos retrasan la suya: "al atardecer" (74).

El día 30, por la mañana, "el tono rosáceo había desaparecido del rostro del Papa. Poco a poco, a lo largo del día había ido tomando el tono gris" (75). El tono gris sale "a las pocas horas, habitualmente en minutos" (Villalaín).
El 1 de octubre aumenta la presión en torno a la autopsia. El escritor Carlo Bo, en el "Corriere della Sera", dice que la Iglesia no tiene nada que temer; además, saber fehacientemente de qué murió el Papa es un dato histórico que es legítimo conocer.

El día 3, de 8 a 9'30 de la noche, jerarcas vaticanos y médicos desconocidos permanecen en la basílica de San Pedro, ya cerrada al público. Sólo después del entierro se

dijo que fue un chequeo de rutina sobre el estado de conservación del cadáver. Para muchos fue una autopsia secreta. Rinaldo Andrich, entonces párroco de Canale d'Agordo, lo vivió así: "La tarde del martes nos esperaba una desagradable sorpresa. Todo había sido bien preparado por el director de la peregrinación, don Lorenzo dell'Andrea, para una vigilia de oración en la Basílica delante del cadáver del Papa a las 19'30. Desgraciadamente, justo cuando estábamos entrando en la Basílica bajo un aguacero, se nos prohibía ver el cadáver, porque una comisión de médicos debía efectuar una normal revisión del mismo. Sin embargo, a las 21'30 se volvían a abrir las puertas y a los de Belluno y Canale d'Agordo se nos facilitaba la entrada en la Basílica de San Pedro" (76).

Según un reciente sondeo del diario "La Stampa", un 30% de los italianos está convencido de que Juan Pablo I murió asesinado. Y los habitantes de Canale d'Agordo, su pueblo natal, quieren constituir un comité para pedir que se le haga la autopsia (77).

5. La salud de Luciani

Pía es la sobrina mayor del Papa Luciani, quizá la predilecta. Para ella era como un segundo padre. Quince días antes de morir le visitó en el Vaticano. Es profesora, viuda y tiene cuatro hijos. En una entrevista que J. Infiesta le hace en 1978, responde así a la pregunta sobre la salud de su tío:
"Pienso que era una persona muy normal y que se ha exagerado mucho en decir que estaba mal de salud. No obstante, ha tenido siempre, desde pequeño, problemas de salud. Pero estaba bien" (78).

Al día siguiente de su elección, se le presentó al nuevo Papa como un duro montañés, que recorría su diócesis a grandes zancadas o que pedaleaba alegremente sobre una bicicleta que le había hecho célebre. Sin embargo, al día siguiente de su muerte, se pretendía sustituir rápidamente la imagen de un hombre sano con una complexión de hierro por otra muy distinta, la de un hombre enfermo que no ha podido con el peso del papado. A Luciani se le han atribuido enfermedades diversas e imaginarias. Así, por ejemplo, se ha dicho que padecía del corazón o que tenía flebitis; incluso se ha dicho que tenía cáncer: "habría sucumbido a un ictus apoplético, como consecuencia de un tumor maligno en el cerebro" (79).

El 27 de septiembre, en su última audiencia general, Luciani manifestó:
"Sabed que el Papa ha estado enfermo ocho veces y ha sido intervenido en cuatro ocasiones" (80).

A los seis años, Luciani enfermó de una grave pulmonía; le curó un médico militar. A los once, le extirparon las amígdalas y a los quince le operaron de vegetaciones. En l945 y en l947 Luciani ingresó en un sanatorio en prevención de una probable tuberculosis, que se quedó en simple bronquitis, de la que se recuperó por completo. En abril de l964 fue operado de cálculos biliares y de obstrucción del colon. Unos meses después, en agosto, le operaron de

hemorroides. En diciembre de l975, Luciani tuvo un coágulo en la vena central de la retina de su ojo izquierdo, como consecuencia de una depresurización al volver de Brasil en avión; se resolvió con un tratamiento de carácter general. Durante su estancia en Venecia, a Luciani ocasionalmente se le inflamaban los tobillos. En el verano de l978 pasó unos días en el Instituto Stella Maris, junto al mar, en la isla del Lido; siguió una dieta ligera y dió largos paseos. Después de su estancia en el Instituto, Luciani pasó un chequeo médico que demostró que se encontraba en perfecto estado de salud.

La superiora y otra religiosa del Instituto me han confirmado que Luciani estuvo Allí del 23 de julio al 5 de agosto de l978, no por algo importante, sino en plan de reposo. En realidad, de vacaciones. Dice Lorenzi: "No tuvo muchos compromisos en el mes de julio. Y en la última semana de julio y primera semana de agosto estuvo pasando un completo descanso con las religiosas de Venecia Lido. El cardenal Oddi ha dicho recientemente en una entrevista que Luciani estaba sobrecargado de trabajo antes de ser Papa. Esto no es verdad" (81).

Junto al historial clínico de Luciani, he aquí lo que dicen de su salud personas que, por diversas circunstancias, han estado durante años muy cerca de él:

* "Mientras estuvo en Vittorio Véneto, dió muestras de un envidiable estado físico. En l964, le operaron dos veces, de unos cálculos biliares y de hemorroides, pero se recuperó por completo. Su capacidad de trabajo siguió siendo la misma de siempre" (Francesco Taffarel, secretario de Luciani en Vittorio Véneto desde 1966 hasta finales de l969).

* "Aparte de no presentar ningún síndrome cardiopático, la baja presión sanguínea de Luciani, al menos en teoría, le debía mantener a resguardo de cualquier posible ataque cardiovascular. Sólo tuve que atenderle una vez, de una gripe" (Dr. Carlo Frizziero, médico veneciano).

* "En los ocho años que pasó en Venecia, el cardenal Luciani guardó cama una sola vez. Tenía una simple gripe.

Por lo demás, el patriarca de Venecia era un hombre muy saludable y no sufría ninguna enfermedad" (Monseñor Giuseppe Bosa, que fue administrador apostólico de Venecia).
* "Albino Luciani no estaba enfermo del corazón. Un enfermo de corazón no escala montañas, como hacía el patriarca conmigo todos los años. Ibamos a Pietralba, cerca de Bolzano, y subíamos al Corno Bianco, desde los 1500 hasta los 2400 metros, a buena velocidad" (Mario Senigaglia, secretario de Luciani entre l970 y l976).

* "¿Estaba enfermo? No, puedo decir que en los 26 meses que yo he estado con él, Luciani no ha pasado nunca 24 horas en cama, no ha pasado nunca una mañana o una tarde en cama, no ha tenido nunca un dolor de cabeza o una fiebre que le retuviera en cama, nunca. Gozaba de una buena salud; ningún problema de dieta, comía de todo lo que le ponían, no tenía problemas de diabetes ni de colesterol; tenía sólo la presión un poco baja" (Lorenzi).

* "¿Estaba enfermo el Papa Juan Pablo I? Su médico de confianza que cuidó de la salud de Luciani durante once años en Vittorio Veneto y después durante ocho años en Venecia a donde iba cada quince días, y finalmente en Roma donde le ha visitado dos o tres veces antes del letal acontecimiento... dice: 'Nada, absolutamente nada, dejaba prever aquello que ha sucedido'" (Monseñor Gioacchino Muccin, antiguo obispo de Belluno) (82).
Los testigos citados, y otros muchos que conocen a Albino Luciani desde la niñez, afirman que Luciani no fumaba nunca, que raramente bebía alcohol y que comía parcamente: "este estilo de vida, sumado a su baja presión, es el mejor sistema para evitar los trastornos coronarios" (83).
El Dr. Da Ros, médico y amigo de Luciani, le visitaba todas las semanas en Vittorio Véneto. En Venecia, las visitas eran quincenales. En Roma, también. La última, el 24 de septiembre. Dice Lorenzi que, cuando vió al doctor y le preguntó cómo estaba el Papa, le respondió: ‘Sta benone’ (Está estupendamente).

En este contexto, cuando absolutamente nada dejaba prever lo que pasaría después, sucedió esta extraña anécdota que narra el propio Lorenzi:
"En el Vaticano, algún día antes de la muerte, un médico le dijo: 'Santidad, usted tiene el corazón a trozos'; a lo que el Papa habría respondido: ‘Muerto un Papa, hacen otro’".

El Papa no hizo ningún caso al médico en cuestión; su médico personal le había encontrado perfectamente bien el domingo anterior. Más aún, su historial clínico no había sido trasladado al servicio sanitario del Vaticano.
Eduardo Luciani estaba en Australia, cuando se enteró de la muerte de su hermano. Pocos días antes, había cenado con él en el Vaticano. Y al día siguiente, se habían vuelto a ver en el desayuno. Eduardo le encontró bien de salud: "Sí, me había asegurado que se sentía bien, aunque el clima de Roma no le iba bien. Cuando estaba mal, no era capaz de ocultármelo.. .Desayunando en el Vaticano, le pregunté si las tareas de jefe de la Iglesia le fatigaban, y me respondió: 'No mucho. En Venecia las cosas del Patriarcado tenía que resolvérmelas yo sólo; aquí tengo todo un que piensa, aunque después la última decisión me corresponda a mí'. No creo que se fatigase más que en Venecia, si bien la novedad y la responsabilidad del pontificado le emocionaban un poco" (84).

Según Thierry, Amelia Luciani manifestó: "Mi hermano no padecía del corazón. Puede haber muerto de una apoplejía, pero no de una crisis cardíaca". "Yo querría que se hiciera la autopsia, y toda la familia es de mi opinión"

Según Thierry, Eduardo aprueba lo que dice Amelia: "Mi hermano no padecía del corazón. Era un montañés y tenía el corazón fuerte" (85).
Según he podido constatar recientemente, la familia - al menos por ahora - no está por la autopsia. Sin embargo, los habitantes de Canale sí la querrían. Pía, sobrina del Papa Luciani, me dijo: "Creo que, si la familia quisiera, habría autopsia". Me dijo también: "Mi tío pudo morir de un ictus". En 1985, Eduardo dice que su hermano ha muerto de un viejo mal hereditario: "Las muertes imprevistas son

frecuentes en nuestra familia. El bisabuelo y dos tías mías murieron de repente, sin haber tenido nunca un malestar...Tenían todos 65-66 años" (86).

Ahora bien, hablar de muertes imprevistas es poco preciso. En realidad ¿de qué murieron? Se trata de tres casos dentro de un ámbito familiar muy amplio (cuatro generaciones), que alcanza al siglo pasado; son, pues, otros tiempos con otras condiciones sanitarias: muchos morían de enfermedades respiratorias. La salud era más bien precaria y la vida breve (87).
La muerte repentina es rápida (instantánea o dentro de la primera hora tras el comienzo de los síntomas), e inesperada (en individuos con o sin enfermedad previa, conocida o desconocida). En un 80-90 por ciento de los casos depende de enfermedad cardiovascular, y de éstas, el 90 por ciento de cardiopatía coronaria (88). Luciani no tenía antecedentes coronarios. Si se desconocía la causa de la muerte, lo que procedía era la realización de la autopsia.

Dice Lina Petri, sobrina de Luciani y doctora en medicina:
"Es más probable la embolia que el infarto. De hecho, el Papa no tuvo tiempo de llamar a nadie. Además, cuando sobre el cadáver se practicó una inyección conservativa, la hinchazón del brazo indicó la presencia de un coágulo" (89).
Bien. Se ha hablado de apoplejía (hemorragia), de embolia (obstrucción ocasionada por un coágulo en un vaso sanguíneo) y de ictus (ataque), pero no se dice dónde: ¿en el cerebro? Los expertos distinguen diversos tipos de ictus cerebrales: hemorragia, embolia y trombosis.

La hemorragia cerebral es padecimiento de la edad madura. Afecta más a menudo a los varones que a las mujeres y están especialmente expuestos a ella los individuos obesos, los que llevan una vida opípara y hacen abundante consumo de alcohol; es evidente cierta predisposición familiar; así se habla de familias apopléticas, en las cuales el antecedente casi obligado en la mayoría de sus miembros es la hipertensión arterial. Tales antecedentes no se dan en Luciani.

La embolia cerebral es una manifestación de cardiopatía; se da con frecuencia en individuos jóvenes (cardiópatas) y en mujeres; la causa directa más común es la fibrilación auricular crónica; el carácter del ictus suele ser moderado, con poca pérdida de conciencia. Por regla general todos sobreviven al ataque inicial, excepto los casos más graves. El infarto masivo del tallo cerebral producido por embolia basilar casi siempre es mortal. Recordemos aquí que Luciani no padecía del corazón.

La trombosis (formación de trombo o coágulo) suele aparecer en edad avanzada como consecuencia de arteriosclerosis. Al contrario de lo que se observa en la embolia y en la hemorragia, la trombosis, generalmente, avisa por medio de síntomas. Luciani no tuvo tiempo de llamar al timbre (90). Si se habla de embolia pulmonar, ni los antecedentes ni el cuadro encontrado están a favor de misma. No ha habido lucha con la muerte. Por lo demás, sólo el cinco por ciento de las muertes repentinas se deben a embolia pulmonar. Y por lo que a coágulos se refiere, el Dr. Cabrera comenta que la presencia de los mismos es normal en los cadáveres.

El matrimonio Eduardo y Antonietta, ambos maestros jubilados, viven en Canale, en la casa natal de Albino Luciani (vía Rividella, 8). Recientemente, el 29 de agosto, Antonietta me dijo: "En realidad, nosotros no sabemos cómo ha muerto. Y a veces tenemos pensamientos extraños".

Hablando de la afición de su cuñado Albino por el montañismo, me comentó: "Eduardo solía decir de su hermano: Es más fuerte que yo".

Quienes hablaron con el Papa, en su última jornada, todos coinciden en asegurar que nada anormal detectaron. Así el cardenal Gantin, quien declaró no haber observado ningún atisbo de fatiga en el rostro y en los gestos de Juan Pablo I. Lo mismo monseñor Rocco, nuncio en Brasil: "Encontré al Padre Santo perfectamente de salud, y digo más: me asombré ante su actividad y perfecto conocimiento de los problemas del Brasil; me hizo la impresión de aparentar más joven de sus sesenta y cinco años; hablamos incluso de posibles viajes y me pidió consejos sobre estos temas" (91).

Según revela Magee diez años después, en la mañana del 28 se instalaron y probaron dos timbres, uno a cada lado de la cama del Papa. Magee reconoce que es “una notable coincidencia”; sin embargo, no dice quienes hicieron la instalación, dato que podría ser importante. A media mañana, el Papa habló por teléfono con Benelli, arzobispo de Florencia. Voces autorizadas del Vaticano dicen que hablaba todos los días con él. Benelli fue su gran elector y todo indica que Luciani pensaba depositar en él la responsabilidad política y diplomática del Vaticano. Por la tarde, habló con el Papa: "Lo encontré perfectamente de salud y con un humor excelente" (92), diría después por Radio Vaticano.

Por la tarde, después de un breve descanso, dió un paseo por el salón, rezando el rosario. No quiso subir al jardín de la azotea: hacía un día frío, con fuerte viento, "el primer viento frío del otoño", y no se encontraba bien. Entonces llamó por teléfono Villot, que quería verle: "¡Oh! ¡El cardenal Villot de nuevo!", dijo. "Pero si no tengo ningún documento que leer". Bien, Villot llegaría a las 6'30 y él siguió paseando. Hacia las 5'30 Magee escuchó un fuerte estornudo y acudió al salón: "Tengo un dolor, dijo el Papa. Llame a sor Vincenza. Ella sabe qué hacer". Sor Vincenza le dijo a Magee: "Oh sí, esto le ha pasado otras veces". Ella le dió unas medicinas (93).
Una hora después, recibió en su estudio privado al cardenal Villot. Según Gennari, que ha sido profesor de Teología en el Seminario de Roma, el Papa Luciani comunicó a Villot su decisión de realizar cambios importantes; por ejemplo, Benelli, secretario de Estado; Felici, vicario de Roma. Villot reaccionó: “estos nombramientos significarían la traición de la herencia de Pablo VI”. Después diría que "el Papa se encontraba perfectamente " y que "no notó signo alguno que pudiera prever el fatal desenlace y ni siquiera lo encontró fatigado" (94).

Magee preguntó al Papa cómo se encontraba: "Sto bene! Sto bene! Eccomi!... dijo abombando el pecho. "Estas pastillas de sor Vincenza son milagrosas. ¡Vamos a cenar!". Durante la cena, frugal, Luciani se encontraba en plena

forma. Magee le preguntó si había elegido la persona que diera el retiro en el Vaticano la próxima cuaresma. "SÍ, respondió, está elegido". Y añadió: "El tipo de retiro que yo desearía en este momento sería para una buena muerte". Eran las 20'15. Según Magee, Juan Pablo I decía frecuentemente que "su pontificado sería de corta duración", "que él se marchaba y que sería reemplazado por 'el extranjero'". No hay por qué descartar que estas expresiones guarden relación con las "numerosas amenazas" de muerte que Juan Pablo I recibió desde los primeros días de su pontificado. Según esto, la muerte no le ha sorprendido a Luciani "como ladrón en la noche". Al contrario, estaba vigilante e incluso (¡todo un símbolo!) murió con "la lámpara encendida" (95).

Terminada la cena, en la sobremesa, mientras Lorenzi conecta por teléfono con Milán, el Papa le dice a Magee: "Tenemos un problema, el cardenal Villot quiere resolver esta noche quién sería nombrado nuevo patriarca de Venecia". Salen al pasillo. Lorenzi avisa que el cardenal Colombo, arzobispo de Milán, está al aparato. Quince o veinte minutos duró la conversación. Posteriormente Colombo declaró: "Me habló largo rato, con un tono de voz normal, del que no se podía inferir que sufriera ninguna molestia física ni enfermedad. Estaba completamente sereno y lleno de esperanzas" (96).
Hacia las 9'20, se fue a su habitación, despidiéndose con las palabras de siempre: "¡Buenas noches! ¡Hasta mañana, si Dios quiere!". Poco después el sargento Roggan, de la guardia suiza, volvía de cenar con su madre en Roma. Dice: "Nosotros vimos la luz en el dormitorio del Papa hacia las 10'30 o las 11'00. Esto no era anormal" (97). Sin saber por qué, esa noche tuvo problemas Roggan para conciliar el sueño.

6. Control de las medicinas

El 2 de octubre de 1987, la TV italiana en su canal 2 enfrentó en un vivo debate a Yallop y a Lorenzi, quien sorprendió a los telespectadores diciendo que sobre las 20'00 horas (del día 28) el Papa Luciani se asomó a la puerta de su estudio y dijo a los dos secretarios que poco antes había tenido "un agudo y prolongado dolor en el pecho". Dijo también Lorenzi: "Inmediatamente se ofrecieron a llamar al médico, pero el Papa Luciani les disuadió repetidamente diciendo que todo había pasado y que ahora no sentía ya ningún malestar. Durante la cena no dijo nada de lo que le había pasado en el estudio" (98).

"Es la primera vez que oigo esto", comentó Yallop, para quien las palabras de Lorenzi confirmaban su convicción de que Juan Pablo I murió envenenado. La pregunta obvia fue ,sta: ¿Por qué sólo ahora el secretario del Papa ha hecho esta explosiva declaración? Además, la primera en protestar fue la hermana de Luciani, Nina, quien a su vez confesó que la familia ignoraba que se hubiera sentido mal(99).

Según los expertos, "aunque los efectos tóxicos de algunas sustancias químicas son muy característicos, muchos síndromes de envenenamiento pueden simular otras enfermedades" (100). En general, el envenenado puede sufrir una gran variedad de trastornos fisiológicos, como depresión del sistema nervioso central, convulsiones, edema cerebral, hipotensión o arritmias cardíacas. Comenta el Dr. Cabrera: "Un dolor en el pecho puede ser debido a causas muy diversas; por ejemplo: angina de pecho, neumonía, hernia de hiato o aerofagia (simples gases)".

Por lo demás, Magee hablaba de un fuerte estornudo y de un día frío; el Papa y sor Vincenza, de un dolor conocido y remediado otras veces. Cuando, por indicación de Lorenzi, Cornwell lo fue a confrontar con Magee, éste le interrumpió

con vehemencia: "¿Le ha comentado alguna vez el tema de los hermanos Gusso?". Ante la respuesta negativa de Cornwell, Magee siguió diciendo con emoción: "Cuando murió el Papa, me dijeron que me marchara del Vaticano y que fuera al Instituto María Bambina, cerca de la plaza de San Pedro. El día después del funeral yo tuve un terrible dolor en mi corazón y fui a ver al Dr. Buzzonetti. Me dijo que estaba sufriendo un stress y tuve que acostarme. Después me llamaron por teléfono. Era un hombre de una agencia de noticias que me dijo: 'Corre una historia según la cual el Papa fue asesinado y usted está en el centro del complot, ¿Qué puede decir?'. Yo le colgué el teléfono. Después, cuando cruzaba el patio del convento, vi mucha gente, también colegialas, a la puerta. Cuando yo pasé, todos se quedaron mirándome porque estaban escuchando a una persona que apuntaba directamente a mí" (101). Y decía: "He ahí el asesino". Ese hombre era Paolo Gusso.

Los hermanos Gusso, Paolo y Guido, son vénetos, pajes de Juan Pablo I. Magee los había despedido a pesar de la oposición de Lorenzi: "Estos hombres introducían fotógrafos y gente en los apartamentos privados" (102). Paolo era muy amigo de Lorenzi.

Muy nerviosa, la madre general de la orden, que vivía Allí, fue a hablar con Magee: "Le dije a la superiora que no se preocupara, pero me sentía deshecho... Poco tiempo después, otra religiosa me buscó para decirme que un grupo de periodistas me esperaban para entrevistarme. Me enseñó un periódico con el título: 'Dudas sobre la muerte natural de Juan Pablo I', con mi nombre y mi foto en el centro. Desde mi ventana veía a los periodistas y los equipos de televisión. Estaba completamente destruido. Logré encontrar una salida por la puerta de atrás del convento; crucé la plaza de San Pedro y subí a la Secretaría de Estado para ver al cardenal Caprio, quien escuchó mi relato".

Caprio dijo a Magee que lo mejor sería que se marchara fuera de Italia, que los rumores continuarían hasta que comenzara el próximo cónclave: "Tuve la impresión de que me decía que yo era una presencia embarazosa para el

Vaticano. Me querían fuera cuanto antes...Salí del despacho y estaba fuera de mí. Había perdido dos Papas en dos meses llenos de tensión. Yo no tenía casa ni trabajo. No podía estar en Roma y además no sabía cómo comenzar a escaparme. Me parecía no tener un amigo o aliado en todo el Vaticano" (103).

En esa situación, Magee se acordó de Marcinkus, que era, a su modo de ver, "el único hombre con corazón humano" que podía ayudarle. Esa misma tarde le consiguió un billete de avión para Manchester, donde Magee tiene una hermana y donde estuvo ilocalizable durante diez días. La mañana siguiente, algunos periódicos decían que Magee "había huido de Italia el día antes y que todos los aeropuertos estaban en situación de alerta por él". Igualmente se dijo que "la Interpol le estaba buscando" (104).

La historia de los hermanos Gusso deja en el aire algunos interrogantes: tratándose de un puesto de confianza, siendo vénetos y amigos de Lorenzi (además, Guido ya había sido paje de Juan XXIII), ¿no era lógico que Lorenzi se opusiera a su destitución? ¿Fue exagerada la reacción de Magee? ¿Había intereses o presiones detrás de este asunto? ¿Quién sustituyó a los hermanos Gusso? Poco después del debate en TV entre Yallop y Lorenzi, el teólogo Gianni Gennari, que fue profesor del Seminario Diocesano de Roma, donde estudiaban algunos seminaristas de Vittorio Véneto, hizo la siguiente declaración en torno a la muerte de Juan Pablo I: "No es cierto que no se le hubiera hecho la autopsia. Precisamente por ella se supo que había muerto por la ingestión de una dosis fortísima de un vasodilatador recetado por teléfono por su ex médico personal de Venecia. La noche de la muerte, entre el 28 y el 29 de septiembre de 1978, el Papa estaba muy agitado tras la dura discusión mantenida aquella tarde con el secretario de Estado, el cardenal francés Villot, sobre los cambios radicales que iba a introducir en la Curia para rodearse de personas de su confianza".

"El Papa, sigue diciendo Gennari, a las diez y media de la noche hizo abrir la farmacia vaticana, le dieron su medicina y se encerró en su habitación. Por la mañana, una monja - no su secretario, como se dijo - le encontró muerto, sentado en la cama, reclinado sobre el costado derecho y con el folio de los cambios eclesiales en la mano, causa de su discusión con Villot (no el Kempis, como se dijo después). Sobre la mesilla de noche estaba el vaso con el que bebió la medicina. Como se supo por la autopsia, el Papa debió equivocarse y tomó una dosis altísima, que le provocó un infarto fulminante" (105).

Se trataría, pues, de un trágico accidente: el Papa, sin darse cuenta, habría tomado una sobredosis medicinal; en concreto, un vasodilatador. Ahora bien, una medida así estaría totalmente contraindicada para quien tiene la tensión baja. Por ello comenta el Dr. Cabrera: "Los vasodilatadores producen hipotensión. ¿Cómo se le pudo dar un vasodilatador a un hipotenso, como Luciani?". Por su parte, Giovanni Rama, el especialista que prescribió a Luciani el Efortil, el Cortiplex y otros medicamentos para paliar los efectos de la tensión baja, afirma: "Es inconcebible pensar en una sobredosis accidental. Luciani era un hombre muy consciente, muy escrupuloso. Además era muy sensible con los fármacos. Sólo precisaba pequeñas dosis. De hecho, la dosis de Efortil que tomaba era la mínima. Normalmente, la dosis consiste en 60 gotas al día, pero a Luciani le bastaba con 20 o 30 gotas. Los dos ,ramos muy prudentes con la prescripción y administración de medicamentos"(106).

El Dr. Rama dice que no ha tenido ningún contacto con el Vaticano después de la muerte de Albino Luciani. Y subraya: "Me sorprendió mucho que no me pidieran que fuera a examinar el cuerpo sin vida del Papa" (107). Por lo que se refiere a la farmacia vaticana, su director - el hermano Fabián, de la Orden de San Juan de Dios - le muestra a Cornwell el libro de medicina papal y le dice: "Es curioso. Va directamente de Pablo VI a Juan Pablo II. Evidentemente, él no tenía ninguna cosa de aquí. Es extraño" (108). Es decir, no consta que de la farmacia vaticana se llevara medicina alguna para Juan Pablo I.

Por lo demás, puede ser que se hiciera la autopsia. Ahora bien, si se hizo ¿por qué no se dijo? ¿No eran comunicables los resultados? Gennari dice que fue por estupidez, por la maldita costumbre de no informar sobre los hechos. Sin embargo ¿es suficiente esta explicación? ¿Por qué se descarta que la sobredosis (puntual o progresiva) fuera provocada? De hecho, un simple cambio de frasco por otro convenientemente preparado podría haber provocado el fatal desenlace. Lina Petri, sobrina de Luciani y doctora en medicina, dice que su tío tomaba anticoagulantes y que "al llegar a Papa, con el febril nuevo estilo de vida, probablemente descuidó tomar la esencial medicación". De esta frase de Lina, que solamente una vez - en audiencia familiar - pudo hablar con el Papa, toma pie Cornwell para consumar la mayor distorsión de la figura de Juan Pablo I: "¿Dejó de tomar, como su sobrina cree, las medicinas que le podían salvar? ¿Cuál es la línea que divide el 'abandonarse', suicidio por deliberada negligencia, y la 'resignación' o el 'abandono' en sentido religioso, cuando una persona cree que la voluntad de Dios es que muera y abraza ansiosamente esta perspectiva?" (109).
Cornwell alude también a una confidencia de sor Vincenza a la hermana Irma Dametto, según la cual el Papa habría dicho a sor Vincenza: "Mire, hermana, yo no desearía estar aquí en este sitio. El Papa extranjero viene a ocupar mi lugar. Se lo he pedido al Señor". Algo semejante comenta Magee. Una vez, le dijo Juan Pablo I: "¿Por qué me han elegido a mí? Debían elegir a otros más preparados que yo. Debían elegir al cardenal que en la Sixtina estaba de frente a mí". Y algún día antes de morir añadió: "Yo me marcharé y él ocupar mi lugar". El episodio se lo contó Magee al obispo de Belluno, Maffeo Ducoli, que a su vez dice: "Juan Pablo II, al cual he comentado la cosa, me ha confirmado que, en el momento de la elección, él se encontraba casi de frente a Luciani" (110).

En realidad, la frase firmada por Irma Dametto es muy distinta, expresión típica de la humildad de Luciani: "Mira, sobre este sillón no debería estar yo, sino un Papa extranjero ¡Se lo había pedido al Señor!" (111). Expresiones semejantes eran frecuentes en Luciani. Cuando fue nombrado obispo,

dijo en su pueblo: "yo soy puro y pobre polvo; sobre este polvo el Señor ha escrito"... Cuando entró en Venecia como Patriarca, puso a disposición de todos "lo poco que tengo y que soy". Lo mismo dijo en San Juan de Letrán, en Roma. La humildad de Luciani aparece también, cuando se siente injustamente acusado. En cierta ocasión, en su etapa veneciana, alguien escribió una carta en que se le acusaba: de no visitar con frecuencia las parroquias; de dar demasiada importancia a la gente; de no saber hacer de patriarca.... De Roma llegó una carta que pedía explicaciones. Luciani respondió así: "Me parece que he ido regularmente a las parroquias y también he vuelto con gusto cuando me invitaban; tengo la costumbre de tratar a mi prójimo como hermano; es verdad que no sé hacer de patriarca" (112).
De hecho, él dió su voto a un cardenal extranjero, el brasileño Lorscheider. La referencia al Papa extranjero manifiesta la conciencia por parte de Luciani de que el acuerdo en torno a un Papa italiano - en aquellas circunstancias - no resultaba viable. Y así sucedió poco después: para suceder a Luciani, los cardenales eligieron al Papa Wojtyla, rompiendo con una tradición que duraba más de 450 años, desde que en 1522 resultara elegido el holandés Adriano de Utrecht, obispo de Tortosa, con el nombre de Adriano VI. Había sido preceptor de Carlos V. Quiso reformar la Iglesia, comenzando por la curia de Roma. Murió al cabo de un año (113).

Me comenta Camilo Bassotto, desde Venecia: "Hace unos días he hablado con el Dr. Da Ros. Obviamente, considera inconcebible y calumniosa la conclusión de Cornwell. Luciani era muy cuidadoso y no abandonaba nunca el medicamento. Además sor Vincenza, que era enfermera, llevaba el control de las medicinas".

De hecho, el Dr. Da Ros no quiso entrevistarse con Cornwell. Tampoco el Dr. Rama, del Policlínico de Mestre. Y ello, a pesar de todos los apoyos vaticanos, que presentaba el ingl,s. Por contar, contaba incluso con el apoyo de Juan Pablo II.

Tras una entrevista con el cardenal Deskur, en la que Cornwell se sintió sutilmente observado, habla con el Papa y le dice que est escribiendo un libro sobre Juan Pablo I: "Lo sé. He oído hablar de esta iniciativa suya. Quiero que sepa que usted tiene mi apoyo y bendición en este trabajo suyo", le dijo Juan Pablo II muy lentamente y espaciando cada palabra. A pesar de todo, Cornwell dice haber sido sorprendido en su comunicación con el Papa por un agobiante sentido de anticlímax: "una de las más carismáticas figuras del mundo a distancia, me ha parecido desinflada de cerca" (114). Como es de suponer, Juan Pablo II no apoyará ni bendecirá sus conclusiones.

Hace unos años me comentaba un obispo: "Saber de qué murió Juan Pablo I es casi imposible; tanto como saber quién estaba detrás de Ali Agca en el atentado contra Juan Pablo II". Y añadió: "Sin embargo, lo de la Sábana Santa es otra cosa". Entonces estaba de actualidad. "Pues eso no lo tengo yo tan seguro, le respondí. En realidad, saber de qué murió Juan Pablo I era fácil, cuestión de forense. Saber quién está detrás de un crimen es más difícil". En tales casos se impone, entre otras, esta pregunta: ¿a quién interesa? Por cierto ¿interesaba a alguien la muerte del Papa Luciani?

7. Los nuevos mercaderes

Luciani no entendía de dineros ni de negocios; en cuestiones financieras se fiaba completamente de colaboradores fieles y competentes. Sin embargo, en diversas ocasiones afrontó con rectitud y firmeza situaciones comprometidas, cuando estaba en juego la misión y la credibilidad de la Iglesia. Así sucedió con el escándalo económico conocido como el "caso Antoniutti"(1962), con la venta de la Banca Católica del Véneto (1972) y con el problema del IOR, llamado habitualmente Banco del Vaticano (1978).

-El "caso Antoniutti"

En muchos años de dudosa actividad, Carlo Luigi Antoniutti había conseguido levantar en Treviso un notable imperio financiero, un "banco secreto", a base de préstamos que recogía y que invertía en oscuros tráficos bancarios y en especulaciones arriesgadas. Entre los muchos que se vieron atraídos por la perspectiva de un rico negocio estaban el doctor Roberto Dacomo, en calidad de socio capitalista, y dos sacerdotes de Vittorio Véneto: monseñor Stefani, párroco y además consejero del servicio administrativo diocesano, y don Cescon, vicedirector y tesorero de dicho servicio.
El tesorero pretendió ayudar al monseñor, cuando llegaron los apuros, primero con su propio dinero. Al fin, la terrible noticia: Antoniutti está en bancarrota. Intentan evitarla a toda costa para salvar el dinero invertido. El tesorero no ve otra solución: la administración diocesana. Pero no suponía que, con ello, solamente iba a conseguir complicar aún más las cosas.

Viéndose sin salida, lo confiesa todo a su obispo Albino Luciani, que le cesa inmediatamente en sus cargos de curia, quedando la diócesis con un descubierto de más de 283

millones de liras. El 17 de junio, como Calvi veinte años después, Antoniutti muere en circunstancias misteriosas. El 14 de julio de 1965 el tesorero fue condenado a un año y cuatro meses de cárcel. El monseñor dejó la diócesis. En aquellas circunstancias Luciani no dudó en presentar por dos veces su propia dimisión a Juan XXIII, pero el Papa no la aceptó. Al contrario, le dió carta blanca para resolver a su modo la cuestión. La diócesis restituyó hasta el último céntimo a los ahorradores defraudados, como dijo Luciani, "no porque est, obligada, sino porque se trata de gente no rica que ha prestado poniendo su confianza en el sacerdote" (115).

- La Banca Católica del Véneto

En 1972, Albino Luciani, patriarca de Venecia, se encuentra por primera vez con el problema del IOR. Su presidente, el obispo Paul Marcinkus, sin consultar a nadie, había vendido la Banca Católica del Véneto a Roberto Calvi, principal administrador del Banco Ambrosiano de Milán (116).

La Banca Católica del Véneto había sido fundada para la diócesis y era conocida como "el banco de los curas". Daba préstamos a bajo y se había distinguido por ayudar a esos sectores de la sociedad que no tienen peso político ni se cuentan por votos, como los deficientes y los minusválidos. Luciani se había mostrado vivamente preocupado por apoyar a los centros especiales de trabajo. Ante el desinterés del Ayuntamiento y de muchas parroquias, se vió obligado a recurrir a los fondos diocesanos y a la Banca Católica (117).

A mediados de 1972, terminaron los préstamos a bajo interés. El IOR había vendido la Banca Católica del Véneto al Banco Ambrosiano de Milán. Los obispos de la región urgieron a Luciani para que se dirigiera directamente a Roma. Con prudencia, Luciani empezó a indagar. Lo que fue descubriendo sobre Roberto Calvi y Michele Sindona le dejó anonadado. Sin embargo, gozaban de la confianza de Pablo VI. Luciani se dirigió a Benelli, entonces sustituto de la

Secretaría de Estado, y le contó el problema. Benelli se explicó ampliamente. La venta de la Banca Católica del Véneto era el resultado de un plan que habían puesto en marcha Calvi, Sindona y Marcinkus. Marcinkus brindaba ayuda a Calvi para disfrazar la verdadera naturaleza de esta y otras operaciones comerciales, sustrayéndolas a la vigilancia de los inspectores del Banco de Italia, al disponer de las amplias facilidades de que gozaba el Banco Vaticano. Fondo de la cuestión: "Evasión de impuestos, movimiento ilegal de acciones".

La reacción de Luciani no se hizo esperar: "¿Qué tiene que ver todo esto con la Iglesia de los pobres? En nombre de Dios"...Benelli le interrumpió: "No, Albino, en nombre del dividendo" (118). Luciani sacó a los obispos vénetos de la Banca Católica. Tras su conversación con Benelli, le comentó a su secretario Mario Senigaglia: "Estoy liberado. Lo he dicho todo" (119). Desde entonces Luciani sabía que algo olía mal en las finanzas vaticanas.

-El problema del IOR

En 1967, Pablo VI había publicado un documento para la reforma de la curia romana (Regimini Ecclesiae Universae. Por lo que a cuestiones económicas se refiere, el Papa quería someterlas todas a un gran organismo, la prefectura para los Asuntos Económicos de la Santa Sede. Sin embargo, la Secretaría de Estado se mantuvo al margen durante años. Y el IOR se mantuvo siempre (120).

Marcinkus y sus colaboradores formaban parte de un estudiado cambio de política económica por parte del Vaticano: despojarse de su opulencia italiana y repartirla en forma de reinversiones entre distintos países. De este modo, el Vaticano evitaba el acoso impositivo del gobierno italiano y se abría a un mercado más vasto en el que los beneficios podían ser superiores.
En un servicio informativo titulado Historia de O.(Ortolani), publicado en 1980, la revista socialista Critica sociale señala que la noche de Navidad de 1969 (el mismo día en que

Marcinkus fue nombrado obispo) tuvo lugar en Roma (vía Condotti, 9) una cena histórica: "Los comensales eran Calvi, Sindona y Gelli; el anfitrión, Ortolani. Propósito de la reunión: establecer un pacto de acción entre los dos banqueros, en función del cual Calvi sería ayudado, gracias a los apoyos vaticanos de que gozaba Ortolani, a progresar en el banco (Ambrosiano)". Gelli, por su parte, garantizaría el sostén político a todos los niveles. Así, en febrero de 1971, Calvi accede a la dirección general del banco Ambrosiano, en Milán "el banco de los curas", fundado en 1896 por monseñor Tovini para ofrecer ayuda económica a obras pías y congregaciones religiosas.

En realidad, el Vaticano se convirtió en una especie de paraíso fiscal, explotado por financieros que, al amparo de la logia Propaganda Dos (P2), habían de protagonizar el fraude fiscal a gran escala (121).
Tras la muerte de Pablo VI, el 6 de agosto de 1978, las cosas podían y debían cambiar. En las reuniones previas a la elección de nuevo papa, varios cardenales -entre ellos Villot-protagonizaron una fuerte discusión en torno a los temas económicos. Palazzini protestó porque Vagnozi había presentado el informe financiero, eludiendo el tema del IOR. "El IOR no forma parte de las administraciones de la Santa Sede", se dijo entonces (122).

El 26 de agosto, día de la Virgen de Chestokova, es elegido Papa Albino Luciani. El nombre papal lo lleva escrito: "Me llamaré Juan Pablo". Como dijo el cardenal Jubany, se tuvo en cuenta "sólo el bien de la Iglesia". Desde posiciones claramente conservadoras, se le recibió así a Juan Pablo I: "se consideró con circunspección el advenimiento de este nuevo papa, que pretendía proseguir la obra de Pablo VI, reforzar la colegialidad y convocar un nuevo sínodo. Y sin duda Juan Pablo I era un hombre abierto a ciertas iniciativas atrevidas, así pues a ciertas reformas, de las cuales lo que menos se puede decir es que hubieran servido a la Iglesia" (123).
El día 27 el nuevo Papa encarga a Villot la revisión de todas las actividades vaticanas, especialmente del IOR: "la inspección financiera tenía que realizarse de forma discreta,

r pida y completa" (124). El 28 confirma, para el quinquenio en curso, a los principales cargos vaticanos. Por supuesto, ello no excluye que pueda haber cambios.

El 31 de agosto, el periódico económico Il mondo interpela al Papa: "¿Es correcto que el Vaticano posea un banco cuyas operaciones incluyen la transferencia de capitales ilegales de Italia al extranjero?". Además, el periódico impugna las relaciones del Vaticano con "los financieros y especuladores más cínicos del mundo" (125).

Al propio tiempo, durante varias sesiones, Benelli y Felici informan al Papa de las operaciones financieras que han vinculado al IOR con Sindona y le advierten que ahora se fragua otro escándalo mucho peor, el de Calvi: "el Papa los miró fijamente y, con una voz que no le habían oído antes, les dijo que aquello no podía continuar" (126).

El 5 de septiembre, Juan Pablo I recibe al cardenal africano Gantin, que se har cargo de Cor unum, organización de la Iglesia para la ayuda internacional, que hasta entonces dependía de Villot. La Iglesia ha de dedicar una parte de sus recursos financieros a apoyar planes serios de desarrollo en el Tercer Mundo. A continuación, el Papa recibe al metropolita Nikodim de Leningrado, que muere repentinamente en el curso de la audiencia. Según se dijo, de infarto; según algunos, tras beber un sorbo de café (127). Tenía 49 años.

El 12 de septiembre Luciani tiene en su mesa una lista de 121 masones vaticanos. Posiblemente, unos lo fueran y otros no. En la lista figuran Villot y Marcinkus, con los números 041/3 y 43/649 respectivamente. El día 13, se encuentra en Roma Germano Pattaro, llamado urgentemente por el Papa como consejero. Luciani está viviendo "un mes de infierno". O mejor, un "via crucis", como acertadamente le anticipó Felici. En un momento de abandono, Luciani le confiesa a Pattaro: "Comienzo a entender ahora cosas que no había entendido antes. Aquí cada uno habla mal del otro. Si pudieran, hablarían mal hasta de Jesucristo". La curia le acosa por todas partes. La relación con Marcinkus es tensa.

Marcinkus ha dado recientemente esta imagen del Papa Luciani: "Ese pobre hombre, el Papa Juan Pablo I, llega de Venecia, una diócesis pequeña, de gente mayor, no hay más que 90.000 personas en la ciudad, y los sacerdotes son viejos. Y de repente lo meten en un sitio como éste, sin saber siquiera dónde está cada despacho. No tiene ni idea de a qué se dedica la Secretaría de Estado". Dice también: "La suya era una sonrisa muy nerviosa". Y más adelante: "Además tenga en cuenta que no era persona de mucha salud... No tiene usted más que coger el periódico todos los días y ya ver cómo hay cantidad de gente joven que consigue un buen puesto y al poco tiempo se muere. Y no por eso va uno a pensar que los mataron. Pero a éste, porque no se le hace la autopsia... Pero si nunca se les hace la autopsia" (128).

Además, Marcinkus jura que ni él ni nadie en el Vaticano es masón: "en el Vaticano no existe semejante cosa. Se lo juro", le dice a Cornwell. Sin embargo, comenta J. Arias que un día le invitó a su casa un importante monseñor, quien le brindó la posibilidad de ser acompañado por un fotógrafo para sorprender a dos cardenales a la salida de una logia masónica en Roma (129).

Tras la única audiencia que tuvo con Juan Pablo I, Marcinkus comentó con su gente: "¡Qué barbaridad! ¡Parece agotado!". Sin embargo, el padre Farussi, jesuita que entonces dirigía el Radiogiornale de Radio Vaticana da una imagen muy diferente del Papa Luciani y de su circunstancia:

“Mire, hay algo que está fuera de discusión por lo que a mí se refiere. Ese Papa se ganó el afecto popular de la gente corriente. Se le consideraba aún más popular que Juan XXIII. Era incluso más piadoso, más modesto, más simple. Su muerte se presentó de forma tan irresoluble que la única explicación posible parecía ser que había sido envenenado... Le voy a decir algo, y esto no son palabras al viento: detrás de esto había una situación de importante seriedad. Aunque era un buen hombre, había rumores de que iba a limpiar el Vaticano. Se decía que iba a despedir a Marcinkus y a desplazarle... Si se pudiera indagar tranquilamente en el Vaticano, todo el mundo le habría dicho en ese momento:

después de la elección, Marcinkus ha cambiado por completo. Estaba deprimido y desesperado.... Después está la sensación de que no quieren aclarar las cosas, por las razones que sean. Nunca hemos sabido, o nunca nos han dicho, lo que ha pasado exactamente. Así que cabe lugar para la sospecha (130).

Quizá no por casualidad aquel sábado, en que fue elegido el Papa Luciani, se leía en todas las iglesias un texto del profeta Isaías, que parecía reflejar las intenciones del nuevo Papa y el temor de Marcinkus:
"Así dice el Señor a Sobna, mayordomo de palacio: Te echaré de tu puesto, te destituiré de tu cargo" (131).

A partir del 16, el Papa quiere realizar cambios. El más importante sería la sustitución del Secretario de Estado: Villot (73 años, vinculado a anteriores planteamientos) sería sustituido por Benelli. Años atrás, Benelli había sido sustituto de la Secretaría de Estado; además, había sido el gran elector de Juan Pablo I. Según Biamonte, agente del FBI, Benelli era "un formidable adversario de Marcinkus". También el Papa quiere deshacerse del secretario Magee, tan próximo a Marcinkus por diversos motivos (132).
La hermana Irma Dametto, de las religiosas de Burdeos, ha sido confidente de sor Vincenza, que atendió durante veinte años a Luciani. La hermana Irma revela estas cosas: "Juan Pablo I sufrió en Roma porque era tímido", "sufrió mucho y fue incomprendido". Decía: "La gente grita 'Hosanna' al comienzo, y poco después gritan '¡Crucifícale!'. Confía solamente en Dios y pon tu confianza en El". Una mañana sor Vincenza escuchó sin querer al secretario que le decía al Papa insistentemente, una y otra vez: "Santo Padre, ¡usted es Pedro! ¡Usted tiene la autoridad! ¡No se deje amedrentar ni intimidar!". De todos modos, "cuando él realmente creía que debía hacerse una cosa, no había santo que pudiera detenerle" (133).

Juan Pablo I lo tiene muy claro: no quiere eclesiásticos afiliados a ningún tipo de masonería ni tampoco los quiere implicados en escándalos económicos. Según Yallop, el 28 por la tarde el Papa comunica a Villot su decisión de cortar

las relaciones del IOR con el Banco Ambrosiano. En consecuencia, Marcinkus y sus colaboradores serían inmediatamente destituidos: "Hay hombres aquí, dentro de la ciudad del Vaticano, que parecen haber olvidado la verdadera finalidad de la Iglesia. Hombres que han convertido la Santa Sede en una especie de mercado" (134).
En aquel momento, la inspección de Juan Pablo I sobre el IOR estaba a punto de encontrarse con la que el Banco de Italia realizaba sobre las actividades del Banco Ambrosiano. Intimo amigo de Gelli, gran maestre de la logia P2, Calvi "podía contar con puntuales informes sobre las actividades de los investigadores fiscales italianos. También estaba al tanto de que el Papa había empezado a indagar en los secretos del Banco Vaticano" (135).
Juan Pablo I se había informado y había tomado la decisión comprometida, incluso peligrosa: cambio de rumbo en el IOR. Esto no quiere decir que Marcinkus (entiéndase lo mismo de Villot) estuviera activamente involucrado en una conspiración contra el Papa Luciani. Ahora bien, sí pudo actuar como catalizador, comunicando la situación o la inminencia de su cese: "Varios siglos antes un rey inglés exclamó: '¿Es que no hay nadie que pueda librarme de este cura entrometido?'. Poco después la Iglesia católica sumaba otro mártir en la figura de Tomás Becket". Tras la muerte de Juan Pablo I, ante el nuevo cónclave, se comentó que el elegido debía ser un pastor, pero también "un financiero", "un buen administrador" (136).

Al cumplirse el tercer aniversario de la muerte de Juan Pablo I, Marcinkus es nombrado arzobispo y pro-presidente de la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano. Pero los problemas estaban ahí. El 20 de mayo Calvi había sido detenido y luego puesto en libertad bajo fianza. A este respecto, dice Marcinkus: "Cuando Calvi estaba en la cárcel, le pregunté a alguien: 'Oye, ¿Qué pasa?', y el individuo me dijo: '¡Bah! Si no te echan el guante, no vales nada'" (137).

El 1 de septiembre el IOR avala a Calvi. Con esta fecha, el IOR envía una carta al Banco Ambrosiano Andino (Perú) y al Banco Comercial del Grupo Ambrosiano (Nicaragua), en la

que acepta responsabilizarse de 1000 millones de dólares. Sin embargo, existía otra carta de Calvi al IOR, del 27 de agosto, en la que asegura que dicha aceptación no acarrear responsabilidad alguna al IOR.

Marcinkus lo explica así: "¡Mire! Calvi sale de la cárcel en 1981 y viene y me dice: 'Tengo problemas y he de ver cómo solucionarlos. Como no puedo ocuparme de todo, hágame el favor de echarme una mano y cuidarme estos asuntos'. No dijo que fueran asuntos nuestros. Le pedí que nos escribiera una carta, una carta aclaratoria, en la que dijera que aquellos negocios ni eran nuestros ni nunca lo habían sido.

Insistí en que se tomaran todas las medidas para disminuir la deuda, y que en año y medio todo tenía que estar resuelto y nosotros desentendidos del asunto. Es como un compromiso fiduciario. No le di garantía alguna ni cosa por el estilo. Lo único que sabíamos era la deuda que había, eso es todo" (138).

El 18 de junio de 1982 Calvi aparece colgado de un puente de Londres y estalla la quiebra del Ambrosiano, quiebra que pagó el contribuyente italiano y que terminó costándole al Vaticano "una devolución, voluntaria, al Estado italiano de 250 millones de dólares" (139). Lo cual manifiesta que entre el IOR y el Ambrosiano había muchos intereses de por medio.
Cuando Cornwell pregunta a Marcinkus por qué pagó el Vaticano semejante suma de dinero si no tenía nada que ver en el asunto, responde: "Se ha equivocado usted de hombre" (140).

Ese hombre podría ser Agostino Casaroli. Secretario de Estado desde julio de 1979 y desde 1980 miembro de la Comisión de Vigilancia del IOR, había llegado con nuevos planteamientos. En febrero de 1981 le dijo a un interlocutor: "Los que nos critican tienen toda la razón. Así no se puede seguir. Tenemos que cambiar".

En marzo de 1981 se negó a aprobar el balance anual del IOR, si no podía estudiar los documentos con suficiente

antelación. Y al final de la primavera, se creó una comisión de quince cardenales para estas cuestiones. Según Carboni, sobre el asunto Calvi había dicho el Papa: "Que caiga todo. Dejemos que se encargue el cardenal Casaro- (141).

En el año 1982, Marcinkus queda excluido en los viajes del s,quito papal. Así sucedió en el primer viaje de Juan Pablo II a España, en el mes de noviembre. Para unos la causa estaba en la notificación judicial recibida por Marcinkus mes y medio después de la muerte de Calvi, en la que se le consideraba sospechoso de complicidad en la quiebra del Ambrosiano. Para otros, el motivo era la oposición del episcopado español, apoyado por las protestas cada día más amplias en contra de Marcinkus. Finalmente, es posible que se tuviera en cuenta otra razón: las amenazas telefónicas y escritas que remitentes anónimos, por encargo de personajes de la mafia, hacían llegar a Marcinkus y al Vaticano (142).

En febrero de 1987 la magistratura de Milán ordena la detención de Marcinkus y de dos colaboradores: Mennini y De Strobel. La orden fue anulada después por el Tribunal Supremo, por ser el IOR un organismo central de la Iglesia Católica, al amparo del concordato firmado en 1929 entre Italia y la Santa Sede (143).

Finalmente, el 9 de marzo de 1989 se anuncia el cese de Marcinkus como presidente del IOR. De forma discreta, el cese se produce en el contexto de un cambio profundo de la estructura del IOR, ahora "más colegial y sometida a varios controles, de forma que resulten imposibles algunas operaciones que en el pasado comprometieron la credibilidad de la Santa Sede" (144).

Al parecer, el Vaticano había prometido dicho cambio al Estado italiano, tras la quiebra fraudulenta del Ambrosiano. Una comisión cardenalicia de cinco miembros, nombrados por el Papa para un período de cinco años, vela por la fidelidad del IOR a sus estatutos. Un prelado, no obispo, nombrado por la citada comisión, sigue la vida del instituto, pero sin ninguna función ejecutiva ni de gestión. Un consejo

de administración vela por la actividad financiera; entre sus funciones figura la de nombrar director y subdirector del IOR - siempre seglares - y de tres censores de cuentas. Recientemente, el Vaticano ha nombrado presidente del Consejo de Administración del reformado IOR. La elección ha recaído en Angelo Caloia, presidente del Medio Crédito Lombardo, cuyos puntos de apoyo han sido siempre tres: la Democracia Cristiana, el arzobispado de Milán y el Opus Dei. Previamente, el Papa había ofrecido la presidencia del IOR a otros cuatro banqueros, que rechazaron la oferta; entre ellos, Giovanni Bazzoli, presidente del nuevo Banco Ambrosiano. Asímismo, el Papa ha nombrado al cardenal Suquía miembro del Consejo Cardenalicio para asuntos económicos.

Ultimamente, jueces romanos han interrogado durante siete horas al obispo checo exiliado en el Vaticano, Palev Hnilica, acusado de haber pagado 120 millones de pesetas con dos cheques del IOR, para recuperar el maletín que Calvi llevaba siempre consigo y que había desaparecido misteriosamente. El 1 de abril de 1986 el periodista Enzo Biagi presentó el maletín (con llaves y documentos) en un programa de televisión. Según la viuda de Calvi, del maletín faltaban los documentos más importantes, los preparados "para la venta del 16% de las acciones del Banco Ambrosiano al Opus Dei".

Los jueces han sabido por Giulio Lena, empresario romano encarcelado por tr fico de dinero falso, que un personaje descono-cido estaba tan interesado en hacerse con el maletín de Calvi,que pagó esa cuantiosa suma a trav,s del obispo checo. El obispo ha afirmado que Carboni - empresario sardo actualmente encarcelado, brazo derecho de Calvi- le dijo que tenía 4.000 millones de pesetas bloqueados en un banco de Suiza y que para hacerse con ellos necesitaba algunos cheques del IOR como garantía; además, le prometió ayuda para sus exiliados del Este. El obispo dice que los cheques en blanco lo dió en buena fe a Carboni, a quien conoció "a través de personalidades eclesiásticas de la diócesis de Roma".

La lección del IOR enseña que, aun en el mejor de los casos, la Iglesia -que es comunidad- no debe vivir de los negocios, sino de la comunicación de bienes; por tanto, de

aquella confianza a la que invitaba Jesús: "Mirad los pájaros del cielo" (145).

8. Violencia y terror

En convergencia con la inspección de Luciani sobre el IOR, se realizaba también la investigación del Banco de Italia sobre las actividades del Ambrosiano. Dicha investigación se llevó a efecto entre el 17 de abril y el 17 de noviembre de 1978.

"Gelli le advirtió a Calvi que el informe estaba a punto de ser enviado por el Banco de Italia a la magistratura de Milán y, específicamente, al hombre cuyo nombre ya Gelli había anticipado en septiembre: el juez Emilio Alessandrini. De nuevo Calvi se hallaba al borde de verse expuesto a la ruina más absoluta. A Emilio Alessandrini no había forma de comprarle, Con su talento y valentía, Alessandrini representaba una amenaza muy peligrosa para Calvi, Marcinkus, Gelli y Sindona" (146).

El 10 de enero de 1979, Gresti, primer fiscal de la Audiencia de Milán, invita a Emilio Alessandrini a decir a un periodista lo que pueda revelar en torno al caso de Calvi. Hace pocos días que el magistrado ha recibido el informe. "Estamos haciendo pesquisas", informa a un redactor del semanario L'Espresso. El 26 de enero vuelve el mismo periodista: "¿Hay noticias?". "Nos estamos moviendo", dice Alessandrini. "¿Prevé usted que se le retire el pasaporte a Calvi?". "Podría ocurrir; eso y Quizá s algo más". "¿Su detención?". "Me reservo la respuesta". Tres días después, el 29 de enero, Alessandrini caía asesinado por un comando de Primera Línea (147).
Ciertamente, sorprende la muerte de Alessandrini. Y sorprende también la serie de asesinatos y atentados violentos con fines intimidatorios, relacionados de una u otra forma con la logia P2:

* El 21 de marzo del mismo año, es asesinado el abogado y periodista Mino Pecorelli, miembro arrepentido de la logia P2, que había publicado algunos informes sobre el escándalo del petróleo, fraude calculado en 2500 millones de dólares, cuyo cerebro había sido el propio Gelli; además,

Pecorelli había elaborado una lista de 121 masones vaticanos. Pecorelli, que había prometido a sus lectores cuantiosas revelaciones sobre la P2, murió de un disparo en la boca (148).

* Unos meses después, el 11 de julio por la noche, al volver a su casa, es asesinado el fiscal Giorgio Ambrosoli, que, habiendo indagado sobre el "crack" Sindona, había comenzado a declarar el 9 de julio sobre el banquero siciliano y el día 10 había revelado operaciones ilegales de éste con un "banquero milanés" y un "obispo norteamericano", es decir, Calvi y Marcinkus, respectivamente. El 7 de julio de 1981, el gobierno italiano acusó a Sindona de ser el responsable del asesinato de Ambrosoli. En la orden de detención figuraba como uno de los tres asesinos William J. Arico, delincuente profesional. Unas horas después del crimen, Arico estaba en Suiza. Cien mil dólares habían sido transferidos de una cuenta que tenía Sindona en la Banca del Gottardo a una cuenta que Arico había abierto a nombre de Robert McGovern en el CrŠdit Suisse de Ginebra con el número 415851-22-1 (149).

* Dos días después, el 13 de julio, es asesinado, juntamente con su chófer, el teniente coronel Antonio Varisco, jefe del servicio de seguridad de Roma. Varisco seguía una investigación sobre la P2 y el 9 de julio había hablado largamente por teléfono con Ambrosoli sobre el asunto Sindona (150).

* El 21 de julio es asesinado Boris Giuliano, jefe del C.I.D. y superintendente de las fuerzas de la policía de Palermo. Se había entrevistado el día 9 con Ambrosoli. Giuliano fue sustituido por Giuseppe Impallomeni, miembro de la P2 (151).

* El 12 de enero de 1981, un grupo de accionistas milaneses del Banco Ambrosiano envía al Papa Juan Pablo II una carta en la que se dice: "Tal como ha quedado revelado por un creciente número de casos judiciales, Roberto Calvi se encuentra hoy por hoy a horcajadas, con un pie sobre la francmasonería más aberrante como es la logia P2 y con el

otro en los círculos de la mafia, como resultado de haber heredado el puesto de Sindona. Todo esto se ha podido realizar a través de la actuación de hombres a los que el Vaticano protege y aplaude, como por ejemplo, Ortolani, que se mueve entre el Vaticano y los círculos más poderosos del hampa internacional. Ser socio de Calvi significa ser socio de Gelli y Ortolani, dado que ambos le guían y ejercen sobre él una vasta influencia. El Vaticano, por lo tanto, le guste o no le guste, al estar asociado con Calvi, también es un socio activo de Gelli y Ortolani" (152).

Calvi sabía que la carta había sido enviada al Papa y que contaba con la aprobación de su administrador general y consejero delegado Roberto Rosone. Este, que se esforzaba por limpiar el Ambrosiano, resultaría herido en un atentado el 27 de abril de 1982. En el atentado murió el chófer de Rosone, Giovanni Fattorello. Antes de que el asesino pudiera volver a tirar, el guardaespaldas de Rosone le mató de un disparo. El asesino era Danilo Abbruciati, un maleante romano, profesional del crimen organizado (secuestros, tráfico de armas y de drogas). Sólo había una explicación para que alguien a su manera tan importante hubiera ejecutado personalmente ese "trabajo": contentar a un cliente de gran talla. Poco después, el 18 de junio de 1982, inmediatamente después de la muerte de Calvi, el magistrado milanés Alfonso Marra le mostró a Rosone la pista que desde Danilo Abbruciati - a través de un tal Domenico Balducci - conducía a Flavio Carboni, constructor sardo, personaje turbio e inquietante que en los últimos meses se había puesto al servicio de Calvi. Rosone quedó asombrado. Para explicarse mejor, el magistrado dijo a su ayudante: "Prepara una orden de detención contra Roberto Calvi, por intento de homicidio en la persona de Roberto Rosone" (153).

En una entrevista concedida al diario La Repubblica, el 22 de junio de 1982, se le preguntó a Rosone si fue su antiguo presidente quien ordenó el atentado contra él. Rosone contestó: "No me cabe duda". ¿Motivo? El completo desacuerdo que les separaba en todo: "El banco, la gestión, ciertos negocios que trataba él personalmente..." (154).

* Unas horas antes que Calvi apareciera muerto, su secretaria Graziella Corrocher cayó desde el cuarto piso de la sede central del Ambrosiano, dejando una "nota de suicidio". Hay quienes piensan que fue "suicidada". Algo parecido sucedió unos meses después, el 2 de octubre, con Giuseppe Dellacha, ejecutivo del mismo banco.

Así pues, el año 1982 es particularmente agitado. Es el año en que estalla la crisis del Ambrosiano, el año en que muere Calvi, su secretaria y un ejecutivo del banco; el administrador general Rosone sufre un atentado. Algo muy extraño y horrible estaba pasando en el Banco Ambrosiano, una pía institución que durante años ha sido el banco de la P2: "Calvi, su presidente, es una encrucijada de intereses que van desde Licio Gelli, el Venerable de la logia masónica, a Umberto Ortolani, banquero, especulador y brazo derecho de Gelli" (155).

También el año 1982 mueren Felici y Benelli, el 22 de marzo y el 26 de octubre respectivamente, "cuando aún estaban cotejando pruebas de las enmarañadas finanzas y relaciones del IOR". Benelli y Felici eran hombres de confianza de Juan Pablo I y estaban en el entresijo de los cambios que Luciani se proponía realizar. Se informó que murieron de infarto. Benelli, que tenía 61 años, no quiso ser hospitalizado: "su médico le recomendó la inmediata hospitalización, pero el cardenal que conocía bien su estado, reclamó: 'Quiero morir en mi lecho'. Sólo cuando entró en coma pudo ser hospitalizado". Tras la muerte de Felici, a la edad de 70 años, su apartamento fue sellado "por orden de la Secretaría de Estado para proteger los posibles documentos importantes que en él se encontraran" (156).

9. La P2, al descubierto

Durante el siglo XVIII y gran parte del XIX, la historia constata la presencia de numerosos sacerdotes, religiosos e incluso obispos en las filas de la masonería, a pesar de los anatemas lanzados por los papas (157). El viejo Código de Derecho Canónico (c.2335) prohibía a los católicos, bajo pena de excomunión, inscribirse en la masonería y en organizaciones similares, "que maquinan contra la Iglesia o contra las potestades civiles legítimas".

El 19 de julio de 1974, una carta de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, dirigida a algunas conferencias episcopales más directamente interesadas en el tema, afirma que dicho canon se aplica solamente a aquellas organizaciones que verdaderamente conspiran contra la Iglesia.
Sin embargo, el 2 de marzo de 1981, la oficina de prensa del Vaticano divulgó un documento que intrigó a mucha gente y que recordaba la prohibición canónica. Pocos días después, el 17 de marzo, la policía descubre en la caja fuerte de Gelli una lista de 962 miembros de la P2: poderosas figuras de casi todos los sectores del sistema, de la política, del ejército, de los servicios de inteligencia, de los negocios y finanzas, de los medios de comunicación. El primer ministro Arnaldo Forlani ocultó la información, pero el 20 de mayo se hizo pública la lista, provocando la caída del gobierno. El poder oculto estaba al descubierto e influyentes personajes estaban a punto de caer (158).

Michele Sindona, abogado y banquero siciliano, nacido en Patti en 1920 y afincado en Milán en 1948, miembro de la P2 desde 1964 con el número 1612, hombre de confianza de Pablo VI, que en 1969 le encomienda la política de inversiones vaticanas en el extranjero, cuyo control tendrá hasta 1974, año en que se produce la quiebra de los bancos de Sindona y es sustituido por Roberto Calvi.

El 14 de septiembre de 1977 Sindona telefonea desde Nueva York a su abogado Rodolfo Guzzi y le comenta: "A lo

mejor, y en contra de lo que trata de aparentar, Gelli no está de mi lado. Es posible que haya tomado partido por Calvi". Le dijo también: "Ve a ver a Calvi y dile que me propongo emprender una causa civil contra él. Hazle ver que considero la nuestra una sociedad en toda la extensión de la palabra. Lo que es suyo, también es mío, a partes iguales: desde el Banco Ambrosiano a la Pachetti, pasando por el Crédito Varesino" (159).

Calvi prometió encontrar una fórmula para enviarle dinero, pero no lo hizo. Y el 3 de noviembre, los muros del centro de Milán aparecen empapelados de manifiestos blancos, azules y amarillos. Su texto es un largo monólogo contra Calvi: traficante de divisas, estafador, responsable de fraudes fiscales. A Calvi no le quedan dudas en cuanto a la autoría de la maniobra: el "loco de Sindona".

Calvi manda arrancar sin pérdida de tiempo los manifiestos. Unos días más tarde, el boletín de informaciones Agencia "A", publicación mensual con domicilio en Turín, vuelve a la carga contra Calvi. El boletín lleva la firma de Luigi Cavallo, que, según declarar posteriormente, "había recibido de Sindona cerca de doscientos mil dólares" (160). Finalmente, el 24 de noviembre Cavallo escribe a Paolo Baffi, gobernador del Banco de Italia, una larga carta que ser "el golpe decisivo que acorralar a Calvi" (161).
A principios de marzo de 1978 y con la mediación de Gelli, Calvi y Sindona se encuentran en Nueva York. Dice Calvi: "Le ví dos veces en Nueva York; él vino a mi hotel y me pidió un empleo que hube de negarle porque no disponía del puesto adecuado. Pero no admito haberle ofrecido a cambio de la 'paz' más que consejos financieros". Sin embargo, debió existir desembolso de dinero: en sus campañas Cavallo señaló siempre que Calvi debía a Sindona por lo menos un millón de dólares. Además, Calvi se ocupó de vender la villa que Sindona poseía en Arosio, localidad situada en la comarca lombarda de Brianza. Le dijo a Guzzi que "había encontrado un cliente dispuesto a pagar quinientos mil dólares" (162). Pero la reconciliación no duró mucho, pues en abril de 1979 la Agencia "A" arremetía de nuevo contra

Calvi con ocasión de la asamblea anual del Banco Ambrosiano.
Identificado por los gobiernos de Italia y de Estados Unidos como el banquero de la mafia, el 27 de marzo de 1980 Sindona "fue declarado culpable de 65 actos delictivos, entre ellos fraude, conspiración, perjurio, falsificación de asientos bancarios y apropiación indebida de los fondos de su banco" (163). En Estados Unidos se le condenó a 25 años de cárcel. Reclamado por el gobierno italiano, se concedió su extradición el 18 de mayo de 1978. Ya en Italia, es condenado a cadena perpetua, el 18 de marzo de 1986, acusado de haber ordenado la muerte del fiscal Giorgio Ambrosoli, encargado de investigar sobre la quiebra de sus bancos. Dos días después, en la cárcel de máxima seguridad de Voghera, sufrió "un extraño ataque, descrito como derrame cerebral o infarto", pero que resulta ser envenenamiento (con cianuro). De ello murió el día 22 del mismo mes; según han manifestado recientemente dos guardias de la cárcel, murió asesinado (164).

Roberto Calvi, banquero milanés nacido en 1920, hombre de confianza del Vaticano, que en 1974 hereda el sistema creado por Sindona en años anteriores. Ambos comparten el mismo planteamiento de fondo: "el de expoliar las sociedades que dirigen atendiendo al principio de que las pérdidas sean socializadas a un lado de la frontera, el italiano, y los beneficios privatizados al otro, en el extranjero" (165). Los que se arruinan, a fin de cuentas, son los pequeños accionistas que les siguen en sus aventuras.
Miembro de la P2 con el número 1624, Sindona es presidente del consejo de administración del Banco Ambrosiano, consejero delegado y propietario (de hecho) de dicho banco. El 20 de mayo de 1981 fue detenido, como principal responsable de la quiebra fraudulenta del Ambrosiano, estimada en unos 1200 millones de dólares. Durante una visita de su esposa y de su hija a la prisión, Calvi les dijo que la presión debería ejercerse sobre los dos principales directores del IOR, Marcinkus y Mennini. Por esta razón: "Este juicio se llama IOR" (166). Dicho de otro modo: "Desde su detención en mayo de 1981, Calvi había ejercido una presión enorme sobre el Vaticano, buscando

ayuda tanto para sus problemas legales como para los apuros financieros del Ambrosiano. Mientras se hallaba en la cárcel, Calvi comunicó a su familia que las operaciones anómalas con acciones por las que lo estaban juzgando habían sido realizadas, realmente, en representación del IOR. Explicó que las pruebas de la implicación del banco del Vaticano se hallaban en documentos depositados en la Banca del Gottardo, documentos que ,sta no podía dar a conocer sin autorización del IOR en razón de las leyes suizas sobre secreto bancario" (167).

El 29 de julio, Calvi fue condenado a cuatro años de prisión y a pagar una multa de 16000 millones de liras. Sus abogados apelaron y Calvi fue puesto en libertad bajo fianza. Casi un año después, el 18 de junio de 1982, Calvi apareció colgado de un puente de Londres, con seis kilos de piedras y de ladrillos, dentro de los pantalones y en los bolsillos de la chaqueta. Según ha dictaminado recientemente un tribunal de Milán, Calvi fue asesinado. Clara, la viuda de Calvi sostiene abiertamente: "Mi marido fue víctima de feroces luchas vaticanas" (168).

Umberto Ortolani, abogado romano, miembro de la P2 con el número 1622, brazo derecho de Gelli, Gentilhombre de su Santidad desde 1963 por recomendación del cardenal Lercaro. En 1983 desaparece su nombre del Anuario Pontificio. De la mano de Ortolani, no había lugar en el Vaticano al que no pudiera acceder Gelli o cualquiera de los hombres que controlaba. Según Sindona, Ortolani es el inspirador de las aventuras sudamericanas de Calvi, al que haría adquirir una parte de su banca sudamericana, la Bafisud. Acusado de participar en la quiebra fraudulenta del Ambrosiano, Ortolani ha permanecido en Sudamérica prófugo de la justicia italiana. Recientemente, un tribunal de Milán le ha concedido la libertad provisional. Tiene 76 años (169).

Licio Gelli, hombre de negocios, nacido en Pistoia (Toscana) en 1919, protector oculto de Sindona y de Calvi. Bien recibido en ambientes vaticanos, fue nombrado Comendador de la Orden del Santo Sepulcro. Gran maestre

de la logia Propaganda Dos, hizo de ella una organización secreta, poderosa y violenta. En los años setenta, la P2 controlaba toda Italia. Gelli era "el rey y el papa": "La P2 ha sido un hecho grave, más grave de lo que la opinión pública hasta ahora haya podido imaginar. Los más inquietantes escándalos de la Italia contemporánea (la carrera y la caída de Sindona, el 'crack' del Banco Ambrosiano y la relación con el IOR, el suicidio u homicidio de Calvi, el asesinato de Pecorelli, la lucha sin excluir golpes por el control de la Rizzoli, del Corriere della Sera y de otros periódicos, el escándalo de ENI-Petromin, etc.), están marcados de algún modo por la presencia de hombres de la P2" (170).

Acusado en Milán de participar en la quiebra fraudulenta del Ambrosiano, Gelli fue detenido en Ginebra el 13 de septiembre de 1982. Encarcelado en Champ Dollon, prisión de máxima seguridad, escapó de ella el 10 de agosto de 1983. En junio de 1986 el Tribunal Supremo italiano implica a Gelli en la matanza de Bolonia (85 muertos y 200 heridos), del 2 de agosto de 1980. Gelli controlaba entonces los servicios secretos. Los jueces Zincari y Castaldi han acusado a Gelli de haber encubierto a los culpables (neofascistas), intentando echar la culpa a los servicios secretos búlgaros y soviéticos. Extraditado por el juez suizo Trembley sólo por delitos económicos, vuelve a Italia el 17 de febrero de 1988. Tras una corta estancia en la cárcel de Certosa (Parma), permanece en situación de libertad provisional, concedida por motivos de salud. Todo ello a pesar de estar condenado a 20 años de cárcel por los tribunales italianos y en medio de una renovada atmósfera de , es decir, bajo la ley mafiosa del silencio. El juez Trembley está siendo investigado por la magistratura suiza (171).

Según el informe presentado al Parlamento italiano por la Comisión que, presidida por Tina Anselmi, estaba encargada de investigar a la logia P2, en la segunda mitad de los años setenta Gelli tenía el control total de la organización secreta. El informe concluye: "la logia P2 entra como elemento de peso decisivo en asuntos financieros, como el de Sindona y el de Calvi" (172).

Según la familia Calvi, el número de teléfono de su villa de Drezzo sólo lo conocían dos personas: Gelli y Ortolani, jefes de la P2. Carlo, el hijo de Calvi, comenta el tipo de relación: "Mi padre era el técnico; Gelli, el político. Tanto es así, que todas las desgracias de mi padre empezaron con la caída de Gelli. Gelli conocía perfectamente las relaciones entre el IOR y el Ambrosiano y eso era lo que más atemorizaba al Vaticano". Clara, la viuda de Calvi, dice que Gelli aterrorizaba a su marido; le exigía voluminosas cantidades de dinero. Y su hija Anna explica a los magistrados italianos: "Algunos meses antes de que estallara la historia de la logia P2...mi padre ya había empezado a negarse a responder a las llamadas telefónicas de Gelli u Ortolani" (173).

Gelli jamás decía su verdadero nombre, cuando alguien de la familia le preguntaba quién era. Les respondía con su nombre en clave: Luciani. Esta clave la utilizaba desde 1978 (174).

10. Lecciones de la historia

Muchos católicos y, especialmente, muchos eclesiásticos rechazan incluso la posibilidad de que Juan Pablo I no muriera de forma natural. Es como un bulo del que ni siquiera quieren oir hablar; sencillamente, les parece increíble. A otros, aparentemente al menos, les da igual. A otros les infunde miedo: no quieren comprometerse, prefieren vivir del beneficio de la duda. Y hay quienes piensan que, aunque fuera verdad, no se debería decir: "Es como si tu padre fuera un criminal. Debe quedar en familia", se me dijo en la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis. "Ese no es el caso, respondí. El caso es que a mi padre le han matado y no tengo por qué callarlo". La analogía me resultaba f cil, tanto más cuanto que precisamente mi padre nació el mismo día, el mismo mes y el mismo año que el Papa Luciani: el 17 de octubre de 1912. Pues bien, parece útil un breve recorrido por la historia de la Iglesia considerando algunos precedentes, tanto antiguos como modernos.

* Por ejemplo, en el siglo oscuro del Pontificado, que se extiende, con ligeros intervalos, durante todo el siglo X hasta bien entrado el siglo XI. Anteriormente, se había producido la donación de Pipino el Breve y el nacimiento de los Estados Pontificios (753-754); después, la coronación papal de Carlomagno (800). Poco a poco, la idea de cristiandad, que el papa Nicolás I (858-867) formulara como comunidad de todos los pueblos cristianos, conduce a la Iglesia al terreno turbio y tentador de la lucha política, convirtiéndose a su vez el trono pontificio en objeto de control sumamente codiciado por príncipes poderosos e intrigantes familias romanas.
"Una de esas familias, la de Teofilacto, señor de la Urbe, llegó a tener en sus manos durante bastante tiempo no sólo los cargos de la curia sino el mismo pontificado. A los Teofilactos les sucedieron los Crescencios y los Tusculanos. En este contexto, desde Juan VIII a León IX (872-1049), los papas legítimos fueron treinta y nueve y cuatro o cinco los ilegítimos; varios fueron elegidos a la fuerza; diez no llegaron a reinar más de medio año y a otros se les obligó a

abdicar; dos o tres renunciaron a la tiara y volvieron a exigirla no pasado mucho tiempo; finalmente, varios murieron de muerte violenta: Juan VIII (872-882), Esteban VI (896-897), Benedicto VI (972-974), Juan XIV (983-984)" (175).

* En la época del Renacimiento, pródiga en crímenes y conspiraciones, está -por ejemplo- la conspiración contra el Papa León X, realizada no ya por la P2, sino por miembros del colegio cardenalicio, algo que parece increíble, pero que ha pasado a los anales de la historia: "Hasta qué punto había llegado la corrupción en Roma, lo demuestra la conjuración de los cardenales en 1517, año en que Lutero publicó sus tesis. León X era un Papa popular, pero entre los cardenales había muchos descontentos. Cabeza de la conjuración fue el cardenal Petrucci, el cual estaba además movido por sentimientos de rivalidad política, ya que hasta poco antes su familia había ocupado en Siena una posición análoga a la de los Médicis en Florencia. El plan de Petrucci era asesinar al Papa con ayuda de su médico. Ganó a su causa a los cardenales Sauli, Soderini, Accolti, Castellesi e incluso al viejo camarlengo Rafael Riario, el nepote de Sixto IV. No podemos decir con seguridad en qué medida estaban estos complicados en el proyecto de asesinato, pero lo cierto es que dejaron las manos libres a Petrucci. Riario esperaba con esta ocasión llegar a ser Papa. El complot fue descubierto y León X intervino enérgicamente. Petrucci fue ajusticiado y los demás escaparon del mal paso con fuertes multas en dinero" (176).

León X murió inesperadamente; según Jedin, de un ataque de malaria. Se le hizo la autopsia, pues se sospechaba que pudiera haber muerto envenenado. Le sucedió Adriano VI (1522-1523), el último papa no italiano durante más de cuatro siglos y medio. Con inaudita franqueza confiesa la culpa de Roma en la división de la Iglesia: "Sabemos muy bien que también en esta santa sede han acaecido desde muchos años atr s muchas cosas abominables: abusos en las cosas espirituales, transgresiones de los mandamientos y hasta que todo esto ha empeorado. Así, no es de maravillar que la enfermedad se haya propagado de la cabeza a los miembros, de los papas a

los prelados. Todos nosotros, prelados y eclesiásticos, nos hemos desviado del camino del derecho y tiempo ha ya que no hay ni uno solo que obre el bien (Sal 13,3).(...) Pondremos todo empeño porque se corrija ante todo esta corte romana, de la que tal vez han tomado principio todas estas calamidades; luego, como de aquí salió la enfermedad, por aquí comenzar también la curación y la renovación. Sentímonos tanto más obligados a realizar estos propósitos, cuanto el mundo entero desea esa reforma(...) Sin embargo, nadie se maraville de que no arranquemos de golpe todos los abusos, pues la enfermedad está profundamente arraigada y tiene múltiples capas. Hay que proceder, por tanto, paso a paso, a fin de no embrollar más las cosas por una reforma precipitada. Porque con razón dice Aristóteles que todo súbito cambio de una comunidad es peligroso" (177).

Hombre ascético y piadoso, Adriano VI era parco en conceder favores. Cuando un cardenal le pidió la confirmación de los privilegios concedidos por León X, recordándole la amabilidad con que los cardenales le habían llamado a la cumbre del pontificado, Adriano VI respondió que lo habían llamado "al martirio y a la cárcel". Murió al año de pontificado; según algunos, con señales de envenenamiento (178). En su sepulcro se puso esta inscripción: "¡Ay dolor! Que los méritos de un hombre, aun del mejor, dependan tanto del tiempo en que le tocó vivir!" (179).

A la muerte de Julio III, en 1555, un grupo de cardenales estaba firmemente decidido a no tolerar componenda alguna en la elección de nuevo pontífice. Se había de elegir al mejor. En un cónclave muy breve, fue elegido el cardenal Cervini, que adoptó el nombre de Marcelo II. La reforma parecía finalmente un hecho, cuando a las tres semanas murió el nuevo papa. La impresión fue abrumadora. El cardenal Seripando opinó que Dios había querido dar a entender que la salvación de la Iglesia no podía obtenerse con medios humanos (180).

A finales de siglo, tres papas se sucedieron muy rápidamente: Urbano VII (del 15 al 27-9-1590), Gregorio XIV

(del 5-12-1590 al 16-10-1591) e Inocencio IX (del 29-10-1591 al 30-12-1591).

Todo esto no son sólo historias del tiempo de los Borgias o de los Teofilactos. De monseñor Diego Venini, ex-secretario de Pío XI, son estas palabras confesadas entre lágrimas:" ¡A nosotros nos la han hecho! Hay que estar con los ojos abiertos". Con ello pretendía confirmar la sorprendente revelación del diario del cardenal Tisserant sobre la muerte por veneno de Pío XI (181).

El cardenal Tisserant (1884-1972) fue durante muchos años prefecto de la Biblioteca Vaticana y del Archivo Secreto, hasta 1971 en que renuncia por motivos de salud; además, desde 1959 fue decano del Sacro Colegio Cardenalicio. Pues bien, el Papa Pío XI murió el 10 de febrero de 1939, precisamente la víspera de pronunciar un importante discurso en el X aniversario de los pactos de Letrán. Su discurso era una inflamada protesta contra la política eclesial de los regímenes fascistas. Durante 1938 (especialmente en el otoño), se había agudizado el enfrentamiento entre la Iglesia y el r,gimen de Mussolini, mientras se afianzaba el ala radical fascista y se aproximaban (desde 1936) Italia y Alemania. Pío XI "había decidido denunciar y hasta acusar al r,gimen ante todo el episcopado italiano reunido a su lado, pero no tenía la intención de llegar a la ruptura" (182).

La circunstancia política en que se produjo la muerte de Pío XI fue comentada ya en el verano de 1939 por el diario católico francés "Le Figaro", que además añadió: "El médico que le administró (al Papa) su última inyección es el hermano de Clara Petacci, la querida de Mussolini" (183).

El Papa Pío XI era un hombre de fuerte personalidad y juicio independiente, ajeno a la curia, capaz de actuar con energía, de excelente salud (paso elástico incluso a los setenta años), aficionado al montañismo. La despedida popular fue impresionante: "durante varios días estuvo la gente (un millón de personas) desfilando ante el cadáver expuesto en la basílica de San Pedro y los cinco mil soldados facilitados por el gobierno italiano apenas bastaban para mantener el orden en la plaza" (184).

Tanto en este caso como en el más reciente de Juan Pablo I nos remitimos a otro tribunal (2 Co 5,10) donde no valgan ya los secretos de Estado y donde los motivos políticos, económicos, prudenciales o simplemente "piadosos", no queden por encima de la verdad sobre la vida y sobre la muerte de los mismos papas.

Finalmente, ahí está el atentado contra Juan Pablo II, en plena plaza de San Pedro, el 13 de mayo de 1981. Una semana antes el Papa había hecho esta oración: "que el Señor mantenga la violencia y el terrorismo lejos de los muros del Vaticano" (185). Una semana después, Roberto Calvi era detenido y, además, se hacían públicas las listas de la P2, provocando la caída del gobierno italiano, que durante casi dos meses las había ocultado (186).
El Tribunal de Primera Instancia de Roma desechó "por insuficiencia de pruebas" la llamada "pista búlgara", según la cual los servicios secretos búlgaros y soviéticos estarían detrás del atentado contra Juan Pablo II por cuestión de Polonia (187). Al propio tiempo, las conclusiones de los jueces Zincari y Castaldi sobre la matanza de Bolonia pueden abrir una pista nueva sobre el atentado contra el Papa Wojtyla: "siempre se sospechó que pudo haber estado manejado por miembros de los servicios secretos desviados por el general Musumeci y la logia P-2" (188).

El hecho de que la P-2, directa o indirectamente, participase en el atentado al Papa ha sido siempre un tabú que todos han querido evitar. El general Ambrogio Viviani, que fue durante cuatro años jefe del contraespionaje italiano y que asegura que entró en la P-2 como infiltrado por mandato de sus superiores, vincula a la P-2 con el atentado contra Juan Pablo II (189).

Poco antes del atentado, durante una de las investiduras de la logia P2, Gelli le enseñó al entonces afiliado, el socialista Nisticó, unas fotos del Papa en bañador, en la piscina de Castelgandolfo. Ante el asombro de Nisticó, Gelli le dijo: "No tienes que sorprenderte, es sólo un problema de servicios secretos y, si ha sido fácil obtener estas fotos, piensa lo fácil que sería dispararle al Papa" (190).

Cuando el autor inglés John Cornwell le pregunta a Marcinkus si es posible que al papa Juan Pablo I lo asesinaran, responde de esta manera: "Nunca se me hubiera... pasado por la imaginación...- dijo casi sin aliento - que a alguien se le hubiera ocurrido acabar con papa alguno" (191). Esto lo dice el que durante años fue "guardaespaldas" de Pablo VI y de Juan Pablo II!

11. Medidas de seguridad

Tras el entierro de Juan Pablo I, toda la atención se centra en el nuevo cónclave, que se celebra los días l5 y l6 de octubre. Al octavo escrutinio, último de la segunda jornada, es elegido Juan Pablo II. En los comienzos de su pontificado, Wojtyla no confirmó los principales cargos curiales. Se creó por ello un malestar que el cardenal Wyszynski, primado de Polonia, le comentó al Papa el 23 de octubre. Al día siguiente, Villot se encontraba de pésimo humor.

Después se supo que el Papa le había enviado una carta según la cual le confirmaba en el cargo, pero provisionalmente: "mientras no se disponga lo contrario" (192). El 25 por la noche, el Papa comenzó a examinar el complejo organigrama de la curia: "no tomar, ninguna decisión por ahora", le dijo a monseñor Caprio. "Por el momento, todo puede continuar como hasta ahora" (193).

Sin embargo, una de las decisiones que tomó personalmente Juan Pablo II, pocos días después de comenzar su pontificado, fue la de crear un cuerpo de seguridad, el Servicio Secreto de Su Santidad (SSSS): "Los temores de Juan Pablo II se agudizaron poco después de su instalación en el Vaticano: de los 2000 guardias suizos reclutados por Pío XII, en la actualidad sólo quedan 67... Por razones de economía y humildad, Pablo VI había efectuado también una drástica reducción en el presupuesto de la Gendarmería pontificia" (194).
Este hecho se entiende mejor desde la perspectiva de muerte provocada en el caso de Pío XI, según el diario del cardenal Tisserant, o de Juan Pablo I. Sin duda, desde esta clave se explican mejor las excepcionales medidas de seguridad tomadas respectivamente por Pío XII y por Juan Pablo II (no así por Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo I). En el funeral del Papa Luciani, las precauciones de seguridad fueron enormes: más de siete mil policías vigilaban la Ciudad del Vaticano y sus alrededores. Tal despliegue policial no se dió en el funeral de Pablo VI ni en la

inauguración del pontificado de Juan Pablo I. Dice Lorenzi que en los aposentos pontificios no había guardia de seguridad, cuando él estuvo Allí como secretario del Papa Luciani:
"El Papa vive en un apartamento de 100-150 metros cuadrados, él, dos secretarios, las monjas. En el apartamento privado no entra nadie, no hay guardia ni pontificia ni suiza" (195).

Cuando surge la historia de los hermanos Gusso, que - según Magee - introducían fotógrafos y gente en los apartamentos privados del Papa, dijo Luciani: "Ahora estoy en sus manos, ¿Qué puedo hacer?" (196).

Los hermanos Gusso fueron destituidos. Por lo demás, Magee no dice quién o quienes fueron los nuevos camareros.



Juan Pablo II encomendó la creación del cuerpo de seguridad al general Dalla Chiesa, jefe de la lucha antiterrorista en Italia. La primera misión de Dalla Chiesa fue seleccionar cinco policías de élite, armados con pistolas extrachatas, encargados de asegurar la custodia personal del Papa. La designación de estos hombres se concretó después de un acuerdo secreto entre la Santa Sede, el Gobierno italiano y el general Dalla Chiesa. El general integró también otro equipo de veinte, encargado de mezclarse con la multitud en las apariciones públicas del

Sumo Pontífice: "todos est n armados y perfectamente entrenados. Además hablan varias lenguas para poder sorprender las conversaciones en medio de las multitudes de fieles cosmopolitas" (197).

La creación del cuerpo de seguridad se la relacionaba entonces con un espectacular descubrimiento realizado por Dalla Chiesa, mientras trataba de localizar a los asesinos de Aldo Moro: en un refugio de las Brigadas Rojas halló un plan para secuestrar al Papa. "Las Brigadas Rojas sabían perfectamente que el Sumo Pontífice estaba muy mal protegido" (198).

Además, según Dalla Chiesa, los servicios secretos del Este se esforzarían por infiltrarse en el Vaticano para estar informados sobre las intenciones de Juan Pablo II" desde el momento mismo de su elección: un papa polaco en el trono pontificio.

Además, "otra de las misiones del servicio secreto ser establecer un mecanismo de vigilancia permanente sobre todas las actividades del Papa, inclusive durante la noche. El Vaticano quiere impedir que se repita la terrible experiencia de la muerte de Juan Pablo I, que expiró en su habitación fulminado por una crisis cardíaca sin haber podido alertar a los guardias suizos que dormitaban en los corredores del palacio pontificio" (199).



de traje azul o negro, los SSSS siguen los pasos de Juan Pablo II

además saben varios idiomas

AL SERVICIO SECRETO DE SU SANTIDAD

Sin embargo, las excepcionales medidas de seguridad tomadas a la muerte de Juan Pablo I manifiestan, más bien, que la mayor preocupación del Vaticano no era de orden sanitario sino policial. Por lo demás, el 20 de enero de l979, Juan Pablo II designó al doctor Buzzonetti como director de los servicios sanitarios vaticanos. Se comentaba entonces que por sugerencia de Villot y sin pensarlo demasiado. El nuevo director de Sanidad del Vaticano, a diferencia de su antecesor, no desempeñaría la función de médico del pontífice: "Wojtyla es hace años cliente de Mieczyslaw Wyslocki, un médico polaco que reside en Roma, y que se presentar oficialmente al lado del Papa en ocasión del viaje de éste a Méjico" (200). Justamente en esa ocasión, a finales de enero de 1979, se estrenaron los miembros del Servicio Secreto de Su Santidad (201).

12. Distorsión de imagen

La distorsión de la figura de Juan Pablo I es una grave responsabilidad de la que tendrá que responder nuestra generación. De una forma especial, lo habrán de hacer aquellos medios de la curia romana que han contribuido a formarla. Veamos lo que dice este monseñor, a condición de permanecer en el anonimato: "El problema del Papa Luciani es que él no era idóneo para aquel puesto. Todos lo sabían. Estaba a punto de ser vencido cuando Dios le llamó. Un caso desesperado. Creo que el Espíritu Santo ha hecho una buena labor liberándonos de él antes de que hiciera demasiado daño". Y también: "Durante su pontificado, todos los que estaban dentro sabían que él no tenía ninguna idea del rumbo que se debía seguir. Lo puedo asegurar gracias a una fuente muy autorizada. No podía aguantar. Todas las opiniones de que era un tipo tenaz y agudo son mentiras. Yo estuve presente en el ángelus aquel domingo y le oí hablar con aquella voz rara y estridente que tenía: 'Dios es más madre que padre'. ¡Muy bonito! Pero en la Congregación para la Doctrina de la Fe estaban completamente desconcertados" (202).

Lo que este monseñor dice, otros lo piensan. Y en muchos casos se le despacha a Juan Pablo I con el socorrido tópico: el Papa de la sonrisa. Como dice Lorenzi, en octubre de 1980: "Esta definición, en cierto sentido reductiva, al menos tal y como ha sido utilizada por algunos, contiene una gran verdad. Luciani sonreía porque era un hombre de gran fe: sonreía a la vida, a la gente. Su dimensión espiritual era ciertamente, además de la humildad, la esperanza. Por esto es absurdo afirmar que ha muerto aplastado por el peso del cargo que se le ha confiado. La Iglesia es del Espíritu y él se sentía un humilde vicario de Cristo, no un protagonista, un artífice del destino espiritual del mundo. Su vida estaba al servicio de Dios" (203).

Juan Pablo I es algo más que el Papa de la sonrisa. Algo singular debió ocurrir en la capilla Sixtina en el momento de su elección: se habló de milagro moral, de elección

"carismática", de clara acción del Espíritu. En palabras de Benelli: "El consenso se ha realizado sobre la plataforma del desarrollo del Concilio. Sería ridículo creer que se ha resuelto la reforma litúrgica dando la vuelta a los altares y permitiendo las guitarras. Se requiere algo muy distinto. Además, la colegialidad episcopal: está por desarrollar. Lo mismo, la promoción del laicado. Los derechos humanos" (204).

Según Senigaglia, Luciani votó al brasileño Lorscheider. Para el cardenal Felici había dos candidaturas de entrada: la de Siri y la de Luciani. El cardenal Sin, de Manila, se lo anticipó a Luciani la tarde de su elección: "Estoy seguro de que usted ser el nuevo Papa".

Por su parte, Pablo VI había dado dos señales en favor de la candidatura de Luciani: el 16 de septiembre de 1972, en Venecia, cuando puso su propia estola sobre los hombros de Luciani delante de 20.000 personas; y el 28 de abril de 1977, en la visita ad limina de los obispos vénetos: no dando Pablo VI con el timbre que tenía en su butaca, Luciani le ayudó; entonces comentó el Papa en voz baja: "Así ha aprendido ya donde está" (205).

Se comenta también al respecto la visita que el 11 de julio de 1977 hizo Luciani al convento carmelita de Coimbra. Allí celebró la misa y tuvo un encuentro con la comunidad religiosa. Después, a instancias de sor Lucía, habló con ella durante casi dos horas. Luciani volvió con el rostro demudado. Comentó: "La hermana es pequeñita, es avispada y bastante parlanchina...hablando, revela una gran sensibilidad para todo lo que afecta a la Iglesia de hoy con sus problemas agudos" (206).

En 1978, dando unas charlas cuaresmales en Canale y encontrándole sus familiares extrañamente absorto, Luciani explicó: "Estaba pensando en lo que sor Lucía me dijo en Coimbra" (207).

¿Qué le dijo sor Lucía? ¿Por qué quiso hablar con él? ¿Le dijo que la Iglesia necesitaba de hombres como él? ¿Le dijo algo más? Su nombre papal era un homenaje de gratitud a Juan y a Pablo, pero también todo un programa al servicio de

la renovación eclesial. Como dijo en su primer mensaje al mundo, estaba al servicio de los hermanos: "En este momento solemne pretendemos consagrar todo lo que somos y podemos a este fin supremo, hasta el último respiro, conscientes del encargo que Cristo mismo nos ha confiado: confirma a los hermanos" (208).

Juan Pablo I iniciaba "una nueva dinastía en el pontificado, demostrando su iniciativa y su originalidad" (Tarancón), abría "una ,poca de fuerte renovación en el interior de la Iglesia" (Pironio), "amaba a los pobres y al Tercer Mundo" (Arns), era "un hombre de Dios" (Felici), un "humilde ensalzado" (C,). No era curial ni diplomático. Era sencillo, humilde, prudente, pastor (209).

El profesor J. Alegret, del Departamento de Medicina Legal de la Universidad Complutense, ha analizado grafopsicológicamente la personalidad de Luciani. En un primer momento, le presenté tres textos sin firma, de tres italianos. Uno de los textos era una tarjeta de Luciani, del 2 de agosto de 1978. El profesor comentó ampliamente los rasgos más característicos de cada uno de ellos, sin conocer la identidad correspondiente. En un segundo momento, ya con firma y con dos nuevos textos de Luciani (del 5 de julio de 1976 y del 3 de septiembre de 1978), J. Alegret ha elaborado un amplio y detallado estudio, que cualquier experto en la materia puede valorar (210).

En ambos casos, aparece el mismo Luciani: hombre muy inteligente, con una personalidad din mica, segura, sencilla, renovadora; las cosas viejas las hace nuevas; gran fluidez y velocidad mental; con una notable profundidad de ideas, consigue penetrar en el conocimiento de las cosas, personas y situaciones; gran Espíritu de observación y captación del detalle; hábito de razonar y calcular debidamente las consecuencias, derivaciones y circunstancias de sus acciones, lo que le hace prudente y no impulsivo; fantasía e imaginación, pero controladas; sentimientos profundos, extraordinariamente delicados, llenos de ternura, de comprensión, de generosidad; busca de continuo la armonía, la paz en la convivencia, así como entender a los demás; notablemente emotivo, pero con la capacidad de saber

actuar y dar siempre una respuesta adecuada según las circunstancias; de conciencia y comportamiento muy honrado y recto, pero no ingenuo ni excesivamente condescendiente; firme en sus principios, dispone de los suficientes medios para defender su honorabilidad y rectitud; radical en su actividad, tanto mental y discursiva como práctica y ejecutiva; agresivo a veces, pero con ese componente de la modestia, que no es falsa humildad ni tampoco manifestación de timidez, sino rasgo propio de una personalidad que arraiga en lo esencial de la vida.

Importa destacar que el profesor Alegret, con el análisis de la escritura, ha tenido que cambiar la imagen que previamente tenía del Papa Luciani, la que se dió en su momento: la de un pobre hombre aplastado por el peso del papado. La mayor distorsión de la figura de Juan Pablo I la ha realizado Cornwell: el Papa Luciani se habría dejado morir abandonando su tratamiento médico, por no sentirse capacitado para ser Papa (211).

Por su parte, Camilo Bassotto, amigo personal de Luciani en Venecia, comenta así el estudio grafopsicológico de J. Alegret: "Estoy entusiasmado, es bellísimo y es verdadero en todo; es una fotografía precisa de la personalidad de Albino Luciani. La he dado a leer a un profesor de la Universidad de Padua y ha quedado maravillado por la precisión del examen y por la capacidad introspectiva amplia, segura y rica en detalles. Por todo lo que yo conozco de Luciani el estudio es una extraordinaria confirmación" (212).

Luciani es un obispo del Concilio: para él ha sido "escuela y conversión"; por ello, lo difunde con entusiasmo. Durante el Concilio, Luciani propuso que peritos de diversa orientación teológica hablaran al episcopado italiano, de modo que éste conectara con el dinamismo conciliar. El cardenal Siri lo impidió.

Luciani es un obispo catequista, que ejerce apasionadamente el servicio de la catequesis, "el más desinteresado, el más puro, el más alejado de pretensiones", e inculca esta verdad tan nueva y tan antigua: "en la catequesis la Biblia es reina". Y pregunta a los sacerdotes y

al pueblo: "¿Lees la Biblia? Dios te habla y tú hablas a Dios" (213).

Cuando se publicó la Humanae vitae, Luciani estaba convencido de que el Papa daría una concepción más abierta y nueva; por ello, manifestó a sus diocesanos su desilusión, aceptando y difundiendo - no obstante - el magisterio papal: "Confieso que, aunque no revelándolo por escrito, albergaba la íntima esperanza de que las gravísimas dificultades existentes pudieran ser superadas y que la respuesta del maestro, que habla con especial carisma y en el nombre del Señor, pudiera coincidir, al menos en parte, con las esperanzas concebidas por muchos esposos, una vez constituida una adecuada comisión pontificia para examinar el asunto" (214).
Desde el primer momento, Juan Pablo I dió muestras de que quería gobernar la Iglesia con un estilo nuevo: primero dijo que pensaba gobernar de forma colegiada con sus hermanos obispos; después se deshizo de la tradicional ceremonia de la coronación, de la tiara real y del trono papal, es decir, de todo aquello que simbolizaba el poder temporal del papado. Mil años quedaban atrás.

La "gran disciplina" eclesial es aquella que vuelve a las fuentes. Por su ascendencia familiar y por su trayectoria sacerdotal y episcopal, se presentaba ante el mundo como un Papa que conduciría a la Iglesia "hacia una mayor pobreza, hacia una más vivida y comprometida solidaridad con los trabajadores, hacia una más exigente línea evangélica" (215). En la tarde del 23 de septiembre, dijo Juan Pablo I en San Juan de Letrán que Roma ser una auténtica comunidad cristiana, si Dios es honrado con el amor a los pobres:
"Estos - decía el di cono romano Lorenzo - son los verdaderos tesoros de la Iglesia (216).

En la mañana del 28 de septiembre, en su última jornada, Juan Pablo I recordaba a un grupo de obispos filipinos un pasaje encontrado en el Breviario y referido a Cristo: "Yo debo dar testimonio de su nombre: Jesús es Cristo, el Hijo de Dios vivo". Les recuerda también el derecho de los fieles a recibir la Palabra de Dios y la

responsabilidad de los obispos ante el gran reto de nuestro tiempo, la evangelización de los bautizados: "Entre los derechos del fiel, uno de los mayores es el derecho a recibir la Palabra de Dios en toda su integridad y pureza, con todas sus exigencias y fuerza. Un gran reto de nuestro tiempo es la completa evangelización de todos aquellos que han sido bautizados y, en dicho reto, los obispos de la Iglesia tienen una responsabilidad primordial" (217).

Juan Pablo I era humilde y sencillo. Según propia confesión, su natural no era así; era algo que había ido logrando. Con su lenguaje, quiere hacerse entender y conecta con el pueblo. En la Curia muchos desaprueban su modo coloquial de llevar las audiencias. En la Secretaría de Estado no entienden que el Papa rechace los discursos que le preparan: "Este no es mi lenguaje. Prefiero hablar como me siento y como soy" (218).

Dice el Padre Farussi, que entonces dirigía Telegiornale en Radio Vaticana: "La gente estaba encantada con su forma de enseñar en las audiencias. Pero la Secretaría de Estado no. La Secretaría le criticaba porque hablaba a un nivel demasiado popular, demasiado simplista y así. Una mañana recuerdo que sonó este teléfono y uno me preguntó: '¿Qué piensas que está haciendo el Papa durante las audiencias? ¡Está blasfemando!...Una mañana durante la audiencia del miércoles dijo a la gente: Rogad por este pobre Cristo'. Y apuntó hacia sí. Y esta persona en el Vaticano lo tomó como una irreverente expresión. Por tanto, no entendieron que en términos populares él hablaba de este pobre Cristo, crucificado por todas partes: en la cruz, como Jesucristo" (219).

Humilde y sencillo, pero también firme. Monseñor Bortignon, el obispo que le descubrió, dice de Luciani: "Pastor manso y paciente, pero fuerte y decidido a alcanzar los justos objetivos pastorales".

Monseñor Carraro, predecesor de Luciani como obispo de Vittorio Véneto, se lo dijo a varios miembros de la curia diocesana (entre ellos, el director del servicio administrativo): "Cuando llega la ocasión, sabe ser fuerte y decidido... Lo veréis" (220). El cardenal Benelli, su gran

elector, le conocía bien: "Después de absorber toda la información que pudiera obtener, entonces y sólo entonces tomaba una decisión. Pero cuando el Papa Luciani tomaba una decisión no había nada que pudiera detenerle o apartarle de su objetivo" (221).

Esta voluntad decidida, hasta el último respiro, la había de emplear en la ardua tarea de purificar un templo, que - siendo, como aquel, casa del Padre - nuevos mercaderes habían convertido en "casa de mercado" y en "cueva de ladrones" (222).

13. Ocultación y represión

Con los datos e indicios de que se dispone en este momento, estaría justificada una seria investigación judicial en cualquier Estado de Derecho. Ahora bien, tal investigación no sólo no se da por parte del Vaticano, sino que se está dando justamente lo contrario: la ocultación y aun la represión de cualquier investigación que quiera realmente acabar con el enigma que envuelve la muerte de Juan Pablo I. Tal estado de cosas se manifiesta en la negativa vaticana a la realización de la autopsia (si es que no se hizo), en el carácter clandestino de la misma (si se hizo), en la oscuridad que rodea el embalsamamiento , en la información manipulada sobre las circunstancias de la muerte y del hallazgo del cadáver, en el silencio impuesto a sor Vincenza, en las presiones ejercidas sobre instituciones y personas (223), en el miedo generalizado a pronunciarse sobre el tema. El miedo, consciente o no, arraiga más en círculos eclesiásticos. Ciertamente no es esta la imagen de una Iglesia renovada, que pueda evangelizar al mundo de hoy. Además, no se protege de ese modo la vida de los Papas; al contrario, de ese modo el Vaticano puede pasar a la historia como el lugar del crimen perfecto. Tampoco se defiende así la credibilidad de la Iglesia. No vemos cómo se puede conjugar tal represión con el respeto a la dignidad y derechos del hombre en lo que a libertad de expresión se refiere (224).

Tal represión contradice también el derecho y el deber que tiene todo creyente de manifestar su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia (225). Tal represión resulta incompatible con el Evangelio de Cristo, que dijo: "La verdad os hará libres" (226). Invocar aquí el silencio en atención a los débiles en la fe, queda fuera de lugar. Según eso, Cristo hubiera hecho bien callándose la denuncia del templo; y lo mismo la Iglesia, si hubiera ocultado la muerte violenta de Jesús. Sin embargo, en beneficio de todos - también de los débiles - Cristo realiza la denuncia del templo y la Iglesia, como María en la imagen de la Piedad, muestra al mundo el cuerpo crucificado de

Jesús. A pesar de las presiones, hemos entendido que no debemos callar, debemos hablar francamente y sin temor, la con ciencia obliga siempre, incluso aunque fuera errónea (227). Conste claramente aquí que nos remitimos a otro tribunal (228), donde se juzga el verdadero sentido de la historia. Conste también mi agradecimiento a todos aquellos, creyentes y no creyentes, que me han ayudado a mantener firmemente esta postura: "ni por un instante cedimos" (229).

14. Diversas perspectivas

Todo lo que hemos ido abordando sobre la muerte y la figura de Juan Pablo I se puede contemplar desde diversas perspectivas, que conducen a correspondientes conclusiones:

* En primer lugar, desde la inconsistencia y falta de fundamentación del comunicado oficial, sobre todo en lo que se refiere a la determinación de la causa de la muerte. Como diversos especialistas indicaron, es clínicamente imposible explicar la muerte por infarto de miocardio agudo (y, además, instantáneo), sin la realización de la autopsia. Además, la forma en que se encuentra el cadáver no responde al cuadro típico del infarto: no ha habido lucha con la muerte. Tampoco existe otra sintomatología que lo delate. Ni la baja tensión de Luciani ni su estilo de vida avalan semejante dictamen. Por tanto, no sólo esto, sino todo lo que se dijo después (peso del papado, soledad institucional, etc.) queda justamente en el aire, como hipótesis carente de fundamento, mantenida precisamente por quienes tenían en sus manos la realización de la prueba definitiva y concluyente de la autopsia.

* En segundo lugar, desde la coherencia y convergencia de los datos aportados. Sobre la base de que una prueba tan fundamental y decisiva como la autopsia no se ha hecho (o no se ha dicho), no obstante, son muchos los datos e indicios que apuntan a la misma conclusión: muerte provocada, en el momento oportuno. ¿Responsable? Si vive todavía, habría que buscarle (o buscarlos) en la logia Propaganda Dos. Si la muerte de Luciani se produjo por causas naturales, entonces hay muchas cosas que resultan inexplicables. Sin embargo, si la muerte se produjo de forma provocada, entonces se entiende todo. Puestas las cosas a este nivel, hablaríamos de una hipótesis con suficiente fundamento, que podría ser confirmada por una seria investigación judicial. De hecho, con los datos e indicios de que se dispone en este momento, dicha investigación estaría justificada en cualquier Estado de Derecho. Ahora bien, tal investigación no sólo no se da,

sino que se está dando justamente lo contrario, la ocultación y aun la represión de toda investigación, que quiera desvelar el enigma que envuelve la muerte del Papa Luciani.

* Se podrá obviar la inconsistencia del comunicado oficial, se podrá ignorar la coherencia y convergencia de los datos aportados, se podrá omitir, obstruir y aun reprimir la necesaria investigación, pero no se puede encadenar la Palabra de Dios. Ayer, hoy y siempre, el Dios vivo habla de muchas maneras en la historia de los hombres.

Con ello estamos ante la perspectiva más profunda, que asume, resume y transciende las anteriores. Es la clave de los creyentes y de los profetas: se me dirigió la Palabra.

El testimonio de Albino Luciani, Papa Juan Pablo I, es una brillante luz de nuestro tiempo que ha de colocarse, no bajo el, sino sobre el candelero, aunque con ello aparezcan desconchados y grietas de la casa.

15. La luz sobre el candelero

Con singular acierto, se le ha llamado a Juan Pablo I "Papa profeta", que se marchó, como Elías, "de una forma extraña, arrebatado en un carro de fuego" y cuyo manto es preciso recoger.

Ahora bien, Elías es también el profeta que se queja ante Dios contra Israel de quedarse solo y de que su vida está amenazada. Y son de Israel el auriga, los caballos y el carro en el que Elías desaparece sin dejar rastro. Pero Allí estaba Eliseo, que recogió su manto: "Algo así tendrá que suceder ahora" (230). Recoger su manto es recoger su testimonio, su mensaje y su presencia en medio de nosotros. Juan Pablo II lo dijo en Vittorio Véneto: sobre el horizonte de la historia actual está la figura del Papa Luciani, "la dulce figura que sigue siempre viva en mi corazón y me acompaña sin cesar" (231).

Estas palabras las dijo emocionado aquel que (ciertamente, llama la atención) había de estrenar su primer día de pontificado el 17 de octubre de 1978, precisamente el día en que se le diera al Papa Luciani el don de la vida. La muerte de Juan Pablo I y su significado es algo que no debe echarse al olvido ni sepultarse. Todo lo que en su día se quiso enterrar con su cuerpo, está apareciendo de diversas formas ante la conciencia de la Iglesia y del mundo. Los responsables de la Iglesia deberían valientemente tenerlo en cuenta, porque está en juego la relación de la Iglesia consigo misma, con el mundo y, por supuesto, con Dios.

Juan Pablo I no murió de forma natural. Este mensaje, completado a su vez por datos posteriores, lo hemos recibido, no por casualidad, el 29 de diciembre de 1984, fiesta de Santo Tomás Becket, aquel "cura entrometido" con quien Juan Pablo I es comparado (232). Creo que fue un regalo de ambos y que, en cierto sentido, en todo este asunto "el arcángel Miguel lucha con el diablo" disputándose el cuerpo de Juan Pablo I (233), que precisamente murió un 29 de septiembre, fiesta de San Miguel. Como Juan el Bautista, bajo cuya protección fue bautizado, Juan Pablo I

encontró la muerte en el momento "oportuno", en medio de una oscuridad eficazmente mantenida por intereses ocultos. De ningún modo, podemos enterrar su testimonio; al contrario, hemos de proclamar gozosamente ante el mundo que sigue habiendo profetas capaces de lanzar a los poderes del mal el frontal desafío: ¿Quién como Dios? Capaces de actuar en nombre de Dios, hasta el último respiro.

Su funeral estuvo pasado por agua. Sin embargo, el viento y la lluvia no llegaron a apagar la luz del Cirio Pascual, símbolo de Cristo Resucitado. Y las mojadas páginas del misal permanecían abiertas por el Evangelio de San Juan. En triple ataúd, de ciprés, de plomo y de roble, se enterró el cuerpo del Papa, vestido litúrgicamente de rojo, el color de los mártires.

Finalmente, mi primer escrito sobre la muerte de Juan Pablo I iba a salir el 28 de septiembre del 85. Por diversas circunstancias no pudo ser así y, de hecho, salió unos días después. El 4 de octubre, aniversario del entierro, estaba en la calle. Ese día, en todas las iglesias del mundo católico se leía un salmo que en la comunidad teníamos asociado (especialmente, no de forma exclusiva)a la muerte del Papa Luciani: "Han entregado el cadáver de tus siervos por comida a los pájaros del cielo, la carne de tus amigos a las bestias de la tierra". Y dice después: "Que se conozca entre las gentes"... (234). Ni en este caso ni en otros semejantes, creemos sea pura casualidad. Lo dicho: Dios habla de muchas maneras; no es posible encadenar su Palabra. Y también, ahora y por siempre: quien se sienta en los cielos se sonríe (235).

Epílogo

Todo lo que hemos ido viendo se puede resumir en 40 preguntas.
Estos interrogantes marcan una línea de investigación, ya hecha o por hacer. Además, son cuestiones que los responsables vaticanos deben decididamente afrontar y adecuadamente responder para terminar con un estado de cosas incompatible con la verdad y la justicia del evangelio. La Iglesia y el mundo tienen derecho a saber.

Se trata de hacer justicia a Juan Pablo I, de proclamar su testimonio. El testimonio de Albino Luciani es una brillante luz de nuestro tiempo que ha de colocarse no bajo el celemín, sino sobre el candelero, aunque con ello aparezcan también desconchados y grietas de la casa.

1. ¿De qué murió Juan Pablo I?

2. ¿Por qué se retrasó tanto (casi tres horas) la noticia de su muerte?

3. ¿Por qué no se hizo la autopsia? ¿Tenía la Iglesia algo que perder? Si se hizo la autopsia, como algunos sostienen, ¿por qué no se dijo?

4. Cuando fue encontrado el cadáver de Juan Pablo I, estaba todavía tibio. ¿Por qué se dijo que murió probablemente a las 23 horas del día anterior?

5. ¿Qué papeles tenía Juan Pablo I en las manos, en el momento de morir?

6. Aparte de no presentar ningún síndrome cardiopático, Luciani tenía la tensión baja, no fumaba nunca, raramente bebía alcohol, comía parcamente. ¿En qué se apoya el comunicado oficial para hablar de infarto?

7. Además, la forma en que se encuentra el cadáver no responde al cuadro típico del infarto; se trata, más bien, de una muerte dulce, en la que no ha habido lucha ni dolor. ¿Podría responder a una muerte provocada por sustancia depresora y acaecida en profundo sueño?

8. Si la luz estuvo encendida toda la noche y, además, el cadáver del Papa estaba todavía tibio cuando fue encontrado, ¿no encajan mejor estas circunstancias en un proceso sueño-coma-muerte, desarrollado durante la noche?

9. ¿Por qué se intimidó a sor Vincenza a no decir nada?

10. Diversos relatos dan el detalle de la sonrisa del cadáver. ¿Respondería también a una muerte dulce?

11. A mediodía del 29, el cadáver tenía un tono rosáceo y el tono gris no apareció hasta el día 30 ¿Qué puede significar?

12. ¿A qué hora se realizó el embalsamamiento? ¿Hubo prisas por embalsamar el cadáver?

13. Juan Pablo I fue embalsamado sin extraerle sangre ni extirparle las vísceras, mediante inyección de líquidos anti-pútridos. ¿Por qué se utilizó esta forma de embalsamar?

14. ¿Se llamó a los embalsamadores Ernesto y Renato Signoracci al amanecer del día 29 y se los recogió a las 5 de la mañana en un coche del Vaticano?

15. ¿Tomaba Juan Pablo I medicinas? ¿Cuáles eran?

16. Los hermanos Gusso, camareros de Juan Pablo I, vénetos y amigos de Lorenzi, fueron destituidos, a pesar de la oposición del propio Lorenzi ¿Estaba justificada dicha destitución? ¿Quiénes los sustituyeron?

17. Algún día antes de morir ¿le dijo un médico al Papa: 'Usted tiene el corazón a trozos'? ¿Quién fue?

18. ¿Se le dió un vasodilatador a un hipotenso, como Luciani?
19. ¿Interesaba a alguien la muerte de Juan Pablo I?

20. ¿Recibió amenazas de muerte en su mes de pontificado?

21. ¿Era recto y firme en cuestiones de dinero?

22. El asunto del Banco Ambrosiano le ha costado al Vaticano más de 240 millones de dólares. ¿No manifiesta

esto que entre el IOR y el Ambrosiano había muchos intereses de por medio?

23. ¿Pretendió Juan Pablo I dar una nueva orientación al IOR, más en consonancia con una Iglesia de los pobres? ¿Pretendió terminar con la relación del IOR con el Banco Ambrosiano?

24. El Vaticano, al estar asociado con Sindona y con Calvi, miembros de la P2, ¿no estaba también asociado, directa o indirectamente, con Gelli y Ortolani, jefes de la P2?

25. ¿No resulta sorprendente la serie de asesinatos y atentados violentos con fines intimidatorios, relacionados de una u otra forma con la logia P2 (Alessandrini, Pecorelli, Ambrosoli, Varisco, Giuliano, Rosone)?

26. ¿No llama la atención la serie de muertes relacionadas con la quiebra del Banco Ambrosiano y acaecidas en 1982, año en que estalla la crisis de dicho banco (Calvi, Corrocher, Dellacha)?

27. Los cardenales Felici y Benelli, hombres de confianza de Juan Pablo I, murieron en 1982; según algunos, cuando aún estaban cotejando pruebas de las enmarañadas finanzas y relaciones del IOR. ¿Se sabe con certeza de qué murieron?

28. El metropolita Nikodim de Leningrado murió repentinamente hablando con Juan Pablo I, ¿se le hizo la autopsia?

29. Ortolani, brazo derecho de Gelli y Gentilhombre de su Santidad desde 1963, ¿tenía fácil acceso a las dependencias del Vaticano?

30. ¿Por qué desde 1978 utilizaba Gelli la clave "Luciani" para llamar por teléfono a Calvi y pedirle dinero?

31. ¿Ha pagado el Vaticano una fuerte suma de dinero por el maletín de Calvi?
32. ¿Se ha distorsionado la figura de Juan Pablo I?

33. ¿Fueron extraordinarias, como se dijo, las medidas de seguridad tomadas durante el funeral de Juan Pablo I? ¿Se agudizaron los temores de Juan Pablo II poco después de su

instalación en el Vaticano? ¿Por qué adoptó especiales medidas de seguridad?

34. Si la muerte de Juan Pablo I se produjo por causas naturales, ¿no hay demasiadas cosas que resultan inexplicables?

35. Si la muerte de Juan Pablo I se produjo de forma provocada, ¿se entiende entonces todo?

36. ¿Qué significa la obstrucción (y aun la represión) de la investigación sobre la muerte de Juan Pablo I?

37. ¿No es escandalosa la postura de muchos católicos que no quieren saber nada de la muerte de Juan Pablo I?

38. Con la autopsia (y los sistemas auxiliares) aún hoy podría descartarse el infarto o detectarse veneno de metales pesados. Por supuesto, también podría verificarse si, en su momento, se hizo la autopsia. ¿Estaría el Vaticano dispuesto a una exhumación del cadáver?

39. ¿Estaría dispuesto el Vaticano a abrir los archivos secretos para facilitar la investigación sobre la muerte de Juan Pablo I?

40. Con la coherencia y convergencia de los datos e indicios, de que se dispone en este momento, ¿estaría justificada una investigación judicial en cualquier Estado de Derecho?

Si no se responde adecuadamente a estos interrogantes, la nueva evangelización quedar desacreditada como vieja comedia, desgraciada y estéril. De nada sirve decir que no hay pruebas, si se ha optado por la ocultación y la oscuridad. Datos, indicios y signos abundan por doquier. Hoy día, si se quiere conocer la verdad, hay datos suficientes, que ningún juzgado del mundo despreciaría, que además son de dominio público y que revelan a Juan Pablo I como mártir de la purificación y renovación de la Iglesia. Como Juan el Bautista, bajo cuya protección fue bautizado, Juan Pablo I encontró la muerte en el momento "oportuno", solo e indefenso, en medio de una oscuridad eficazmente mantenida por intereses ocultos. Las cosas no pueden quedar así.

Como dice el Señor, se pedirá cuenta (236).

* * *

Recientemente, del 10 al 17 de septiembre, he estado en Tenerife, dirigiendo un curso de inspiración catecumenal en la parroquia de La Vera. Precisamente, esos mismos días el cardenal bibliotecario y archivista del Vaticano predicaba el quinario del Cristo de la Laguna; dada, además, unas conferencias en un convento de Garachico, antigua capital de la isla. Fui con un grupo de catequistas a la conferencia del sábado. El tema era la misión de los laicos en la Iglesia de hoy. Tras la conferencia, que fue en la capilla, no hubo diálogo, sino una misa solemne. La primera lectura hablaba del "becerro de oro", ese falso dios ante el que se postra el pueblo de Israel (237). En la homilía el cardenal habló de la Virgen. Al parecer, sin inspirarse en el canto del Magnificat

Por supuesto, no esperábamos que revelase ningún secreto vaticano.
Al día siguiente, de vuelta hacia Madrid, leí en el periódico un artículo que me llamó la atención. Era de un sacerdote que es, precisamente, hermano del cardenal. No sé por qué sacaba a colación el lamento del poeta Neruda: "Busqué a los sabios sacerdotes,/ los esperé después del rito,/ los aceché cuando salían/ a visitar a Dios y al diablo./ Se aburrieron con mis preguntas./ Ellos tampoco sabían mucho;/ eran sólo administradores" (238).
No pude menos de recordar lo del día anterior. Pero también lo de hace veinticinco años. El ahora cardenal daba un curso de ecumenismo en la Universidad Pontificia de Salamanca. Respondiendo a mis preguntas, comentó en el viejo claustro salmantino: "Ciertamente, es importante el mandato de Pablo: tenete traditiones, "mantened las tradiciones" (239); pero no podemos olvidar el encargo de Cristo en la parábola de las minas: negotiamini dum venio, 'negociad mientras yo vuelvo' (240). Lo decía convencido, entregado al servicio de la renovación eclesial. No creo que el cardenal haya perdido su talante abierto al diálogo ni tampoco su capacidad de negociar en sentido evangélico. Como es obvio, le corresponde al Papa Juan Pablo II la más alta

responsabilidad de curar esa herida mal cerrada de la muerte y figura de Juan Pablo I. Se dijo acertadamente en 1985: "Quizá el Papa Wojtyla podría tomar la iniciativa de una clarificación que diese al mundo la paz sobre la persona de Luciani. No se podrá esconder indefinidamente la verdad" (241).

Roma tiene la palabra. ¿Acaso tiene algo que perder? ¿No tiene mucho que ganar? Mientras llega el día en que venga el Señor, también Roma ha de negociar con las minas recibidas; también ha de dar testimonio de que cree en la luz y de que conviene vivir como hijos de la luz, según el aviso de Pablo: "Vosotros, hermanos, no vivís en la oscuridad, para que ese día os sorprenda como ladrón" (242).

Apéndice

En el presente libro nos hemos referido a algunos documentos, que presentamos a continuación íntegramente:

Folios de Nicolini, que junto a un material formado por artículos de periódicos y revistas fueron enviados a las Nunciaturas (también a Conferencias episcopales). En carta fechada el 18 de septiembre de 1984, John P. Foley, Presidente de la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales, agradece a monseñor Giulio Nicolini, entonces en la Sagrada Congregación para los Obispos, la colaboración ofrecida: "nos ha sido verdaderamente preciosa en la preparación del material a enviar a las Nunciaturas Apostólicas en relación con el libro recientemente aparecido sobre la presunta muerte violenta del llorado Pontífice Juan Pablo I: 'In God's Name'". Posteriormente, Nicolini fue nombrado vicedirector de la Sala de Prensa del Vaticano, cargo que ha ejercido durante varios años. Actualmente es obispo de Alba, en la provincia italiana de Cuneo.

Informe forense, a partir de los relatos del hallazgo del cadáver procedentes de testigos presenciales, por la Dra. Mariscal de Gante, del Instituto Nacional de Toxicología, de Madrid. El informe es semejante al del Dr. Cabrera, incluido íntegramente en el texto (cap. 3).

Análisis grafopsicológico del Papa Juan Pablo I, por el profesor Joaquín Alegret, del Departamento de Medicina Legal de la Universidad Complutense de Madrid.

Coloquio con Diego Lorenzi, ex secretario del Papa Juan Pablo I, entrevista realizada por Luciana Saibene (en "Eva Express", octubre 1980, 74 y 77).

Documento 1. Folios de Nicolini

El supuesto cambio en la cúpula eclesial

Para demostrar que Juan Pablo I no pensaba "revolucionar" la jerarquía vaticana, están los siguientes hechos muy precisos e incontrovertibles:
1. El 27 de agosto nombró al cardenal Jean Villot su Secretario de Estado.
2. El 28 de agosto confirmó en su cargo a todos los cardenales jefes de Dicasterios de la Curia Romana "para el quinquenio en curso". Esta fórmula deja claramente entender que, entonces, el Pontífice no pretendía hacer cambios, que sin embargo habrían podido perfectamente ocurrir al término natural de cada cargo.

3. Después de esta disposición general, regularmente publicada en L'Osservatore Romano, a cada cardenal jefe de dicasterio y a los prelados superiores de la Curia Romana, fue enviada la tarjeta oficial de confirmación.

4. Entre los jefes confirmados en su cargo están también aquellos que después ser n gratuitamente acusados de pertenecer a la P2.

5. La intención atribuida al Papa Luciani era en realidad contraria a su forma de ser. Como había demostrado en Vittorio Véneto y en Venecia, él usaba como dote pastoral primaria la prudencia. Antes de adoptar decisiones, reflexionaba, meditaba, sopesaba largamente. En un segundo tiempo, madurada su decisión, ponía moderadamente la firmeza, otra dote suya peculiar, que sin embargo armonizaba con la prudencia. Y siempre en el más absoluto respeto por las personas.

Hipótesis del alejamiento del cardenal Baggio

Es falso que quisiera enviar al cardenal Baggio como sucesor suyo a Venecia.
Le había confirmado en la Congregación para los Obispos y en la presidencia de la Conferencia del episcopado latinoamericano programada en Puebla.
El mismo cardenal Baggio ha desmentido secamente esa hipótesis, diciendo: "No sólo no me lo ha pedido. Pero, si me lo hubiera pedido, habría ido volando".

¿La Hermana o el Secretario privado?

No tiene ninguna importancia, en relación con la fantasiosa tesis del envenenamiento, que fuera la hermana o, como dice el comunicado vaticano, el secretario privado del Pontífice quien encontrara al Papa muerto. En los documentos oficiales no se nombran, por costumbre, personas que revisten un papel no oficial. Por otra parte, es verdad que el secretario ha acudido rápidamente a la cabecera del Difunto. Y la no sustancial discrepancia no puede atribuirse a la voluntad del Vaticano de decir una mentira para esconder algo. Hay que imaginar el revuelo levantado por el imprevisto acontecimiento.

La conjura

La elección de Albino Luciani a la cátedra de Pedro fue recibida en el Vaticano con mucha simpatía. Y esta simpatía se fue manifestando ininterrumpidamente durante su breve mes de pontificado. De modo que su r pida e impensada desaparición fue causa de mucho dolor y añoranza. Imaginar un ambiente propicio a conjuras, es imposible para quien vive en la realidad cotidiana del Vaticano.

Las relaciones entre el cardenal Villot - hombre de gran bondad y delicadeza - y el Papa Luciani, eran óptimas. Las fotos en las que aparecen paseando en los jardines vaticanos, han dado la vuelta al mundo...

El "caso Marcinkus" en aquella ,poca ni siquiera se planteaba. Si alguna duda podía subsistir, habría salido en las reuniones cotidianas de los Cardenales previas al Cónclave, en las cuales ellos han tratado de la muerte del Papa. Ninguna duda subsistía, tanto que fue excluída la eventualidad de una autopsia, considerada superflua. No había motivo alguno para apartarse del relato del Dr. Buzzonetti.

Por otra parte, la salud del Papa Luciani era más bien enfermiza. Cierto tiempo antes había tenido una hinchazón en los pies. Sus familiares más cercanos no sólo no han tenido dudas sobre la naturalidad del suceso, sino que han

citado tres casos análogos acaecidos precedentemente en su parentela.

"Folios" e Imitación de Cristo

Las hojas que le fueron encontradas en la mano después de la muerte no podían por tanto ser la lista de los jefes a eliminar. Se trataba probablemente de apuntes de predicaciones o meditaciones precedentes. Confrontando su magisterio de Obispo en Vittorio Véneto y en Venecia con los discursos de las Audiencias generales del miércoles y de los "Angelus" dominicales, se nota fácilmente una correspondencia tanto en los conceptos como en las imágenes, con que él gustaba entretejer sus discursos.

La hipótesis de que el Papa tuviera en la mano la Imitación de Cristo no es una mentira del Vaticano. Ningún documento oficial ha hecho referencia a ello. Fue una voz nacida en el ambiente periodístico, sin la más mínima malicia, y recogida también en Radio Vaticana (que no tiene carácter oficial), la cual se apresuró después a desmentirla.

Mons. Giulio Nicolini

Documento 2. Informe Forense

"Del examen externo del cadáver puede deducirse que no se trata de una muerte violenta, sino aparentemente todo lo contrario, de una muerte placentera en la que no ha habido lucha ni dolor.

El fallecimiento por infarto va precedido de una sintomatología que sería resumidamente: opresión o dolor subesternal intenso y dificultad respiratoria; otras veces también se observa: debilidad, sudoración, náuseas y vómitos; así pues, la forma en que se halla el cadáver de Juan Pablo I no responde al cuadro propio o general del infarto de miocardio. Opino que salvo que se tenga mucho conocimiento de los antecedentes clínicos o patológicos de un sujeto con historia clara de enfermedad conocida, no se puede sólo por el examen externo del cadáver determinar la causa de la muerte, siempre que se trate de una muerte no

violenta, ya que, cuando es una muerte violenta, las lesiones orientan más.

En este caso, pues, y descartando desde un principio la ausencia de violencia, la única manera de determinar acertadamente y correctamente la causa de la muerte habría sido la realización de la autopsia".

Dra. Mariscal de Gante

Documento 3. Análisis grafopsicológico

Papa Juan Pablo I

Advertencia. Para el desarrollo de este análisis se parte de tres textos manuscritos:

- carta publicada en la Revista fechada en Venecia el 5 de julio de 1976, constando de once líneas y firma, como Patriarca de Venecia.

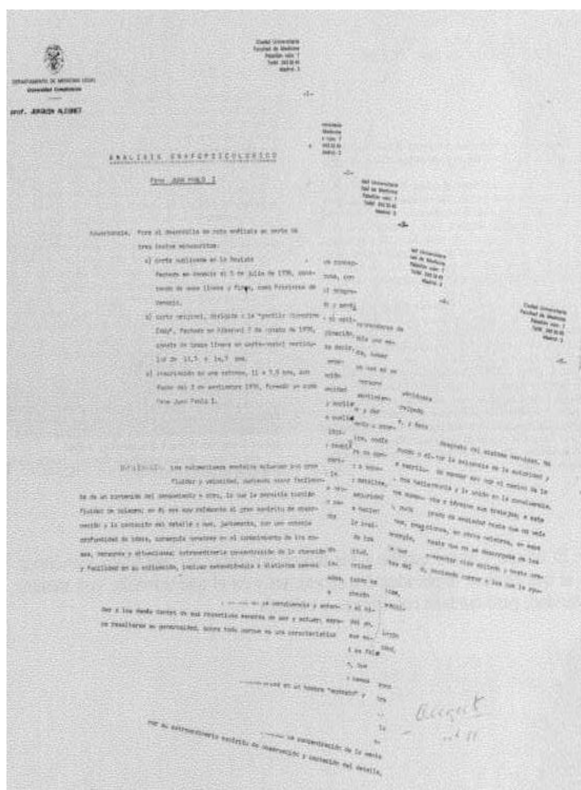
- carta original, dirigida a la "gentile Signorina Eddy", fechada en Alberoni 2 de agosto de 1978, consta de

trece líneas en carta-postal particular de 16,7 x 10,7 cm.

- inscripción en una estampa, 11 x 7,5 cm., con fecha del 3 de septiembre 1978, firmada ya como Papa Juan Pablo I.

INTELIGENCIA. Los automatismos mentales actuaban con gran fluidez y velocidad, pudiendo pasar fácilmente de un contenido a otro, lo que le permitía también fluidez de palabra; en él era muy relevante el gran Espíritu de observación y la captación del detalle y que, juntamente, con una notable profundidad de ideas, conseguía penetrar en el conocimiento de las cosas, personas y situaciones; extraordinaria concentración de la atención y facilidad en su aplicación, incluso extendiéndose a distintos campos u objetos a considerar simultáneamente; en la elaboración de sus conceptos tendía a la innovación, hacia la conquista de ideas nuevas, con el impulso de quien siente la necesidad de abrirse paso hacia el progreso y la transformación; este impulso venía movido por un sentido y sentimiento de seguridad, como base, y estimulado por la confianza y el optimismo; otro componente de su inteligencia era la fantasía e imaginación, pero controladas, aunque tenía ramalazos de exaltación mental, es decir, que algunos temas de su vida los convertía en fuertes vivencias, empapadas de sentimiento y de idealismo (correspondería a la sublimación de un sentido cristiano, a una vivencia mística); poseía gran capacidad de investigación, el deseo de escudriñar para saber y enterarse y ampliar sus conocimientos; se distinguía por el discernimiento, que es la cualidad que se deriva de saber distinguir; la claridad de ideas y la lógica formaban igualmente parte de sus automatismos mentales; dígase también del hábito de razonar y calcular debidamente las consecuencias y derivaciones y circunstancias de sus acciones hacia el futuro, lo que le hacía prudente y no impulsivo; por cuanto se está exponiendo, todo proyección gráfica en la escritura, era persona revestida de una gran capacidad para emitir juicios rectos, precisos, claros y profundamente cargados de humanidad.

SENTIMIENTO Y EMOTIVIDAD. Los sentimientos del analizado eran profundos, extraordinariamente delicados, llenos de ternura, de heteroconsideración y dominados, en general, por una también extraordinaria comprensión, mediante la cual buscaba de continuo la armonía, la paz en la convivencia y entender a los demás dentro de sus respectivas maneras de ser y actuar; merece resaltarse su generosidad, sobre todo porque es una característica poco practicada y poco común; su generosidad le permitía



desprenderse de sí mismo, evitando el poder caer en el egoísmo y facilitándole una mayor intensidad de consideración hacia los demás y, finalmente, haber conseguido la tendencia a saber liberarse de aquello

negativo que se va pegando o infiltrando en el fondo subconsciente del yo.

Fue persona notablemente emotiva, con vibraciones a una gama inmensa de sentimientos y de reacciones, pero con la inteligencia de saber actuar y dar siempre una respuesta adecuada según la circunstancias, momento u oportunidad, de tal manera que, en función de esta actitud psíquica, podía quedar a salvo de posibles insidias, engaños o traiciones. Era de conciencia y comportamiento muy honrado y recto, pero no ingenuo o bobachón, ya que por su Espíritu de observación, captación de los detalles, capacidad de reaccionar en los sentimientos según necesidad, seguridad en sí mismo y, de ninguna manera, excesiva condescendencia, le hacían un hombre firme en sus principios, no doblegable ni súcube a la insidia o a los halagos del adulador, en otras palabras, disponía de los suficientes medios de autodefensa para su honorabilidad y rectitud.

Otro signo escritural que aparece con claridad evidencial y que corresponde a lo esencial de la vida del analizado es la modestia. Lo contrario a la modestia es el orgullo, la hinchazón mental, el yo hipertrófico, la egolatría, pero también lo sería el niquilismo, la neurótica autodestrucción o absurda desvaloración del yo. El Papa Luciani fue modesto, con todos los atributos que conlleva esta tendencia. Pero conviene aclarar que este tipo de modestia ni es falsa humildad, ni debilidad humana o social y, ahora añadimos también, que tampoco es muy común. Las excelentes cualidades intelectivas que hemos descrito anteriormente hay que considerarlas en un hombre "modesto" y lejos de las influencias superficiales y de las apariencias vanidosas de una sociedad vacía de valores. El hombre Luciani había arraigado la personalidad y su desarrollo en la esencialidad de la vida, y ,sta dentro de la justa y adecuada dimensión de la modestia. Que a veces la modestia pudo haberle llevado a alguna ligera manifestación de timidez, no es imposible, pero la escritura es el intransigente testigo que, como

radiografía psíquica, nos habla con autoridad y firmeza, y nos asevera que únicamente en algunos momentos esporádicos, para él muy difíciles, extraños o inesperados, pudo haber sentido como un bloqueamiento o ligera inhibición, pero que, pasados esos momentos, su psique continuaba con entereza, fuerza, energía, superación y vanguardismo, etc. Aún más, el grafismo nos revela que el analizado era también agresivo por reacciones, a veces, fuertes del sentimiento y del sistema nervioso.

Propendía, por tanto, a hipertensión nerviosa, era un radical de su actividad, tanto mental y discursiva como práctica y ejecutiva.
El estudio de la escritura no nos ofrece ningún signo que manifieste insinceridad, falsedad, tortuosidad, ambigüedad, encubrimiento, simulación o engaño.

VOLUNTAD. El grafismo papal es proyectivo de una persona no sólo activa sino din mica, y que encuentra placer en el mismo trabajo; dinamismo emprendedor, de vanguardia...pero con ese componente de la "modestia". Es posible, y subrayamos la palabra, que pudiese sentirse de vez en cuando cansado en sus trabajos o actividades, debido a su capacidad de concentración de la mente por su extraordinario Espíritu de observación y captación del detalle, ya que todo esto conlleva un mayor desgaste del sistema nervioso. No era persona imperiosa, ni actuaba por la exigencia de la autoridad y del mando; su manera de gobernar y de mandar era por el camino de la comprensión, buscando siempre la armonía y la unión en la convivencia. Era constante, perseverante y llevaba a término sus trabajos; a este respecto se movía, incluso, con un grado de ansiedad hasta que no veía cumplidos sus compromisos u obligaciones, en otras palabras, en esos casos se sentía inquieto y ansioso hasta que no se descargaba de los empeños contraídos, y por ahí podría aparentar algo agitado y hasta precipitado, o, como hombre de gobierno, haciendo correr a los que le ayudaban o a sus colaboradores.

Prof. Joaquín Alegret

Documento 4. Coloquio con Diego Lorenzi

EX SECRETARIO DEL PAPA JUAN PABLO I

"El sabio sabe adaptarse a las circunstancias como el agua a la forma del vaso que la contiene" y también, "Los títulos no son sino la decoración de los necios". Don Diego Lorenzi, ex secretario del Papa Luciani, ahora rector de un seminario de la Obra de Don Orione en un pequeño pueblo de la provincia de Venecia, cita estas dos m ximas, leídas casualmente sobre un calendario: la primera se atribuye a un anónimo chino; la segunda, a Federico II de Prusia. "Muchos querrían hacerme decir que después de la muerte del Papa Luciani he sido puesto aparte, olvidado", explica Don Diego. "Hay quien ha dicho incluso que a estas horas debería ser al menos cardenal. Nada más falso, más extraño a mis verdaderos sentimientos. Si hay una lección que yo he aprendido viviendo, los treinta y tres días de su pontificado, junto a Albino Luciani, es la humildad, la aceptación gozosa y la dependencia continua del designio de Dios sobre cada hombre. ¿Cómo podría no sentirme sereno, satisfecho, teniendo por tarea el ayudar a muchachos de once a catorce años a descubrir o a verificar su propensión al sacerdocio? La gran fe del Papa Luciani me ha enseñado a confiar en la Providencia, en Dios Padre que conduce de la mano a cada una de sus criaturas. Nosotros no debemos sino abrirnos a su llamada, tender el oído a su palabra, a su presencia en el mundo, en nuestra vida. Creo de verdad que si un hombre se pone bajo la luz de Dios avanza r pido, además de tranquilo. En cambio, si pretende ser el único artífice del propio destino ser siempre un hombre torturado, nunca verdaderamente sereno".

Don Diego Lorenzi, hoy treinta nueve años, ha conocido a Albino Luciani cuando aún era Patriarca de Venecia, en febrero de 1976. "Aquel día vino de visita a la parroquia de Marghera donde yo estaba destinado hacía poco tiempo", cuenta don Diego. "Sabía que en el próximo agosto debía ir a Filadelfia al Congreso Eucarístico: confieso que moría de las ganas de ir yo también y, armado de valor, mientras le acompañaba hasta Venecia en coche le dije textualmente: 'Eminencia,

s, que en agosto ir a Filadelfia, yo s, un poco de inglés, podría ir con usted, aunque nada más sea para llevarle las maletas'. El respondió que la cosa no era imposible y ahí quedó todo. En junio siguiente, después de haber consultado a mi párroco, me propuso ser su secretario a tiempo pleno. Yo no daba crédito a mis oídos y él, avisado por mi entusiasmo, me advirtió: 'Tendrá una vida muy monótona, sus tareas ser n pocas y siempre las mismas', dijo. Me trasladé a Venecia. Cuando fue elegido al solio pontificio exulté: desde nuestro primer encuentro había formulado dentro de mí el augurio de que fuera elegido Papa para que el mundo entero pudiera conocer un hombre verdaderamente bueno. La bondad era el tema sobre el que insistía en las homilías y también en las relaciones personales. Cuando confirmaba o encontraba chicos que seguían el catecismo preguntaba siempre '¿Eres bueno?', nunca '¿Eres inteligente, estudias, amas la cultura?'. Diría que su personalidad estaba perfectamente resumida en la palabra que había elegido para su escudo episcopal: 'humilitas'".

"Por qué, don Diego, todos recuerdan al Papa Luciani como el Papa de la sonrisa?". "Esta definición, en cierto sentido reductiva, al menos tal y como ha sido usada por algunos, contiene una gran verdad. Luciani sonreía porque era un hombre de gran fe: sonreía a la vida, a la gente. Su dimensión espiritual era ciertamente, además de la humildad, la esperanza. Por esto es absurdo afirmar que ha muerto aplastado por el peso del cargo que se le había confiado. La Iglesia es del Espíritu y él se sentía un humilde vicario de Cristo, no un protagonista, un artífice del destino espiritual del mundo. Su vida estaba al servicio de Dios".

"¿Qué recuerdo conserva usted de él? ¿En qué medida ha incidido profundamente en su vida la figura del Papa Luciani?" "Ya lo he dicho: la convivencia con él ha sido para mí edificante, me ha hecho crecer espiritualmente: ha sido para mí un ejemplo de total abandono en los brazos de Dios, de bondad y de humildad. Un ejemplo del que yo tenía necesidad como la tenía el mundo, martirizado por la lucha entre hermanos".

"¿El Papa Wojtyla representa una continuidad del pontificado del Papa Luciani?".
"Sobre el plano espiritual ciertamente sí, ningún papa puede contradecir a otro papa, pero humanamente Wojtyla es completamente distinto de Luciani. Quizá el hecho de que proviene de un país oprimido, en el que la libertad del hombre es pisoteada a cada instante, determina la diferencia. Si el Papa Luciani tenía como gran tema la bondad, el Papa Wojtyla no podía tener otro que el de la dignidad y libertad del hombre. Y esta insistencia suya sobre el hombre no es v lida sólo para sus compatriotas, que viven ciertamente una situación más difícil que la nuestra, sino para el mundo entero".
"¿El Papa Luciani le ha aconsejado alguna vez alguna lectura particular? ¿Tenía un autor preferido?" "Leía mucho, especialmente los clásicos. Se los he visto muchas veces entre las manos y s, que releía con gusto I promessi spossi, de Alejandro Manzoni".

Juan Pablo I, a pesar de su brevísimo pontificado, ha quedado en el corazón de la gente. Don Diego Lorenzi conserva en una hojita, que guarda celosamente, el testimonio del afecto del pueblo por su pastor: tras la muerte del pontífice muchos le han escrito cartas conmovedoras, pero un folio, encontrado casualmente por don Diego en el suelo de la plaza de San Pedro, tras los funerales del Papa Luciani, queda como el documento más impresionante de en qué medida el mensaje de bondad de Juan Pablo I había conquistado el corazón de todos. Puede verse en el recuadro adjunto.

Luciana Saibene

POESIA

LA MORTE DE "PAPA GIOVANNI PAOLO PRIMO"

La farce de la morte, a l'improviso,
ha tajato dar campo de la

LA MUERTE DEL "PAPA JUAN PABLO PRIMERO"

La daga de la muerte, de improviso,
ha cortado del campo de la vida,

vita,
la pi bella e più bianca
margherita,
p'ariportalla sù, ner
Paradiso.
'Sto fiore (tutti quanti lo
capimo)
sbocciato in de 'sta Sodoma
e Gomorra,
se chiamava "GIOVANNI
PAOLO PRIMO",
er fiore più giogioso de la
forra.
L'ha voluto Gesù, fra li
divini,
pe' sarvallo così da la
vergogna,
de inzaccherasse in mezzo a
'st'assassini,
fra 'sta città ch'è ormai tutta
'na fogna.
'Sta Capitale, piena de
campane,
plaggiata tutta da 'na farsa
fede,
co'l'òmo che te uccide come
un cane,
se pe' disgrazia j'ai pistato
un piede.
Forse, lassù, ner cêlo,
assieme a Moro,
fra Papa Giovanni e Paolo
Sesto,
Papa Luciani troverà, co'
loro,
un eden più pulito e assai
più onesto.
E, in mezzo ar Paradiso, fra
le stelle,
racconterà a li martiri e a

la más bella y más blanca
margarita,
para llevarla arriba, al Paraíso.
Esta flor (todo el mundo lo
entendemos)
brotada aquí en Sodoma y en
Gomorra,
se llamaba "JUAN PABLO, el
PRIMERO",
la flor más alegre de la flora.
Le ha querido Jesús con los
divinos,
para salvarlo así de la
vergüenza
de enfangarse con estos
asesinos,
en ciudad donde ahora todo
apesta.
Esta Capital, llena de
campanas,
infecta toda de una falsa fe,
con hombres que como a un
perro te matan,
si por ventura les pisaste un
pie.
Quizá allá en el cielo, junto a
Moro,
entre el Papa Giovanni y Pablo
Sexto,
Papa Luciani encontrar, a su
modo,
un edén mucho más limpio y
honesto.
Y allá en el Paraíso y entre
estrellas, contar a los mártires
y h,roes
las fábulas más dulces, las más
bellas,
las mismas que a nosotros nos
dijere!

l'eroi
le favole più dorci, le più belle,
le stesse che diceva pure a noi!
E noi, Cristiani, sott'ar Cuppolone,
ricorderemo er vorto Suo cortese,
come 'na grossa bolla de sapone
ch'è durata, purtroppo, solo un mese.

Mario Larini
Roma, venerdì, li 29 settembre 1978

Y los Cristianos, bajo el Cupulón,
recordaremos Su rostro cortés,

como una gran burbuja de jabón
que duró, por desgracia, sólo un mes.

Mario Larini
Roma, viernes, 29 de septiembre 1978

Confidencias de Juan Pablo I

Estaba en imprenta el presente libro cuando me llega de Venecia un libro - largo tiempo esperado - sobre la figura de Juan Pablo I, que lleva por título Il mio cuore è ancora a Venezia (1). Su autor es Camilo Bassotto, periodista, amigo personal de Albino Luciano y responsable de los archivos venecianos sobre Juan Pablo I.

Camilo ha estado muy cerca de Albino Luciani, en pequeños y grandes momentos: aquella mañana de enero de 1970 en Vittorio Véneto, en que conoce al obispo Luciani, nuevo patriarca de Venecia; aquella visita de Pablo VI a Venecia, cuya preparación le fue confiada y en la que el Papa coloca su propia estola en los hombros de patriarca Luciani; aquella mañana 29 de agosto, en que el papa Luciani recibe a quienes preparaban la participación de los venecianos en la solemne inauguración de su pontificado; aquella mañana del 3 de septiembre, en que Juan Pablo I le agradece a Camilo lo que ha hecho por el Papa y por Venecia; aquella tarde 4 de octubre, en que da el último saludo al cuerpo muerto del Papa Luciani y cuando, de vuelta a Venecia, comienza el largo camino que le ha llevado a la publicación de su libro: de persona a persona, que sitio a sitio, en noticia a noticia... Aunque conoce, como pocos la vida de Albino Luciani, Camilo no pretende hacer una biografía, sino dar a conocer su figura como hombre, como cristiano, como sacerdote y como pastor; una figura que ha sido gravemente distorsionada. En suma, quiere hacer justicia a Juan Pablo I. Como hiciera Eliseo en el caso de Elías, se trata de recoger el manto del profeta desaparecido (2).

Son "cientos y cientos, y más aún" Los testimonios de toda edad, clase y condición que Camilo ha ido recogiendo. Aquí por su excepcional interés, incluimos ampliamente los testimonios de don Germano Pattaro, de sor Vicenza y de la "persona de Roma", que quiso entregarla Camilo, por libre

decisión, los pensamientos e intenciones que el Papa le había confiado (3).

Don Germano, consejero del Papa

Don Germano Pattaro es un sacerdote veneciano, teólogo de gran sabiduría y de profundas intuiciones, hombres de vasta cultura, destacado pionero del camino ecuménico, en algunos momentos cura incómodo, para los curas y los patriarcas. Fue llamado por Juan Pablo I a Roma como consejero.
Luciani le dijo: "no te maravillas de que te haya llamado... Dios tiene un particular designio sobre ti. Ahora estás aquí y te digo: El Papa te necesita, querría tenerte cerca como mi consejero teológico. Yo soy homo novus en estos palacios. A mi mesa llegan hechos y problemas religiosos de todo el mundo. Yo no debo salvar el mundo que ya ha sido salvado y redimido por nuestro Señor. Debo ser apóstol de verdad y de misericordia, de unidad, de paz y de justicia, y si Dios lo quiere, dar la vida, incluso ya, por la Iglesia y por el mundo " (4).

" Me he encontrado en el espacio de pocas horas siendo el Pastor de toda la Iglesia... me siento como un niño en el primer día de escuela... soy escolar que Cristo, he de aprenderlo todo. Me pongo a la escucha. Jesús me guiará. El me dará la lengua y la palabra. Tengo necesidad de buenos consejos, de alguien que me quiera bien, que me esté cercano, que me conforte, alguien con quien poder también rezar conjuntamente " (5).

" Me siento y soy más pobre que antes. Soy el instrumento de un designio de Dios que me supera y me trasciende. Por cuánto tiempo, no lo sé. Pero no será por mucho. Ya hay uno que tomará mi puesto. En el cónclave estaba frente a mí. Pablo VI lo había preconizado cuando le escucho en las meditaciones tenidas en el Vaticano durante los ejercicios espirituales en la cuaresma del 77. Los tiempos están maduros para la elección de un Papa que venga de una tierra ardiente de fe y de caridad, donde se vive la oración, la pobreza, el dolor y la esperanza. Hay días y horas en que

revive en mí el deseo de volver al Padre. Teresa de Ávila dijo un día a Jesús: Señor, ya es tiempo de que nos veamos. Siento que el día se avecina. Ahora ya no tengo en el corazón del pensamiento que me ocupó tras el coloquio con sor Lucía en el monasterio de Coimbra. La previsión se ha cumplido. Acepto todo con confianza y alegría. Me abandono en Dios... ahora estoy aquí: soy el Papa; debo procurar con todas mis fuerzas hacerlo bien de Papa. No será nunca ha alabado bastante aquel santo hombre que fue el Papa Juan cuando anunció al mundo que había llegado la hora de Dios, la hora del Espíritu Santo en el amor de Cristo Señor. " El anuncio del Concilio, dijo el Papa Juan, apareció en la humildad de nuestra alma como una inspiración y espontánea e inesperada ". No debemos olvidar las razones profundas que han inspirado y querido que el Concilio " (6)

El Papa Luciani le repetía muchas veces a don Germano: " Es sólo Cristo a quien debemos presentar al mundo, sólo su palabra... fuera de ese nombre no seremos jamás escuchados. Nuestras palabras son sólo un eco lejano de su palabra y frecuentemente son palabras muertas, porque son sólo nuestras " (7).
Juan Pablo I está al servicio de la renovación y purificación de la Iglesia: " La Iglesia es un gran misterio de fe. Tú lo has cantado tantas veces en tus preciosas lecciones. Es preciso que nosotros redescubramos el sentido más alto y más puro de la Iglesia. Debemos encontrar nuestra verdadera infancia evangélica, como decía Bernanos, para vivir la iglesia en la pureza del corazón, despojada lo más posible de arreos los rituales y burocráticos " (8).
Luciani tiene muy vivo el anuncio que Juan XXIII hizo al mundo la mañana del 13 de noviembre de 1960: “La obra del Concilio Ecuménico pretende sólo y únicamente hacer brillar en el rostro de la Iglesia de Cristo los rasgos más bellos y más puros de su origen, y presentarla, como su divino Fundador la quiso, sin mancha y sin arruga” (9).

Todo ello tiene consecuencias muy concretas en campos muy diversos. Por ejemplo: “Tú sabes, le dice a don Germano, que no me gusta viajar, pero no puedo cerrarme en el Vaticano, lejano de todos. Iré donde me quieran, a toda tierra, a todo país, especialmente a los países pobres, donde

hay hambre y guerra... En mis viajes querría que todo se desarrollara en la simplicidad y en la caridad. Cristo Jesús, Pedro y Pablo y Juan no fueron jefes de Estado...
> Sé perfectamente que no seré yo quien cambie las reglas codificadas desde hace siglos, pero la Iglesia no debe tener poder ni poseer riquezas. Yo quiero ser el padre, el amigo, el hermano que va como peregrino y misionero a encontrar a todos, que va a llevar la paz, a confirmar hijos y hermanos en la fe, a pedir justicia, a defender a los encarcelados, a los desterrados, los sin patria y los enfermos.

> La persona del Papa es defendida y protegida porque es preciosa, como la de cualquier otro ser humano. El Papa debe ser prudente y vigilante, no debe exponerse a peligros y provocaciones. Como enviado del Señor debe abandonarse totalmente a él, pase lo que pase. Yo no quiero escoltas ni soldados. Como no quiero que los guardias suizos se arrodillen a mi paso y que ningún otro lo haga. Pedro a Cornelio que se le echó a los pies le dijo: “Levántate, que yo también soy un hombre”. Deseo que un pequeño Sínodo permanente de obispos me conforte con sugerencias y consejos de modo que cuando el Papa se encuentre con los pueblos y las Iglesias locales pueda llevar el pensamiento religioso, eclesial y pastoral expresado y madurado por la colegialidad de los obispos.

> En mis viajes no pretendo turbar o mermar en modo alguno la autonomía y la autoridad de los episcopados locales. Yo soy el hermano mayor de los obispos, les debo un gran respeto, debo y quiero estar en comunión de amor con ellos.

> Son pensamientos que vuelven a mi mente en estas noches de insomnio. La colegialidad entre el Papa y los obispos ha sido confirmada por el Concilio (10). Dicha colegialidad se desarrolla en las conferencias episcopales nacionales y a través del Sínodo de los obispos.

Luciani es un obispo del Concilio y se siente personalmente renovado por él. Además, está profundamente agradecido a los teólogos, filósofos y pensadores sobre los cuales ha rehecho su cultura durante y después del Concilio: Henri de Lubac, Bernard Haering,

Mathias Scheeben, Hans Urs von Balthasar, Ives Congar y Marie-Dominique Chenu, “hombre insignes, mis maestros, ricos de sabiduría y de experiencia puesta al servicio de la Iglesia y del Papa” (11).

Juan Pablo I le habla a don Germano de diversas personas cuya figura debe ser rehabilitada: “En la casa de Dios suceden tantas cosas. Tú sabes que también los santos pueden equivocarse. Pío X no quiso creer en la fidelidad y en la sincera obediencia del cardenal Carlo Andrea Ferrari, arzobispo de Milán, acusado por algunos sacerdotes de favorecer el modernismo, una doctrina considerada entonces como una herejía.... Fue el Papa Juan quien hizo reabrir el proceso de beatificación del cardenal Andrea Ferrari” (12).

El Papa Luciani dice algo semejante de don Lorenzo Milani y de don Primo Mazzolari: “Tengo una deuda con los dos, los he conocido personalmente. Padecieron pruebas amargas de parte de sus obispos y de la Iglesia. Dos curas, dos pastores, dos profetas dejados solos... Don Lorenzo y don Primo merecen recuperar oficialmente el puesto que les corresponde en la Iglesia y el corazón de todos aquellos que los han amado” (13).

Semejante consideración merece Antonio Rosmini: “un cura que ha amado a la Iglesia, que ha sufrido por la Iglesia. Un hombre de vastísima cultura, de íntegra fe cristiana, un maestro de sabiduría filosófica y moral que veía con claridad en las estructuras eclesiales los retrasos y los fallos evangélicos y pastorales de la Iglesia. Quiero encontrar una ocasión de hablar de Antonio Rosmini y de su obra, que he releído con atención” (14).

Juan Pablo I habla también de los años 70, de fuertes tensiones civiles, culturales y también eclesiales: “Fueron los años de las leyes sobre el divorcio y sobre el aborto... El matrimonio ha venido a ser un triste juego... Mi otro gran dolor es la ley sobre el aborto. Es la más permisiva de las que están en vigor en los países de occidente” (15).

Al Papa Luciani no le importa pedir perdón por los pecados de la Iglesia. Por ejemplo, piensa pedir perdón a los hebreos: “Si Cristo Señor me da vida, si tengo la fuerza, la

justa luz y los justos consentimientos, pienso convocar una representación de obispos de todo el mundo para un acto de penitencia, de humildad, de reparación, de paz y de amor de la Iglesia universal, a repetirse cada año por el Papa y los obispos en las iglesias locales, el viernes santo. Nosotros los cristianos hemos pecado contra los hebreos nuestros hermanos en Dios y en Abraham; los hemos ignorado y calumniado durante siglos. Los hebreos no son deicidas. En el plano histórico sólo algunos lo fueron y tienen un nombre. La acusación es teológicamente infundada y moralmente injusta... La Iglesia pecadora, son los cristianos, los curas, los obispos, los Papas que han actuado y actúan en las instituciones de la Iglesia. Hemos de pedir a Dios que se nos perdone este pecado. La Iglesia que peregrina en la historia no tiene necesidad de perdón. La confesión de las propias culpas es un modo auténtico de permanecer fieles a Dios y de alabarle exaltando su misericordia. En nombre de Jesús debemos hacer la paz por siempre con los hebreos" (16).

También de otras culpas hace el Papa Luciani confesión eclesial: "Nosotros los cristianos en algunos momentos de la historia hemos sido tolerantes frente a las masacres de los indios, al racismo y a las deportaciones de los pueblos africanos. Se dice que fueron cincuenta millones de negros deportados como esclavos desde Africa a América. Hubo también entonces hombres valientes que gritaron contra el escándalo y contra el delito. Conozco uno, el dominico Las Casas, el padre de los indios del Amazonas, profeta no escuchado y perseguido. Sus denuncias del genocidio de aquellos pueblos no fueron hechas propias por las comunidades cristianas del tiempo, que no se movieron para defender a aquellas gentes... Confesar las culpas históricas de la Iglesia es signo de humildad y de verdad, es signo de esperanza en un futuro mejor. Desde hace dos mil años la única medida para los cristianos es el amor, es el Evangelio de Cristo Señor. Se dice, no se puede juzgar los hechos de entonces con la sensibilidad de hoy. No es un problema de sensibilidad, es un hecho de verdad. La Iglesia es la conciencia crítica tanto de hoy como de ayer. La Iglesia debe recuperar su fuerza profética, su sí y su no evangélico, a la luz del sol, delante de todos" (17).

Don Germano interviene: “Santo Padre, los indios de América y otros pueblos africanos son torturados, matados y discriminados también hoy en las tierras de sus padres...”

“Es verdad lo que dices, responde el Papa Luciani. Hoy en Sudamérica, en Africa y en otros lugares junto a los hombres y a las mujeres del pueblo son perseguidos y asesinados también los sacerdotes, los misioneros y los obispos. La Iglesia vive, sufre y muere con ellos. Hoy la Iglesia, gracias a Dios, está finalmente y para siempre libre de todo condicionamiento y de todo vínculo con aquellas razones que en un tiempo se llamaban históricas. La Iglesia quiere y debe ser sólo el Cuerpo de Cristo para el hombre y con el hombre. La Iglesia reconociéndose pecadora en sus hombres y en sus instituciones deplora con humildad los momentos difíciles y dolorosas de su camino en la historia, como la tristísima Inquisición y los tristísimos tiempos del Poder Temporal de los Papas” (18).

Dice don Germano que el Papa Luciani pensaba ir a Puebla (México), a la gran asamblea eclesial de América latina (también pensaba ir a Beirut y Jerusalén): “Le importaba muchísimo estar presente porque aquel continente cristiano, como el de Africa, tiene mucho que decir y que enseñarnos a los cristianos de Europa. Habría pedido que se retrasara la fecha hasta febrero, marzo” (19).

Don Germano escuchó al Papa Luciani palabras fuertes sobre la injusticia evidente del sistema económico internacional y sobre las fórmulas puestas en marcha por los países ricos, que están llevando a los países pobres de Africa, de Asia y de los países latinoamericanos al hambre, a la rebelión, a la guerra:
"El capitalismo liberal y el marxismo colectivistas son dos formas de imperialismo contra los pueblos pobres del Tercer Mundo. Los pueblos ricos, y entre ellos se va colocando también Italia, son responsables de este juego infernal. Yo he visto de cerca el hambre y la miseria de los pueblos de África y de América. Esos pueblos no podrán levantarse por sí solos. Los bienes de la tierra y las riquezas del mundo no son patrimonio exclusivo de quien las posee. La propiedad no es intocable. El Cristo de los pobres llama a la solidaridad

del hombre por el hombre; es un deber que alcanza a todos, mujeres y hombres de todo el mundo. Aquellas pobres gentes gritan justicia delante de Dios. Y a añadía a: en cada rincón de la tierra crece en el hombre la sed de la paz, de la justicia y de la libertad. La Iglesia debe ponerse con sus luces al lado de todos aquellos, de cualquier raza y religión, que defiende estos sacrosantos derechos del hombre" (20).

Para Juan Pablo I, los pobres y los enfermos son la eterna prueba con que los cristianos miden la sinceridad y la verdad de su fe, delante de Dios y delante de los hombres: “También el Papa debe dar buen ejemplo en su casa. Me haré promotor de un gran instituto de caridad donde poder hospedar de noche a todos aquellos que duermen por las calles... El instituto estará dotado de una mesa diaria, de amplios servicios sanitarios, de un almacén de vestuario con la asistencia de médicos y religiosas. El domingo iré yo también a servir a la mesa, como hacia el Papa Gregorio Magno en el triclinium pauperum (mesa de los pobres), por él querido y hecho construir. Decía: diez discursos menos y un testimonio más de caridad. Soy el obispo de Roma, cuando más sea y haga de obispo, tanto más seré y lo haré bien de Papa. A los pobres les corresponde la precedencia. Apelaré al corazón de todos aquellos que en casa encuentran siempre una mesa dispuesta y un hecho limpio”(21).

Don Germano estaba emocionado. La señal de estima y de amistad que había recibido le parecía demasiado grande. Le dijo a Camilo: "Ante aquellos pensamientos y aquéllas ideas me sentía pequeño y confuso. El Papa Luciani me hablaba con pleno dominio de sus pensamientos. Se veía que los tenía en el corazón. Formaban parte del patrimonio de sabiduría que había heredado del Concilio. Estaba en el camino de la profecía. De vez en cuando se paraba y me preguntaba qué me parecía. Tenía prisa por hacer saber lo que sentía en su espíritu, como si temiera no disponer de tiempo. Me dijo: Tengo tantas cosas que decir que han madurado dentro de mí en los largos años de mi vida de obispo. Pensamientos, reflexiones y meditaciones, vivas y presentes en mí, hechos y problemas que llevo en el fondo del corazón. Debemos repensarlos con calma y prudencia. Yo no tengo en este momento nadie con quien pueda confiarme;

deseo que tú los conozcas. Sabía que estaba en el surco bueno del Concilio y quería dar pruebas visibles. He visto al pago a Luciani sereno, en paz, firme y decidido en sus propósitos. Tenía plena conciencia de ser él el Papa”(22).

El último día Juan Pablo I le habló a don Germano de su coloquio con sor Lucía: “Un hecho que me ha turbado durante un año entero, de dijo. Me ha quitado la paz y la tranquilidad espiritual. Desde aquel día no he olvidado Fátima. Aquel pensamiento pesaba sobre el corazón. Intentaba convencerme de que era sólo una impresión. He orado para olvidarlo. Habría deseado confiarlo a una persona querida, a mi hermano Eduardo, pero no lo logré. Era demasiado grande aquel pensamiento, demasiado embarazoso, demasiado contrario a mi forma de ser, no era creíble. Ahora la previsión de sor Lucía se ha verificado, estoy aquí, soy el Papa. Siento repugnancia a hablar de estas cosas, pero lo hago para que tú puedas leer en mi ánimo que no he pensado nunca y menos he deseado ser Papa. Si tengo vida volveré a Fátima a consagrar el mundo y particularmente los pueblos de Rusia a la Virgen, según las indicaciones dadas por ella a sor Lucía. Tenemos todos una gran sed de paz y de perdón”(23).

Don Germano le dijo a Camilo: "Muchos se maravillarán de lo que pienso sobre Albino Luciani, Obispo y Papa. Debo decirte en plena conciencia que mis convicciones sobre Luciani han cambiado, especialmente después de los tres diálogos que tuve con él. Es mi intención hablar y dar testimonio de ello, incluso aunque estoy seguro que esto suscitará en muchos, aquí en Venecia y en Roma, profundo estupor. Mi testimonio contrasta ciertamente que con la opinión, difundida por acá y por allá, de que Luciani era un hombre demasiado insignificante y no imaginable para aquel puesto. Te dejo mis apuntes. Al final me dejarás leer todo”(24).

Para Camilo, Don Germano fue amigo y padre en momentos difíciles. Además, es importante decirlo, Don Germano (que murió el 27 de septiembre de 1986, tras larga enfermedad), pudo leer y confirmar lo escrito por Camilo:
"La vigilia de su viaje a Londres, para una de sus últimas

estancias en la clínica, don Germano me dijo que había leído todo cuanto he escrito tras los largos encuentros tenidos con él. Yo le había rogado muchas veces que escribiera personalmente todo aquello que me había contado a mi. Me respondió: ahora no puedo hacerlo, hay demasiadas referencias a mi propia persona. Lo haré después que hayas publicado el libro. No he hablado con nadie de lo que te he dicho a ti, ni pienso hablar, por ahora. Yo te he dicho todo lo que recordaba; te dejo mis apuntes personales. Al final me decía: a fuerza de hablar y de reflexionar sobre ello y de encontrar conjuntamente las comprobaciones y las citas exactas, señaladas por el Papa Luciani, mis recuerdos son también tus recuerdos. Estoy contento de que me hayas dado la ocasión y el modo de decir todo mi pensamiento sobre Albino Luciani, hombre, sacerdote y pastor. Debemos decir todo con humildad, simplicidad y claridad para dar testimonio y hacer justicia a Albino Luciani, Obispo y Papa"(25).

Sor Vincenza, la monja que encontró el cadáver

Sor Vincenza, religiosa de María Bambina y enfermera diplomada, ha estado al servicio de Albino Luciani, como obispo y patriarca, durante más de doce años. En la mañana del 29 de agosto, martes posterior a la elección de Juan Pablo I como Papa, sor Vincenza viajaba a Roma con la delegación veneciana y invitada a participar en la solemne inauguración del pontificado.

En el avión, Camilo estaba sentado junto a Sor Vincenza, que - por cierto - era la primera vez que viajaba: "para que olvidara el miedo hablamos de muchas cosas, pero especialmente de Luciani, de su salud. Llevaba consigo una pequeña maleta con todas las medicinas que acostumbraba a tomar el patriarca. Estaba preocupada: temo que el Santo Padre no resista mucho, me dijo, que su presión no aguante el afán de tantos compromisos y de tantas preocupaciones. El peso que los cardenales le han puesto sobre las espaldas terminará por romper el equilibrio psicofísico que había conseguido en Venecia y que le daba la seguridad y la tranquilidad para mantenerse en forma y trabajar. Sor

Vincenza seguía diciendo: El patriarca Luciani desde el 75 vivía en un delicado equilibrio por lo que se refiere a la presión arterial.
Fue precisamente ese año al volver de Brasil, cuando el patriarca tuvo un émbolo en el ojo derecho. Existe siempre el peligro de que pueda repetirse en cualquier momento y en cualquier otra parte. El Papa Luciani lo sabe. Sor Vincenza espiaba el rostro del patriarca cuando volvía de las fatigosas jornadas de las visitas pastorales en tierra firme y en las islas. Ella era el vigilante guardián de su salud y cumplía con escrúpulo e inteligencia las prescripciones de los cuidados médicos. Era como una madre para Albino Luciani. Amable, diligente, atenta, discreta y fiel. Con su intuición femenina y con su sensibilidad sabía hacerse decir incluso las molestias más leves. Sabía que en los primeros meses del 78 el dolor de cabeza se le había intensificado y sabía que el insomnio le acompañaba muchas noches”(26).
El obispo Luciani tenía con los secretarios y las hermanas gran familiaridad. Le agradaba a hablar con ellos. Decía, vosotros sois mi familia. Era siempre amable y de buen humor y recordaban los cumpleaños y los santos de todos. En Roma, como en Venecia, Sor Vincenza era la superiora de sus hermanas, las monjas de María Bambina. Sor Vincenza sabía que después de la elección le había vuelto el insomnio y también el dolor de cabeza. Le dijo a Camilo:

"El Santo Padre para poder recuperar el equilibrio de sus energías físicas debería haberse tomado, pasados los primeros días, unas vacaciones de paz y de sereno descanso, aunque breve. Tenía una gran capacidad de recuperación. Pero no habría aceptado, sentía muy fuertemente el compromiso de estar presente y de ocuparse de las cosas de la Iglesia”(27).

Dice Camilo: "El día de la última audiencia, el miércoles, Sor Vincenza había notado que las arrugas del rostro del Santo Padre se habían acentuado, las manos se le habían vuelto pesadas, señal de un profundo cansancio y de una dimensión que no habían encontrado aun el necesario pescar sus pupilos una confirmación de este detalle está en las fotografías hechas aquel día durante la audiencia genera”(28).

Aquel día, a la hora del café, sor Vincenza le dijo al Papa: "Santo Padre, me parece que las manos están un poco hinchadas". "No sólo las manos, dijo el Papa, también los pies, son como dos pesos muertos que tiran para abajo. Siento las rodillas atadas. Es debido al cansancio que se ha acumulado en estos días, pero pasará". Sor Vincenza insiste: "¿Quiere, santo Padre, que avisemos al Dr. Da Ros como a los médicos del Vaticano> ” "no, no, no molestemos a ninguno por un poco de peso en los pies. El Dr. Da Ros ha estado aquí el sábado por la tarde, me ha dicho que el corazón va bien. Hablaremos el lunes". "Santo Padre, usted sabe que el corazón siempre ha estado fuerte y, no ha tenido nunca ningún fallo, es la presión la que es un peligro para usted". "Sí, es verdad, me lo dijo también el profesor Rama cuando me curó el émbolo del ojo". Le preguntó aun: "Santo Padre, ¿Duerme de noche> ” "No, respondió. Hay noches que me desvelo entre las dos y las tres y no consigo retomar el sueño y así leo hasta la hora de levantarme. Tengo tantas cosas pendientes". "Usted sabe, santo Padre, que por nuestras montañas se dice que entre las dos y las tres es la hora del lobo, es la hora en que se muere". "Esperemos que no sea así, comentó riendo el Papa Luciani “(29).

Por la tarde, el Papa Luciani escribió una carta a la madre Lina Costa, de Venecia, una religiosa que había colaborado con él en la pastoral de religiosas. Antes de las 16,00 subió a la terraza jardín para rezar solo. Se quedó más tiempo de lo acostumbrado. A las 18,30 se entrevistó con el cardenal Villot.

"Pocos minutos antes de las 20,00 Luciani saliendo de su estudio dijo a los secretarios don Diego y padre Magee, que poco antes había sentido un fuerte dolor en el pecho. Se ofrecieron enseguida a llamar a un médico del Vaticano, pero el Papa se opuso diciendo que el día a día pasa puntal a obrar, vamos a cenar, dijo, mañana hablaremos. Da testimonio de ello todo Diego. La escena transcurre en serenidad. Ningún médico de Venecia ni de Vittorio Véneto fue informado de que el santo Padre, aquella tarde, antes de cenar, se había sentido mal. El resto es silencio”(30).

Poco después de las nueve, el Papa habló por teléfono con el arzobispo de Milán. Se quedó largo tiempo orando en la capilla. Sobre las 22,00 se retiró a su habitación.

"No habían sonado a un las cinco, el café depositado, como de costumbre, por sor Vincenza en la mesita de la antecámara, estaba a unas y. Aquel día el Papa Luciani tardaba en salir a recitar los laudes y maitines en lengua inglesa con el padre Magee. Sor Vincenza advirtió que el café se enfriaba... Sor Vincenza llamó a la puerta de la habitación del Papa a avisar que el café estaba preparado. Pasaron otros largos minutos y el café seguía allí. Sor Vincenza exclamó : ¡Santo Padre! De la habitación no salió ninguna voz ni se oyó ningún rumor. El corazón le tembló. Ella era como una madre para Albino Luciani. Movida por el instinto materno y llena de temor de que le hubiera pasado algo abrió la primera puerta, abrió la segunda, estaban las dos entornadas. El Papa Luciani no echaba nunca la llave, entró en la habitación, corrió la cortina que separaba el lecho, la luz estaba encendida.
Juan Pablo estaba acomodado sobre el fondo de lecho, apoyado sobre los almohadones, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, los ojos cerrados, los labios ligeramente abiertos, los brazos abandonados sobre los flancos. Una leve, levísima sonrisa se había quedado sobre su rostro. En la mano derecha tenía unos folios, sobre el rostro tenía las gafas.
Todo estaba en orden sobre el lecho y la estancia. Sobre la mesilla estaba el reloj de pulsera y la foto de los padres, nada más. Sor Vincenza se acercó, el pulso había desaparecido, le pasó una mano sobre la frente y sintió una ligera tibieza como si la vida hubiera terminado hacía poco. La compostura de su rostro, de las manos, de todo su ser físico dejaba creer que se había dormido en la muerte. Sor Vincenza avisó enseguida al padre Magee y a don Diego. Estos avisaron al secretario de Estado cardenal Jean Villot, Camarlengo de la Santa Romana Iglesia, al Decano del Sacro Colegio Cardenal Confalonieri, a los médicos y a otros cardenales”(31).

Dice Camilo: "en el último coloquio que yo tuve en Venecia, sor Vincenza. Me confió: "No encuentro la paz, me

siento culpable por no haber insistido al Santo Padre que se hiciera visitar por el médico. Lo hemos dejado solo. Todos. Si alguno hubiera avisado a los médicos del Vaticano que el Papa tenía absoluta necesidad de una visita médica, quizá se hubiera salvado". Me dijo también: "no se ha redactado un verdadero certificado médico, oficial, sobre la verdadera causa mortis del Papa Luciani. Así ninguno, ni siquiera sus hermanos Eduardo y Antonieta y las personas queridas sabrán nunca de qué enfermedad ha muerto verdaderamente Juan Pablo I, como sin embargo se había hecho con el Papa Juan y con Pablo VI. Yo soy de la opinión de que el Papa murió de una embolia pulmonar y no de infarto, y que su muerte sobrevino entre las dos y las tres de la mañana 29 de septiembre. La tibieza encontrada por mí sobre el rostro del Papa y sentida también por don Diego al vestirle, podría ser una confirmación. El Dr. Buzzonetti la mañana de reconocimiento declaró a los presentes que el Papa podía haber muerto entre las 23 y la medianoche. Es imposible que el santo Padre quedará despierto hasta esa hora. No estaba entre sus costumbres. No había sucedido nunca. Sin embargo, es probable que se haya despertado hacia las dos y se haya puesto a leer, como hacía cualquier noche. La muerte le sorprendió mientras estaba ocupado en la lectura”(32).

Sor Vincenza murió años después (el 28 de junio de 1983) en la casa de las hermanas de María Bambina, en San Donato de Lamon. En el funeral estaban presentes Eduardo Luciani, su hija Pía, don Mario Senigaglia, Camilo y una gran muchedumbre de gente.

El Dr. Cabrera y la Dra. Mariscal de Gante, del Instituto Nacional de Toxicología, comentan así las declaraciones que sor Vincenza hizo a Camilo:
"De los nuevos datos suministrados en base a las declaraciones de sor Vincenza a Camilo, se pueden obtener los siguientes razonamientos:

1. Las especulaciones sobre la enfermedad o enfermedades del Papa Luciani, que hace sor Vincenza a Camilo, no son más que eso: especulaciones, por tratarse de una persona que, aunque es enfermera diplomada, que

carece de los conocimientos precisos y de la visión de conjunto suficiente para un diagnóstico exacto. Del mismo modo han de tenerse como meras especulaciones las afirmaciones de sor Vincenza sobre la causa de la muerte, cuanto más cuando sin la realización de una autopsia nunca podría saberse, en este caso u otros similares, la verdadera causa del fallecimiento.

2. El propio Papa restó importancia a los síntomas que menciona sor Vincenza, añadiendo que ha sido visitado por el Dr. Da Ros cuatro días antes sin que este observase síntomas algunos que pudieran relacionarse con el corazón: "... Da Ros me ha dicho que el corazón va bien". Esto último lo corrobora la propia sor Vincenza al añadir, a renglón seguido: "Santo Padre, usted sabe que el corazón siempre ha estado fuerte, no ha tenido nunca ningún fallo". Hay que precisar que sor Vincenza, aunque sin capacidad técnica para el diagnóstico, si tenía los conocimientos médicos suficientes como para interpretar lo que el Dr. Da Ros podía diagnosticar y, además, era la encargada de suministrarle la medicación indicada por este.

3. La afirmación de sor Vincenza, del todo especulativa, sobre la causa de la muerte: una embolia pulmonar, carece de base fundada. El Papa nunca había padecido del corazón, y el único proceso emboliar que había tenido ocurrió sobre la arteria retiniana. Es decir, a afectó al territorio de la circulación mayor; no menor, como en el caso de una embolia pulmonar; y por tanto procedía del corazón izquierdo, o de alguna de las arterias que lleva la sangre hacia la cabeza (carótida primitiva o interna). En el caso de una embolia pulmonar, el émbolo ha de proceder del corazón y del derecho, o alguna de las venas que lleva la sangre ha dicho corazón, o desde éste al pulmón. Es imposible que en un émbolo pueda atravesar la circulación pulmonar para ir a parar al corazón izquierdo, luego no existe ninguna relación entre el émbolo retiniano y el posible émbolo pulmonar "diagnosticado” por sor Vincenza.

4. Sin embargo de lo dicho, una de las causas de edemas en miembros periféricos es la insuficiencia cardíaca derecha. Ello podría conllevar un estasis sanguíneo; es decir, un

remanso de sangre y enlentecimiento del retorno venoso, capaz de traducirse en multitud de síntomas todo a lo largo del organismo, incluyendo esos edemas periféricos, y capaz de producir trombosis por dichos remansos, que al fragmentarse liberarían émbolos. Para todo ello habrían de darse un cúmulo de circunstancias que al parecer se encuentran ausentes en este caso; a saber: insuficiencia cardíaca derecha con toda la correlación de síntomas que la misma produce; edemas en miembros periféricos con dilatación de venas superficiales y profundas, aumento de las temperaturas en miembros, color levemente azulado de la piel y otros signos y síntomas; que el edema fuese lo suficientemente duradero para que se produzca una trombosis (sería excepcionalmente raro una trombosis sobre un edema recién instaurado y con muy pocas horas de evolución, amén de que dicho edema en la insuficiencia cardíaca derecha suele desaparecer cuando se adopta una postura tumbada); etc. Por todo ello, y teniendo como base la afirmación del propio Papa, al comentar lo referido por el Dr. Da Ros ("... el corazón va bien") es muy poco probable pensar en esta circunstancia embolígena. Junto a ello, habría que hacer notar que existe multitud de otros procesos que pueden cursar con sensación de pesadez en miembros periféricos e hinchazón de los mismos, sin necesidad de recurrir a una insuficiencia cardíaca derecha. Dichos procesos van desde los infecciosos (artritis...), pasando por degenerativos (artrosis...), vasculares (tromboflebitis...), o simplemente, y es lo más frecuente, una actividad sedentaria o el hecho de permanecer mucho tiempo de pie (por ejemplo: los camareros, o dependientes de comercio...). Así pues, es muy arriesgado afirmar cuál es la causa de dicha hinchazón (sobre todo, teniendo en cuenta la ausencia de otros signos o síntomas, así como la ausencia de antecedentes de ningún tipo) y, más aún, relacionarla con un proceso de embolia pulmonar.

5. Por otro lado, ya hemos señalado que la ausencia de antecedentes y de signos o síntomas relacionados con la insuficiencia cardíaca derecha, hacen descartar esta. Más aún cuando el Dr. Da Ros afirma cuatro días antes del fallecimiento del Papa que su corazón "va bien” en palabras

del propio Pontífice. Así pues, y aunque es posible un infarto de miocardio tomando como base una insuficiencia cardíaca derecha, puesto que no existe ningún dato que haga pensar en ella, si exceptuamos esa hinchazón y sensación de pesadez que puede atribuirse a multitud de factores o causas distintas, no podemos aventurar que se produjese tal infarto fundamentándolo en dicha patología de base, puesto que la insuficiencia no estaba diagnosticada ni existían otros síntomas que la delatasen.

Fdo. Dr. Rafael Cabrera Bonet.

Fdo. Dra. Carmen Mariscal de Gante.

La persona de Roma

Con fecha de 14 de mayo de 1989, fiesta de Pentecostés, y firmada a mano, recibe Camilo la siguiente declaración de quien viene a ser llamado "la persona de Roma"(en realidad debería hablarse de "una personalidad muy importante"): "He sabido por una persona amiga que reside en esta ciudad, que usted está trabajando desde hace años en una vida del Papa Luciani como hombre, sacerdote y pastor. Los apuntes que le adjunto son para usted. Había pensado tenerlos para mí. Medito también la idea de publicarlos, pero el puesto que ocupo no me lo permite, al menos por ahora. El Papa Luciani me gratificada con su benevolencia y, me atrevo a esperar, también con su estima. Por qué quiso hacerme partícipe de algunos pensamientos expresados por él al cardenal Villot, no lo sé. Ellos constituyen un auténtico compromiso, vivo y presente en su corazón hasta el último día. Yo sostengo que se debe hacer justicia y dar testimonio de Juan Pablo I. Estoy seguro de que estos pensamientos encontrarán el justo lugar en su libro.
Quizá el cardenal Villot no tuvo el tiempo o el ánimo de reflexionar sobre ello o quizá no quiso entrar en el fondo de lo que le había confiado el Papa Luciani. Tras la elección del Papa Wojtyla, el corazón de Villot, bajo el peso de tantas emociones, comenzó a ceder. Le envío los apuntes tal como están. Los ponga en orden, con claridad. No los toque en la sustancia y no añada nada. Sería traicionar el pensamiento

de Juan Pablo I, que ahora no puede intervenir para aclarar las intenciones manifestadas por él al secretario de estado y a mi. Puedo decirle que a medida que el Papa Luciani me hablaba integraba sus pensamientos con reflexiones y notas que le venían espontáneas. Por ejemplo, sé que de su testamento ha hablado sólo conmigo y así de otras intenciones suyas. Es esta una impresión mia, vistos ciertos detalles y ciertas puntualizaciones que me hacía. Sus pensamientos fluían rápidos y claros, sostenidos por una lúcida presencia de su memoria. Al final me dijo: todas las cosas que me ha confiado, son pensamientos, deseos y propuestas sobre las cuales hay que reflexionar, pedir consejo y hacer verificaciones. Forman parte de los problemas que pretendo afrontar y resolver.
El Papa Luciani en un momento de gran serenidad me dijo: Me encuentro en el espíritu de las palabras del Papa Juan cuando reveló su estado de ánimo de cara a aquella inmensa empresa que fue el Concilio.

Ciertamente, yo no tengo su grandeza, ni su prestigio, pero estoy aquí y soy el Papa. “No soy un gran teólogo, dijo el Papa Juan, ni un gran historiador, ni un sabio y menos un político, pero quizá el buen Dios tenía necesidad de un pobre hombre para hacer aquello que quizá habría resultado difícil a un gran teólogo... pero ahora está hecho, otro mayor que yo podrá venir y continuar lo que yo solamentehe comenzado".

El Papa Luciani mientras me hablaba estaba sereno y confiado. Me dijo otras cosas que retendría para mí. Le adjunto algunos pensamientos, expresados por el cardenal Villot sobre el Papa Luciani, recogidos por mi en ambientes vaticanos, de personas con las cuales Villot se había confiado”(33).

Pensamientos y propuestas del Papa a Villot

Dice la persona de Roma: "Habían pasado ya tres semanas desde la elección de Albino Luciani como Papa. Reflexionando sobre los hechos, las palabras, las personas y los acontecimientos de lo que había sido, a su pesar,

protagonista y testigo, tuvo una visión más completa de las tareas que le esperaban, de la autoridad y de las responsabilidades que pesaban sobre sus espaldas. Luciani era un atento observador, un agudo escrutador del espíritu humano. Había vivido durante cuarenta años con los hombres y las cosas de la Iglesia. Tenía una particular intuición para detectar el fondo de los problemas y reconocer la calidad de las personas. Se dio cuenta de que el Papa estaba en el centro de un “aparato “que duraba por siglos, que él no podía cambiar, pero que no quería soportar. Era su preciso deber saberlo gobernar para no estar condicionado. El Papa Luciani quiso hablar con una persona, que en otros momentos le había sido cercana y por quien sentía gran estima y confianza “(34).

Extractamos aquí algunos de los "los pensamientos que llevaba particularmente en el corazón y que quería que fueran conocidos “(35).

> "Hasta ayer, me confiaba el Papa Luciani, sabía lo que quería de mí el Señor. En Venecia estaba bien... conocía mis tareas de obispo, sabía que moriría en Venecia, en África adónde pensaba ir, con el permiso de Pablo VI apenas cumplidos los setenta años. Ahora nuestro Señor ha cambiado de golpe toda mi vida. Ahora estoy aquí, soy el Papa. Una vez más me digo, debo dejar bien a Cristo Señor, a la Iglesia, a los cardenales y a los obispos y a todos los hermanos. Que se haga, Señor, tu voluntad incluso si no entiendo por qué he sido elegido Papa. Tu voluntad es mi paz. Me confío en Ti: Cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte (2, Co 12,10).

> Ayer tarde he leído el testamento del Papa Juan y el de Pablo VI, me han hecho pensar. He sentido vibrar en sus palabras el espíritu de Dios y la pasión por el hombre, por la Iglesia. Dos almas que han marcado este siglo por su piedad, sabiduría y profecía.

> Mi último testamento, escrito en Venecia, lo he roto estos días. Estaba escrito sobre una hojita de cuaderno. Lo que escribí la primera vez cuando mi obispo Gioachino Muccin me hizo vicario de la diócesis de Feltre y Belluno.

Tras mi profesión de fe, de esperanza y de caridad, pedía perdón a Dios Padre, a Cristo Jesús y al Espíritu Santo, a la Iglesia y a todos los hermanos por mi poquedad y por mis faltas. Pedía perdón a los pobres, a los niños y a los enfermos por no haberles amado bastante. Pedía perdón a Dios y a los hermanos por todo aquello que debía haber hecho y no hice. Los pecados de omisión son tantos. Dejaba mis libros y toda cosa al seminario de Belluno donde había vivido la mitad de mi vida. Lo repetí cuando fui obispo de Vittorio Véneto y patriarca de Venecia. En el que escriba quiero añadir que dejo mis libros a la Santa Sede y que deseo ser sepultado en la tierra como el Papa Juan y el Papa Pablo. No tengo necesidad de delegar a ninguno como mi ejecutor testamentario porque no poseo nada y no quiero nada”(36).

> Un domingo por la tarde, paseando por los jardines vaticanos, hablé largamente con el cardenal Jean Villot, Secretario de Estado. Villot me había dicho que deseaba dejar, en cuanto fuera posible, el cargo de secretario, su salud no era buena, le pesaba la edad y el trabajo y las fuertes emociones vividas con la muerte de Pablo VI y el Cónclave. Deseaba un puesto más tranquilo. Villot me dijo que había una persona con la que el Papa podía contar ciegamente, el arzobispo Agostino Casaroli. Persona preparada, lúcida de mente, prudente, iluminada, un finísimo diplomático, un hombre piadoso y cordial. Y respondí que ya me había dado cuenta en los coloquios que había tenido con él.

> Villot es un hombre de gran equilibrio y prudencia, un sacerdote de profunda espiritualidad, culto e inteligente, un cardenal que ha dado todo a la Iglesia y al Papa. Tengo confianza en él, trabajaremos juntos. Le he pedido que siga en su puesto. Le dije: usted tiene toda la confianza del Papa. Con él he pasado revista global a los grandes problemas del hombre y de la Iglesia, en la ahora actual “(37).

> "... Ayer he hablado con el cardenal Jean Villot de algunos problemas que afectan a mi trabajo cotidiano. Le dije: yo recibo cada día dos maletas de "papeles "; una por la mañana y una por la tarde... Debo ver, leer, controlar y dar

respuesta y opiniones; debo decir sí y no sobre asuntos y problemas delicados, importantes o no, a veces difíciles de resolver uno solo y a veces dolorosos, que hacen temblar el corazón. Necesitaría una máquina que supiese leer y me diera la síntesis escrita de cada problema y quizá también la respuesta. El Papa es un hombre. Yo no tengo la resistencia de Pío XII y de Pablo VI que trabajaban muchas horas de noche y tenían a sus espaldas treinta años de Curia. Eran estupendos. Yo no conozco los despachos, no los he frecuentado nunca: yo de noche debo dormir. Pablo VI declaró un día que no le bastó un año para orientarse en el laberinto de los despachos de la Curia Romana... “

> A partir de los primeros días de octubre usted tomará gran parte de estos "papeles ". Lo que me importa es que se responda a todos con amabilidad, con respeto y con amor. Me diga si debo escribir una carta... Pero no quiero más maletas sobre mi mesa. No he sido elegido Papa para hacer de empleado. No es así como Cristo ha pensado a su Iglesia... el Papa debe también orar. Debe tomarse un poco de silencio para su alma....

> Le pido, por favor, prepararme una propuesta de trabajo, a título provisional, indicando los métodos, horarios y relaciones que el Papa debe tener con los servicios de la Curia. Lo más simple posible. Lo discutiremos juntos. Aquí hay estupendos monseñores, obispos, y cardenales, religiosos y religiosas y también laicos, que pueden hacer mucho. Deseo tener cerca a personas expertas y preparadas a las que puede encomendar tareas de confianza; almas pastorales con las que pueda dialogar y trabajar.

> El Papa es infalible en las condiciones sancionadas en el dogma, pero no es omnisciente, no es el más sabio, no está acorazado y defendido contra toda imprudencia: es un hombre. No está dispensado del estudio y de la búsqueda de prensa siempre mejor los misterios de la fe, y de conocer las necesidades de la Iglesia y del mundo. Pero aquí sobre estos “papeles”el Papa no es infalible; aquí puede equivocarse, como ha pasado a otros.

> Querría poder revisar toda la estructura de la Curia y sus relaciones con el Papa. No acepto está máquina que condiciona mecánicamente al Papa en sus funciones de

trabajo y de vida. El trabajo hecho así resulta insoportable. Usted me dirá que es una ilusión el poderlo cambiar, lo sé. Podemos probar. Después Yo haré mis opciones.

> Le digo a usted con el corazón en la mano que ante todo soy sacerdote, ahora soy también Papa, pero yo quiero ser un pastor, no un funcionario de oficio. Jesús le dijo a Pedro en momento de gran pasión y ternura, por tres veces, apacienta mis ovejas. Con aquellas palabras le confiaba todo el género humano. El Papa es figura de Dios Pastor como la describe Ezequiel... (Ez 34,15-16).
> Yo soy ante todo el obispo de Roma y después el Papa. Sé que son dos cosas en una, pero yo no quiero hacer la figura del "comparsa “ante mis párrocos y mi gente. El Papa Gregorio Magno decía: "Vosotros, en el orden de la Caridad, estáis delante de todos. Mis primicias son para vosotros". Ahora hagamos bien las cosas esenciales, después yo haré mis opciones de las cuales le haré partícipe.

> Hoy, Eminencia, deseo anticiparle algunas de mis intenciones. Ante todo, quiero que usted sepa, brevemente por ahora, que elegido a un sacerdote mío de Venecia, Don Germano Pattaro, como mi teólogo. Usted lo conoce. Fue un pionero del ecumenismo y una colaborador el cardenal Agostino Bea. En él tengo plena confianza. Le pido que se ha inscrito oficialmente en los órganos de la Curia con el título que le corresponde. Así le ruego haga lo mismo con don Diego Lorenzi. Es joven, pero me ha sido siempre fiel. Deseo que se quede como mi secretario, que tenga el puesto adecuado en la Curia. No quiero que se ha dejado en la tierra de nadie. Deseo también que al padre John Magee y a don Lorenzi le sean reservados los puestos de representación en las ceremonias y en las audiencias....

> Mis discursos serán pocos, breves y alcance de todos. Me serviré de todas las colaboraciones, pero deseo que los discursos sean míos. He empleado gran parte de mi vida buscando decir las cosas consideradas difíciles, con palabras claras, simples y comprensibles a todos. Quiero ser yo mismo delante de Dios y de la han que de los hombres. Los grandes discursos no son para mí ni siquiera los grandes tratados. Está el Evangelio, están los libros sagrados. Son

todo. La gente de cada tierra, raza y cultura debe entender lo que dice el Papa. No quiero hablar o escribir para los técnicos, para los intelectuales, clérigos o laicos, y menos para el polvo de los archivos. En el camino trazado por Cristo a su Iglesia, y por tanto al Papa, es el hombre, comprendido el último de los analfabetos. Diosa querido hacerse hombre.

> En las barracas de las madres brasileñas, yo he visto el retrato del Papa Juan y he escuchado de aquella gente sus frases. Ningún otro Papa había llegado a gente tan humilde. El Papa debe ser la voz profética de Cristo.

> Se que hay monseñores y otros que critican los discursos que yo hago en las audiencias generales y los modos de ser y que hacer de el Papa. Sé también, y lo sabe usted, que nuestro mundo eclesiástico sabe ser puro y santo y sabe ser también banal, amargo y cruel, aquí y en cualquier Curia.

> Alguno aquí, en la Ciudad del Vaticano, ha definido al actual Papa como una figura “insignificante ". No es un descubrimiento. Yo lo he sabido siempre y nuestro Señor antes que yo. No he sido yo quien ha querido ser Papa. Yo, como Albino Luciani, puedo ser una zapatilla rota, pero como Juan Pablo es Dios quien actúa en mí. Siento que tendré necesidad de mucho coraje, de mucha firmeza, de gran humildad, de mucha fe y de mucha caridad. Un obispo, alto y robusto, siempre de está casa, ha declarado que la elección del Papa ha sido un “descuido “del Espíritu Santo. Puede ser. No sé entonces cómo ha sucedido que más de cien cardenales hayan elegido a esta etapa por unanimidad y con entusiasmo. El Papa Luciani se echó a reír cordial y alegremente. Pero hay más, continuaba. He sabido que los “tutores”de la ortodoxia del Papa han gritado de escándalo cuando manifieste el concepto de que Dios, además de ser Padre, es también Madre, según las palabras del profeta Isaías. Alguno incluso ha exclamado: el Papa blasfema. Esta gente olvida que toda la Biblia, desde el principio al fin, está cruzada por el grito del amor de Dios que busca al hombre, fruto de su amor y obra de sus manos.

> El obispo Angelo Roncalli, visitador apostólico en Bulgaria, escribía en su famoso libro Diario del Alma: “Soy obispo desde hace veinte meses. Como era fácil de prever, mi ministerio debía causarme muchas tribulaciones. Pero, cosa singular, éstas no me vienen de los búlgaros para quienes trabajo, sino de los órganos centrales de Roma. Es una forma de mortificación y que humillación que no me esperaba y que me hacen sufrir mucho". También yo podría escribir, en estos días, las mismas palabras, pero yo no tengo diarios “(38).

> Querría que recuperamos la buena disciplina, todos, comenzando por el Papa y los obispos, los curas, los religiosos, las religiosas y los cristianos. No es fácil, lo sé, pero no es imposible. La disciplina, la pequeña, es la observancia formal de las normas jurídicas. Es cosa buena, pero no es todo. La verdadera, la gran disciplina se alcanza con la sabiduría y con la humildad en la libre y gozosa aceptación de la obediencia a Dios y a los hombres que le representan. La disciplina nace del corazón: es fruto del amor. "Ver con la razón, actuar con el corazón", decía Teresa de Ávila a sus frailes.

> Sor Lucía en el coloquio que tuve con ella en el monasterio de Coimbra me repetía con fuerza: "Se necesitan monjas, curas y cristianos con la cabeza firme ". Y añadía: "Para los religiosos o todo o nada, si se quiere ser de Dios en serio. Demasiada gente ha entrado en los conventos ". A las palabras de sor Lucía hace eco el teólogo Karl Rahner: “Está en acto al interior de la Iglesia un empeño y una entrega a las realidades temporales, que ya no es una opción legítima, sino apostasía y caída de la fe ".

> En estos días se habla consistencia de la Asamblea del Episcopado Latino Americano, prevista en Puebla en México del 12 al 28 de octubre. Pregunte, por favor, a la presidencia del CELAM si es posible tener la Asamblea hacia febrero o marzo del próximo año. Yo deseo de estar. Aquel continente lo llevo muy en el corazón. He estado y conozco los fermentos, las ansias y las esperanzas que apasionan a los católicos. Aquellas comunidades tienen muchas cosas que enseñarnos a nosotros los europeos. Viven un cristianismo

de frontera, pero dentro de la fe. Me traiga de sus despachos las Actas de la Asamblea celebrada en un Medellín en el 68. Querría ver cuanto antes al presidente del CELAM, el cardenal Aloisio Lorscheider, a quien conozco desde hace años y a quien he dado mi voto en el Cónclave; es un gran obispo. Querría también encontrarme y hablar con una representación de todos los obispos de América Latina. Diga, por favor, al cardenal Eduardo Pironio, que fue secretario de Medellín, que necesito hablarle. Deseo que Pironio, que es el obispo de la esperanza, venga conmigo a Puebla. Me será de gran ayuda.

> Otra cosa querría que usted tuviera clara. Hay obispos de sedes cardenalicias y otros de la Curia que esperan el nombramiento de cardenales. Habrá que pensar en un consistorio. Mi pensamiento es no hacerles esperar. Querría incluir también uno o dos de los teólogos que fueron mis maestros en el Concilio y después. Los teólogos serios y preparados son preciosos colaboradores del Obispo y del Papa en el discernir las señales de los tiempos de que habla Mateo. Por esto algunos de ellos que fueron llamados al Concilio como “peritos ". Más adelante querría encontrarme con alguno de ellos, entre los primeros, los padres Henri de Lubac, Marie-Dominique Chenu, y Hans von Balthasar... Entre los nuevos cardenales estará también el patriarca de Venecia. Tengo ya dos nombres en el corazón. Aquí hay alguno al que no agradan estos nombres. Yo conozco Venecia y su gente y sé cómo debe ser su pastor. Irá a Venecia uno de los dos... Antes habrá que escuchar a la Conferencia Episcopal Trivéneta y al Consejo Presbiteral de Venecia.

> Me agradaría dar la púrpura cardenalicia a los obispos que en Africa y también en Europa han sufrido persecución por el nombre de Cristo o por que han amado y defendido con riesgo de su propia vida a los pobres, los perseguidos, los hombres discriminados por el color de la piel. Villot interviene diciendo: Santo padre, es difícil si no hay tradición. El Papa Luciani respondió: eminencia, la tradición las creamos nosotros.

> En estos días me ha venido la curiosidad de leer en el Anuario Pontificio los titulares con que está condecorado el Papa. Supongamos que ya está mi nombre. Se lee: Juan Pablo I, obispo de Roma, vicario de Cristo, sucesor del príncipe de los apóstoles, sumo pontífice de la iglesia universal, patriarca de occidente, primado de Italia, arzobispo metropolita de la provincia romana, soberano del Estado de la Ciudad del Vaticano, siervo de los siervos de Dios.

> Es un residuo del poder temporal. Falta sólo el título del Papa Rey. Los títulos verdaderos deberían ser:... elegido obispo de Roma y por ello sucesor del apóstol Pedro y por ello siervo de los siervos de Dios. ¿Cómo puede el Papa presentarse y dialogar, como hermano y padre en Cristo, con las Iglesias hermanas, investido de todos aquellos títulos> .

> Mi primera carta será sobre La Unidad de la el Iglesia. Los creyentes, las Iglesias hermanas, el mundo entero piden a los católicos claridad y seguridad de doctrina y venidas en todas las cuestiones esenciales de la fe...

> La segunda carta podría ser sobre La Colegialidad de los obispos con el Papa. La colegialidad yo quiero potenciarla y extenderla efectivamente a todos los obispos de la Iglesia de Dios, a los más lejanos, a los más desconocidos, a los más pobres. Querría poder hacer del Sínodo un verdadero instrumento de gobierno de la Iglesia universal...

> La tercera me gustaría que fuese sobre La Mujer en la sociedad civil en la vida eclesial. Es hora de que el Papa diga a los cristianos y al mundo una palabra clara, firme y autorizada sobre la dignidad y los méritos, el valor y la misión de la mujer. Demasiado desprecio, demasiados prejuicios y demasiadas marginaciones se han acumulado en los siglos. Nadie podrá medir jamás el dolor, la humillación y la ofensa hecha a la mujer por parte del hombre durante milenios...

> Hablaré y escribiré sobre Los pobres y la pobreza en el mundo. Desde las tierras de la carestía, de la sed, del hambre y de las epidemias se levantan voces incesantes que

piden ayuda. Los pueblos del hambre, donde los niños mueren a millares cada día, interpelan a los pueblos y a las ciudades de la opulencia... Es preciso que los pueblos ricos den vida a una cadena de solidaridad y de justicia que reduzca drásticamente la deuda de los pueblos del Tercer Mundo; es preciso instituir una vasta red mundial de intercambio y de colaboración para el renacimiento, el desarrollo y la independencia y la libertad religiosa, económica, cultural y racial de aquellos pueblos que durante siglos han sido presa y siervos de Europa y de occidente. No habrá paz hasta que no se haga justicia a los pueblos desheredados. Es Dios mismo quien lo quiere.

> Querría comunicarle una preocupación mía. Tengo la impresión de que la figura del Papa sea demasiado alabada. Hay un cierto riesgo de caer en el culto a la personalidad, que yo no quiero en modo alguno. El centro de todo es Cristo, es la Iglesia. La Iglesia no es del Papa, es de Cristo, que en el Espíritu Santo se la ofrece al Padre...

> Debo expresar mi agradecimiento al director, al vicedirector del Osservatore Romano y a todos sus colaboradores. Aprecio mucho del precioso y delicado trabajo que desempeñan... Me agradaría hablar con ellos de nuestro periódico. Lo vería más ágil, más fácil de leer, más moderno... un periódico, querría casi decir, nuevo para un modo nuevo de ser la Iglesia. La Iglesia de la paradoja cristiana: creíble porque pobre, valiente porque humilde, fuerte porque débil, libre porque privada que todo poder. La Iglesia de las bienaventuranzas... me agradaría abrir el Osservatore Romano al talento que los jóvenes. Querría que escribieran, que colaboraran con nuestro periódico en una página reservada a ellos...

> Querría encontrarme frecuentemente con los jóvenes. Ellos tienen un puesto especial en la Iglesia. De ellos la Iglesia recibe fuerza, impulso y pasión para ser verdaderamente profética y misionera en todo el mundo, cómo lo quiere Cristo y el Concilio. Los jóvenes hoy no creen en la pobreza de la Iglesia, en su espíritu evangélico, en su despego de los bienes y de poder del mundo. Debemos ponernos a su lado con humildad para ayudarlos a querer la

paz y la justicia, a sentir el gusto de la honradez, la alegría de amar y de ser amados, el orgullo de ser sobrios y fuertes y solidarios con todos los débiles y con aquellos que sufren... Los jóvenes están llamados a encontrar a Cristo y a hacer de El el ideal de su vida. Estamos en momento crucial en la vida de la Iglesia y de la humanidad. Se imponen opciones evangélicas radicales si queremos que el cristianismo viva y vuelva a ser la levadura del mundo... Los jóvenes no combaten a Dios. No son descreídos, simplemente lo olvidan, por ignorancia, por indiferencia. Los jóvenes tienen necesidad de amor, de paciente comprensión, hoy más que nunca. Tienen necesidad de dar un sentido a su vida, un por qué a sus sentimientos, tienen necesidad de reencontrar la propia identidad de hombres y de cristianos....

> Los jóvenes son unos privilegiados que, podrán ver realizarse un sueño, gozar de un bien buscado y deseado desde hace siglos. La Europa unida. Un pueblo de más trescientos millones de hombres y mujeres, de lenguas, civilización, historia y cultura diversas, unido en la supranacionalidad de tierras y confines para una tarea más grande de paz, de justicia y de bienestar... se abren inmensas posibilidades para los jóvenes y para todos. Fronteras abiertas, moneda en común. Usos, costumbres, culturas, tecnologías, artes y fe cristiana a vivir y gozar en común. Es una meta fascinante e imprevisible en sus desarrollos futuros, llena de responsabilidades para todos, comenzando por nosotros curas y obispos. La Iglesia debe actualizarse, informarse, aportar toda su colaboración en el surco de la fe... debemos trabajar para que la Europa unida sea amplia, generosa y próvida de bienes materiales y culturales hacia ambos pueblos de Tercer Mundo en el respeto a la propia dignidad e independencia...

> Me agradaría que fuera introducido en la escuela secundaria el conocimiento de la Biblia. No para obtener la ocasión de hacer prédicas que harían huir a los jóvenes, sino para hacer cultura, para hacer historia. Sin la Biblia no se puede entender nuestra milenaria civilización mediterránea, no se puede conocer Italia, Europa. Sin la Biblia que el patrimonio espiritual de un joven cristiano, hebreo, musulmán es del todo incompleto. Nuestros jóvenes conocen

a Herodoto, Homero y Virgilio, Alejandro Magno, Séneca y Sócrates, pero no conoce la Biblia...

> Una tarde, antes de marcharse, Villot me habló del IOR diciéndome: El IOR es una piedra caliente que abrasa en las manos de todos. Alguno corre el riesgo de quemarse. Le respondí que en cuestiones de dinero la Iglesia debe ser transparente, debe operar a la luz del sol. Va en ello su credibilidad.

> Lo digo también a usted, la Iglesia no debe tener poder ni debe poseer riquezas. Yo sé que el Instituto de las Obras de Religión ha sido querido, en su forma actual, por Pablo VI, para ayudar, asistir y promover las obras de religión y de caridad en todo el mundo. Yo deseo que sean los obispos y cardenales, con una representación suya, quienes decidan qué hacer del IOR; si mantenerlo o suprimirlo y que estructura nueva darle. Pido que sus acciones sean todas lícitas y limpias y de acuerdo con el espíritu evangélico. El mundo debe saber qué es, qué hace el IOR; cuáles son sus verdaderos fines, como se recogen los dineros y cómo se gastan. Se debe llegar a la transparencia en las cuentas económicas vaticanas: debemos publicar los balances controlados en su totalidad.

> El presidente del IOR debe ser sustituido: en cuanto usted lo crea oportuno. Deberá hacerse de manera justa y con respeto de la dignidad de la persona. Un obispo no puede presidir o gobernar un banco. Aquella que se llama sede de Pedro y que se dice también santa, no puede degradarse hasta el punto de mezclar sus actividades financieras con las de los banqueros, para los cuales la única ley es el beneficio y donde se ejerce la usura, permitida y aceptada, pero al fin y al cabo usura. Hemos perdido el sentido de la pobreza evangélica; hemos hecho nuestras las reglas del mundo. Yo he padecido ya de obispo amarguras y ofensas por hechos vinculados al dinero. No quiero que esto se repita de Papa. El IOR debe ser íntegramente reformado.

> No se olvide que la masonería, cubierta o encubierta, como la llaman los expertos, no ha muerto jamás y está más viva que nunca. Como no ha muerto jamás esa horrible cosa que se llama mafia. Son dos potencias del mal. Debemos

plantarnos con valentía ante sus perversas acciones. Debemos vigilar con todos, laicos, curas y, especialmente, los párrocos y los obispos. Debemos proteger a las gentes de nuestras comunidades. Es un tema que un día afrontaremos con más claridad delante de todos “(39).

> Juan Pablo I quiere recordar, honrar y hacer justicia a los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que en tierras de misión, en los pueblos del este o en los países sudamericanos han sido encarcelados, exiliados, torturados y asesinados por el nombre de Cristo: "Toda la Iglesia debe conocer y amar a estos confesores de la fe y de la libertad...” Hemos olvidado demasiado pronto a estos testigos de Cristo que han un inscrito su sufrimiento en el martirologio cristiano. Quiero hacerlo con espíritu religioso. Sé que podría despertar “pensamientos“ sepultados, pero no podemos callar. La excesiva diplomacia se convierte a veces en pura astucia y esto no está en el espíritu de la Iglesia.

> El Papa Luciani dijo a Villot en una de sus últimas audiencias: Eminencia,... usted sabe mejor que nadie que el Papa debe actuar con prudencia y con paciencia, pero también con valentía y confianza. E riesgo lo ponemos todo en las manos de Dios, del Espíritu Santo y de Cristo el Señor, del cual yo hago indignamente las veces. Estos pensamientos que le confío, por ahora brevemente, los llevo muy en el corazón. Usted me ayudará a realizarlos de modo justo “(40).

Comenta la persona de Roma: "el Papa Luciani se habría sentido confortado en sus pensamientos si hubiera podido escuchar las palabras dichas a los periodistas el 29 de enero del 83 por Carlo María Martini, arzobispo de Milán, cuando supo que sería hecho cardenal : Tendré tres maestros, dijo: Bea, Minsdszenty y Romero... Oscar Romero, obispo del Salvador, es uno de los más grandes cardenales de nuestro siglo, aunque no fue nunca cardenal. La púrpura es su sangre inocente que ha manchado el altar “(41).

El cardenal Villot expresó algunas opiniones suyas sobre el Papa Luciani con personas de su confianza

> “He vivido una preciosa experiencia espiritual junto al Papa Luciani. Mostraba la fe de un niño, el corazón de una madre. Era el hombre de la esperanza. Frente a los problemas era concreto y claro. Los consideraba atentamente y después daba su juicio. No tomaba decisiones apresuradas, ni daba juicios drásticos sobre hechos o personas. Decía: la caridad es la madre de la justicia y de la verdad. Sentía y vivía el drama en que vive el hombre en tantas partes del mundo. Repetía: hay demasiado dolor sobre la tierra. Habría querido ayudar a todos, salvar a todos y responder a todos de su propio puño. Trataba con señoría y garbo. Estaba atento a quien le hablaba: y esto era un gran don. Pedía siempre algo por favor y lo agradecía como si cada cosa se le hiciera a su persona.

> Su hablar fácil y claro era persuasivo y atraía la simpatía de quien le escuchaba facilitando su confidencia. Sabía que él era el Papa y lo habría demostrado. No se dejará intimidar por nadie. Lo constaté un día cuando me habló de la elección del nuevo patriarca de Venecia. En apariencia, parecía sumiso. En sus intenciones tenía la firmeza de la roca de sus montañas... era sereno y firme en sus decisiones. Era el hombre justo para nuestro martirizado tiempo. En las últimas audiencias, me puso al corriente de las intenciones y propósitos que pretendía realizar. Muchos otros los tenía en reserva. Quería a toda costa ser un pastor. Creo que habría asombrado a la Iglesia y al mundo. Quería una Iglesia humilde, pobre, evangélica, al servicio del hombre. Me dijo también que la Iglesia no debe tener poder ni poseer riquezas. Pensaba dar forma institucional a la colegialidad de los obispos con el Papa. Un día me dijo: han pasado poco más de cien años de la caída del poder temporal de los Papas, si no, también yo ahora, habría sido el Papa Rey con ejércitos armados y quizá policía para defender los bienes, las tierras y palacios del Papa. Qué bello hubiera sido que el Papa hubiera renunciado espontáneamente al poder temporal. Debería haberlo hecho antes. Agradezcamos al Señor que lo ha querido y lo ha hecho. Quiero decirle que no me va mucho el viajar. Pero iré donde me quieran. La Iglesia ha nacido misionera. Jesús nos lo ha mandado.

> El Papa Luciani ha muerto muy pronto y quizá también por nuestra negligencia e insensibilidad y por el vacío que tenía en torno a sí. Una tarde de domingo, paseando en los jardines vaticanos, me dijo: Aquí todos miran al Papa como si estuviese en la copa de un arbol, lejano, intocable, hombre de nadie. Yo no soy un rey, soy un padre, un hermano, un amigo de todos. Y deseo ser tratado como un padre y un hermano. Lo diga.

> Nosotros, sin embargo, no nos hemos dado cuenta de que el Papa era nuevo, que había vivido tantas emociones en brevísimo tiempo. No nos hemos dado cuenta de que nuestras continuas presiones de trabajo lo estaban consumiendo. Cada uno de nosotros quería de él todo y enseguida.

> Hemos sabido después que su muerte que ningún médico lo había visitado, ni se había interesado por su salud durante los cincuenta días de su permanencia en Roma.

> El Papa Luciani la tarde de la vigilia de su muerte había dicho, hacia las 20,00, a los dos secretarios, que había tenido un fuerte dolor en el pecho. Ningún médico del Vaticano u otro de fuera había sido llamado o avisado de esto. Lo hemos dejado solo, todos”(42).

* * *

Camilo se centra en la figura de Juan Pablo I. De su muerte, que también afecta a la figura, dice - en supuesto diálogo del Papa con Jesús - "que sucederá en el sueño, dulcemente ". El Papa querría comprender mejor la verdad de esa hora. Le dice Jesús: “Si tú vieras la verdad sin velos, morirías. Eres un hombre”(43).

En aquel viaje de vuelta hacia Venecia, cuando declinaba el día y se enterraba semejante esperanza, emprendía Camilo un largo y difícil camino que ahora hace historia, quizá porque una vez más, camino de Emaús, ardía el corazón.

Bibliografía

CORNWELL, J., A thief in the night. The death of Pope John Paul I, Viking, London, 1989.
DI FONZO, L., Michele Sindona, el banquero de San Pedro, Ed. Planeta, Barcelona, 1984.
DOMENECH, R., Marcinkus. Las claves secretas de las finanzas vaticanas, Ed. B, Barcelona, 1987.
D'ORAZI, L., Impegno all'umilt…. La vita di Papa Luciani, Ed. Logos, Roma, 1987. También: In nome di Dio o del diavolo? Ed. Logos, Roma, 1988.
GENNARI, G., Rivelato il problema che angosci • Luciani poco prima della morte, en "Il Goirnale Nuevo", 18-10-1981.
GURWIN, L., El caso Calvi. La muerte de un banquero, Ed. Versal, Barcelona, 1983.
INFIESTA, J., Juan Pablo I. Alegría de los pobres, Ed. Paulinas, Madrid, 1978.
KUMMER, R., Albino Luciani, Papa Giovanni Paolo I. Una vita per la Chiesa, Ed. Messaggero, Padova, 1988.
LAI, B., I segreti del Vaticano da Pio XII a papa Wojtyla, Ed. Laterza, Roma-Bari, 1984.
LAZZARINI, A., Johannes Paul I, Herder-Verlag, Freiburg, 1978.
LOPEZ SAEZ, J., La incógnita Juan Pablo I, en "Vida Nueva" 1497 (1985), 23-30.
También: La mayor distorsión de la figura de Juan Pablo I, en "Alandar" 60 (1989), 10-11.
LUCIANI, A., Ilustrísimos señores, BAC, Madrid, 1978.
Juan Pablo I. Los textos de su pontificado, Eunsa, Pamplona, 1979.
Giovanni Paolo I. Opera omnia, I-VIII, Ed. Messaggero, Padova, 1988-1989 (próximamente, aparecer el Maria. La donna dalla quale Ges— volle nascere, Scuola Tipografica Emiliana Artigianelli, Venezia, 1987.
NICOLINI, G., Trentatré giorni: un pontificato, Ed. Velar, Roma, 1984.
PIAZZESI, G.-BONSANTI, S., La historia del banquero Roberto Calvi, Ed. Planeta, Barcelona, 1984.
RICCI, T., Aquel verano en compañía de tres Papas, en "30 Días" 8(1988), 14-15.

SISTI, L.,-MODOLO, G., El banco paga, Ed. Plaza & Jan,s, Esplugues de Llobregat (Barcelona), 1983.
THIERRY, J.J., Lettres de Rome sur le singulier trépas de Jean-Paul Ier, Ed. Belfond, París, 1981.
También: La vrai mort de Jean- Paul Ier, Ed. Jean-Cyrille Godefroy, Paris, 1984.
YALLOP, D., En nombre de Dios, Ed. Planeta, Barcelona, 1984.
ZIZOLA, G., Il Papa che non volle farsi re, en "Epoca" 1892(1988), 162-171.

Notas

(1) En "Vida Nueva" 1497(1985), 24.
(2) RICCI, T., Aquel verano en compañía de tres Papas, en "30 días" 8(1988), 14.
(3) Ibidem.
(4) CORNWELL, J., A thief in the night. The death of Pope John Paul I, Viking, London, 1989, XV.
(5) CORNWELL, 3.
(6) Ib., 13.
(7) YALLOP, D., En nombre de Dios, Ed. Planeta, Barcelona, 1984, 223 y 323. La investigación de Yallop tuvo su origen en los pocos que conocían la verdad sobre el hallazgo del cadáver. Determinados miembros de este grupo facilitaron detalles a la agencia ANSA y conectaron con Yallop (p. 249). Ver la reacción de Nicolini al libro de Yallop (Apéndice, doc. 1).
(8) KUMMER,R., Albino Luciani, Papa Giovanni Paolo I. Una vita per la Chiesa, Ed. Messaggero, Padova, 1988, 578-580 y 9.
(9) CORNWELL, 265.
(10) Ver "Ya", 28-9-1988.
(11) Ver "Ya" y "El País", 4-10-1978; también YALLOP, 244-245.
(12) Ver "Corriere della Sera", 24-6-1984; ver también Apéndice, doc. 1. Un artículo del P. Gino Concetti en L'Osservatore Romano" salió al paso de las peticiones de autopsia del cadáver del Papa, diciendo que "el cristiano sabe que la muerte llega como un ladrón, de noche, y hay que estar continuamente preparados para recibirla". Ver THIERRY, J.J., La vraie mort de Jean-Paul Ier, Ed. Jean-Cyrille Godefroy, Paris, 93-94; PENA, J.R.-ZOTTOLA,M., Han asesinado al Papa! "Operación Paloma", Ed. Angel Herrero Fernández, Madrid, 1978, 20. Ver final del Epílogo y las notas 95 y 242.
(13) KUMMER, 223.
(14) Jn 8, 32.
(15) Ver "Ya", 8-10-1987.
(16) Ver Jn 2, 16-17; Mt 21, 13; Mc 11, 17 y Lc 19, 45-46.
(17) Ver Ga 2, 1-14.

(18) Ver "Ya", 10-3-1989.
(19) Carta con fecha 2-11-1985.
(20) Lc 11, 51.
(21) SENIGAGLIA, M., Le radici della spiritualità di Giovanni Paolo I, en "Dolomiti" 1-2(1989), 51. Ver KUMMER, 39.
(22) JUAN PABLO I, Los textos de su pontificado, Eunsa, Pamplona, 1979, 192. Ver KUMMER, 43.
(23) SENIGAGLIA, 52-53.
(24) Ver "Humilitas" 1 (1984), 10. "Papa Luciani-Humilitas" - así es su nombre completo - es la revista de la Asociación Papa Luciani. La Asociación está constituida por personas que en todo el mundo aman la figura de Juan Pablo I.
(25) SENIGAGLIA, 52.
(26) Ibidem.
(27) Ib., 51.
(28) Ver KUMMER, 440-449.
(29) INFIESTA,J., Pablo I. Alegría de los pobres, Ed. Paulinas, Madrid, 1978, 145-146.
(30) GANTIN, B., Il Concilio Vaticano II nelle scelte pastorali di Albino Luciani, en "Dolomiti" 1-2 (1989), 26.
(31) JUAN PABLO I, o.c., 153-188.
(32) GANTIN, 25.
(33) En "Vida Nueva" 1497(1985), 23.
(34) Ib., 1503(1985), 42.
(35) En "Vida Nueva" 1502(1985), 3. Ver "El País", 4-12-1987.
(36) Se alegó un "cambio de orientación". Al propio tiempo, el Presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, me pidió una memoria "para que se reconociera mi trabajo en la Comisión" (en total, trece años), cosa que hice con prontitud. Poco después, un experto canonista me dijo confidencialmente: "Con este asunto de Juan Pablo I has comprometido tu trabajo en catequesis de adultos y el bien que desde ahí podías hacer". Le respondí: "Para mí lo de Juan Pablo I no es ajeno a la catequesis de adultos". En 1987 la Asociación "Comunidad de Ayala" fue reconocida como Asociación Pública de Fieles. A pesar de vientos y borrascas, la casa - cimentada sobre roca- aguantó (Mt 7, 25).
(37) 2 Co 4, 2.
(38) Ver "Ya", 8-8-1978.
(39) Ver "L'Osservatore Romano", 29-9-l978; también "Ya",

28-9-1988. Luciani siempre madrugó. Siendo vicerrector del seminario de Belluno, según el horario en uso, la hora de levantarse eran las 5'40 (hora de acostarse: las 21'15). Además, Don Albino tocaba la campana: "Quizá quería ahorrar al clérigo campanero la molestia de levantarse un poco antes" (ver "Humilitas" 3 (1986), 3). Según Lorenzi, "el Papa se levantaba a veces a las 4'30; a las 7 concelebraba; a las 7'30 desayunaba y leía 7 u 8 periódicos; a las 9 bajaba para las audiencias; a las 12'30, comida; un poco de reposo y después cartas, cartas, cartas...esto es, problemas, molestias...; a las 20, cena; a las 20'45, se retira a su habitación".
(40) RICCI, 14.
(41) Ib., 15.
(42) YALLOP, 235.
(43) Ver "Ya" y "El País", 4-10-1978; también YALLOP, 244-245.
(44) Ver "El País", 10-10-1978.
(45) Ver "Ya", 10-10-1978.
(46) Ver "Corriere della Sera", 24-6-1984.
(47) CORNWELL, 169.
(48) Ib., 187.
(49) Ib., 170.
(50) Ib., 79-80.
(51) YALLOP, 226-228; ver p. 259. J.ARIAS dió en su día el relato de sor Vincenza, que fue desmentido por la sala de prensa del Vaticano ("El País", 8-10-1978). Informó también de la "prohibición absoluta de hacer declaraciones" impuesta a las monjas (el 6-10-1978). El dramaturgo mejicano LUIS G. BASURTO, autor de la obra El candidato de Dios, habla de "juramento impuesto". Se lo dijo el cardenal Miranda, mejicano, ya fallecido. Según Yallop, a las 6'45 de la mañana, el sargento Roggan se encontró en el Vaticano con Marcinkus, que aparentó no saber nada de lo ocurrido (p.229).
(52) Relato comunicado personalmente al autor. Según Nicolini, se ha levantado un revuelo sin necesidad: el Vaticano no mintió y todo fue normal (ver Apéndice, doc. 1).
(53) CORNWELL, 72.
(54) Ver "Ya" y "El País", 6-10-1978.
(55) CORNWELL, 76.

(56) Ib., 74 y 80. Luciani vivió y murió austeramente; fue amortajado con una camisa del secretario, pues "no se encontró una camisa adecuada". Ver "Humilitas" 4 (1985), 13.
(57) RICCI, 14-15. Según otro relato, cuyas fuentes son Civiltà... Cristiana y un miembro de la Curia, los policías de la plaza de San Pedro dicen que la luz ha estado encendida toda la noche (ver YALLOP,227). Antes de las cuatro y media, sor Vincenza deja la bandeja del café en una mesa situada al lado de la puerta. A las cinco menos un par de minutos vuelve a recogerla. está intacta. Llama con insistencia, sin obtener respuesta. Se decide a abrir la puerta: "Juan Pablo está sentado en la cama y parece mirarla de un modo extraño. Ella observa que ha estado leyendo y que las gafas le han resbalado sobre la nariz. Tiene las rodillas dobladas y una carpeta en la mano. Vincenza va a cerrar la puerta. Allí hay algo raro. La mano derecha del Papa cuelga de un modo forzado, con los dedos agarrotados. La carpeta que sostiene está vacía y los papeles, esparcidos sobre la sábana y el suelo. Pero es la expresión de su cara lo que más la asusta. Tiene los labios abiertos en una mueca horrible que deja las encías al descubierto, los ojos se le salen de las órbitas y las venas del cuello están hinchadas". Por su parte, el doctor Buzzonetti "no advirtió pigmentación facial ni congestión que denotara una embolia. La tez, por el contrario, estaba blanca como el yeso" (ver G. THOMAS y M. MORGAN-WITTS, Pontífice, Ed. Plaza & Jan,s, Esplugues de Llobregat, 1983, 244-247).
Sin embargo, dice Thierry que, según un empleado vaticano, Juan Pablo I "tenía el rostro todo negro, digamos azulado". Sobre este "azulamiento anormal" Lorenzi alertó al Dr. Da Ros (La vrai mort, 146). Thierry supone que Lorenzi descubrió el cadáver. Por medio de un personaje ficticio (cardenal Wolkonski) dice que la alarma encendida en el exterior atestiguaba que el Papa, sintiéndose mal, había pedido ayuda, sin recibir respuesta (íb., 96; ver p. 95). Sin embargo, por medio de otro personaje ficticio (cardenal Senepa) afirma lo contrario: "El Papa murió solo, fulminado, sin tener tiempo de pulsar el timbre en demanda de auxilio" (Lettres de Rome sur le singulier trépas de Jean-Paul I, Ed. Belfond, Paris, 1981, 97; ver p. 93). Según Yallop, sor

Vincenza pulsó el timbre para llamar a los secretarios (p.227).
(58) CORNWELL, 170-173.
(59) Ib., 240-241.
(60) Ib., 37.
(61) Ib., 148.
(62) Ib., 187.
(63) Ib., 159 y 157.
(64) ZIZOLA, G., Il Papa che non volle farsi re, en "Epoca" 1892 (1988), 171. Ver "Ya", 3-10-1978; YALLOP, 243 y GENNARI, G. Rivelato il problema che angosció Luciani poco prima della morte, en "Il Giornale Nuovo", 18-10-1981. Ver Apéndice, doc. 1.
(65) Ver "El País", 30-9-1978.
(66) Ib., 1-10-1978.
(67) YALLOP, 232; ver p.237. Felici dirigía en Padua unos ejercicios para sacerdotes, en lugar de Luciani.
(68) THIERRY, Lettres de Rome, 104; pp., 103 y 97; notas 181-183.
(69) THIERRY, La vraie mort, THIERRY, Lettres de Rome,
(71) YALLOP, 228.
(72) CORNWELL, 222; YALLOP, 236.
(73) CORNWELL, 140; YALLOP, 259-260.
(74) CORNWELL, 216-217, 220 y 223. Recientemente, ha dicho Lorenzi que los Signoracci "no entraron en escena hasta la noche" (p. 80).
(75) Ver "El País", 1-10-1978; sobre el chequeo del cadáver, ver YALLOP, 246-248.
(76) En "Il Celentone", septiembre - octubre 1978, 20.
(77) Ver "El País", 31-7-1989; ver "Ya", 8-10-1987 y YALLOP, 242-248; ver también el poema que Lorenzi que se encontró en la plaza de San Pedro después del funeral (Apéndice, doc. 4).
(78) INFIESTA, 262. Ver "Humilitas" 1 (1986), 1-2.
(79) THIERRY, Lettres de Rome, 116.
(80) Ver "Ya", 30-9-1978; YALLOP, 252-253; KUMMER, 42 y THIERRY, Lettres de Rome, 110.
(81) CORNWELL, 76.
(82) YALLOP, 254-255; ver "Corriere della Sera", 20-9-1980 y MUCCIN, G., Testimonianze e riflessioni su Albino Luciani, en "Dolomiti" 1-2 (1989), 34.

(83) YALLOP, 255.
(84) Ver "Gente", 21-6-1978.
(85) THIERRY, Lettres de Rome, 111 y La vraie mort, 122.
(86) Ver "Gente", 21-6-1985.
(87) Ver "Humilitas" 1(1984),3.
(88) Ver FARRERAS-ROZMAN, Medicina interna I, Ed. Marín, Madrid, 1975, 446.
(89) "Humilitas", 3(1985),11; ver también la posición de Nicolini (Apéndice, doc. 1).
(90) Ver HARRISON, Principios de medicina interna, Ema, Madrid, 1987, 2856 y 2859; FARRERAS-ROZMAN, Medicina interna II, Ed. Marín, Madrid, 1975, 199-200.
(91) En "Ya", 30-9-1978; ver "El País", 1-10-1978.
(92) En "Ya", 30-9-1978.
(93) CORNWELL, 189-190. El médico le había aconsejado pasear al menos una hora al día; ver "Humilitas" 2 (1985), 15.
(94) Ver "Ya", 30-9-1978; ver INFIESTA, 202-203 y YALLOP, 222.
(95) Ver Mt 25,1 y notas 12 y 242. Ver CORNWELL, 190-191; también RICCI, 14; sobre amenazas de muerte, ver THOMAS y MORGAN-WITTS, 206.
(96) YALLOP, 222. La actividad continuaba en los despachos de Marcinkus y de Villot. En la zona de los aposentos pontificios no había guardia de seguridad (íb., 18 y 264; ver Lorenzi, cap. 11).
(97) CORNWELL, 203; ver YALLOP, 264 y 223. Juan Pablo I pensaba dirigir el día 30 un mensaje a los jesuitas. Ver G.NICOLINI, Trentatré giorni: un pontificato, Ed. Velar, Roma, 1984, 122-124.
(98) El relato procede del propio Lorenzi. La mayoría de los espectadores presentes en el estudio de televisión se manifestaron favorables a la tesis de que el Papa Luciani fue asesinado.
(99) Ver "El País", 25-10-1987 y "Ya", 8-10-1987; ver también D'ORAZI,L., In nome di Dio o del diavolo?, Ed. Logos, Roma, 1988, 89-95.
(100) Ver Jan KOCH-WESER, Intoxicaciones químicas. Consideraciones generales y principios del tratamiento, en HARRISON, Medicina Interna, Ed. La Prensa Médica Mexicana, México, 1973, 715-721. Ver el caso Sindona (nota

164).
(101) CORNWELL, 198.
(102) Ib., 188. Según Benny Lai, Guido Gusso ya fue camarero de Juan XXIII (ver LAI,B., I segreti del Vaticano da Pio XII a papa Wojtyla, Ed. Laterza, Roma-Bari, 1984, 70).
(103) CORNWELL, 198-199.
(104) Ib., 199-200.
(105) Ver "El País", 25-10-1987. Existe una corriente de opinión, según la cual se hizo la autopsia, pero en secreto (ver DE ANDREIS,S.-LEONE,M., Juan Pablo Wojtyla. Crónica insólita de un , Ed. Laia/Paperback, 1980, 160). Según ello, al Vaticano le interesaba saber de qué murió Juan Pablo I, pero no el decirlo.
(106) YALLOP, 233.
(107) Ib., 260.
(108) CORNWELL, 249.
(109) Ib., 265; ver pp. 264 y 242.
(110) Ib., 115 y 190.
(111) Ver "Humilitas" 2 (1987), 3.
(112) Ver "Humilitas" 2 (1986), 3; KUMMER, 258, 494 y 438.

(113) Ver notas 177 y 178.
(114) CORNWELL, 126.
(115) LUCIANI, A., Opera omnia (II), Ed. Messaggero, Padova, 1988, 465-466. Ver KUMMER, 273-283 y ZIZOLA, Il Papa che non volle farsi re, 162. Luciani tenía muy cerca el testimonio de Bernardino de Feltre, fraile franciscano del siglo XV, que combatió la usura de su tiempo (del 30-40%), denunciándola y fundando montes de piedad. Los usureros intentaron matarle.
(116) YALLOP, 260.
(117) Ib., 51.
(118) Ib., 52.
(119) Comunicado por Mario Senigaglia al autor. El "caso Marcinkus" ya se planteaba entonces, lo que Nicolini parece ignorar (ver Apéndice, doc. 1).
(120) Ver DOMENECH,R., Marcinkus. Las claves secretas de las finanzas del Vaticano, Ed. B, Barcelona, 1987, 74-75. En su forma moderna, las finanzas vaticanas nacen en 1929, con los pactos de Letrán. Por ellos, Italia reconoce el Estado de la Ciudad del Vaticano. Se constituye así la base de la

economía actual de la Santa Sede. Su expansión se realiza de diversas formas a través de estos organismos: Administración especial de la Santa Sede, para el nuevo patrimonio donado por el Estado italiano; Administración general de los bienes de la Santa Sede, para el patrimonio acumulado desde la pérdida de los Estados Pontificios (1870); Administración de las Obras de Religión (llamado así en 1941), para el patrimonio procedente de fundaciones pías; de este organismo nacer en 1942 el actual Instituto para las Obras de Religión (ver DOMENECH, 32-33).
(121) Ver YALLOP, 134; SISTI,L.-MODOLO,G., El banco paga, Ed. Plaza & Jan,s, Esplugues de Llobregat, 1983, 66-67; DOMENECH, 102.
(122) DOMENECH, 188. Es probable que, en los últimos meses de su vida, Pablo VI supiera que el Banco de Italia realizaba una investigación sobre las actividades del Ambrosiano.
(123) THIERRY, Lettres de Rome, 87; ver INFIESTA, 146.
(124) YALLOP, 99; ver "Ecclesia" 1900(1978), 16
(125) YALLOP, 97-98.
(126) THOMAS y MORGAN-WITTS, 225; ver pp. 222-226.
(127) Ib., 226-227. Ver YALLOP, 234.
(128) CORNWELL, 52.
(129) Ib., 109 y 110. Ver "El País", 21-5-1989.
(130) CORNWELL, 161 y 57.
(131) Is 22, 19.
(132) Ver YALLOP, 185; DOMENECH, 173; "El País", 1-10-1978; ZIZOLA, Il Papa che non volle farsi re, 165-17l. La opinión de Biamonte sobre la relación Benelli - Marcinkus, en CORNWELL, 141. A pesar de lo que dice Nicolini, la confirmación inicial de los cargos vaticanos no excluye las oportunas excepciones (ver Apéndice, doc. 1).
(133) CORNWELL, 115. Dice Nicolini que la elección de Luciani como Papa "fue acogida en el Vaticano con mucha simpatía" (Apéndice, doc. 1). Sin embargo, afirma Lorenzi: "en cierto sentido yo era el único amigo que el Papa tenía" en el Vaticano (CORNWELL, 77). Ver lo que se dice anteriormente sobre el "mes de infierno" que Luciani pasó en Roma o lo que dice Farussi sobre la reacción de Marcinkus ante la elección de Luciani como Papa (cap. 7). Ver también, más adelante, la distorsión de la figura de Juan

Pablo I (cap. 12).
(134) YALLOP, 221; ver DOMENECH, 173.
(135) YALLOP, 20. Un periodista suizo Víctor J. WILLI publicó en 1987 un libro titulado ¿En nombre del demonio? Willi concluye que Luciani murió de forma natural: "no tenía ninguna ambición" y "pocos días después de ser elegido papa, lamentaba haber aceptado" ("Ya", 8-10-1987).De hecho, Luciani aceptó el cargo y no pensaba renunciar. Al contrario, a pesar de la oposición encontrada, estaba dispuesto a imponer su autoridad, como dijo el 23 de septiembre en San Juan de Letrán. Llegada la ocasión, sabía ser fuerte y decidido (ver nota 220). Ciertamente, no tenía ambición. Pero, al parecer, la tenían otros. Además, era recto y firme en cuestiones de dinero.
(136) THIERRY, La vraie mort, 112; "El País", 5-10-1978; ver YALLOP, 312. No es de extrañar que en 1978 Calvi anduviera preocupado: primero, la investigación del Banco de Italia; después, la del Papa Luciani. Sin embargo, Gelli le aseguraba que "el problema podía y debía resolverse" (p. 187). Tanto Cornwell (p. 13) como Nicolini (Apéndice, doc. 1) prestan especial interés en descartar que el Papa Luciani fuera asesinado desde dentro del Vaticano, cuando lo más probable es que se hiciera desde fuera, por la mano larga de la P-2, organización capaz de penetrar cárceles de máxima seguridad.
(137) CORNWELL, 101.
(138) Ib., 100.
(139) Ver "El País", 6-3-1985; también "Ya", 2-3-1985 y 10-3-1985. El 27 de diciembre de 1982 se comunica oficialmente la firma de un acuerdo para crear una Comisión Mixta italo-vaticana (tres miembros por cada parte) que estudiara la cuestión IOR- Ambrosiano. El texto íntegro del informe de esta comisión puede verse en "Il Tetto" 130-131 (Nápoles, 1985),404-450. La comisión trabajó durante nueve meses escasos y llegó a conclusiones limitadas. El resultado fue una transacción. El acuerdo se firmó en Ginebra el 25 de mayo de 1984, en los locales de la Asociación Europea de Libre Intercambio. Había sesenta funcionarios en representación de 109 bancos acreedores. La ceremonia no tenía precedentes. El IOR tenía que pagar 250 millones de dólares, en tres plazos. Por pronto pago obtendría un

descuento. El IOR pagó exactamente 240.822.222 de dólares con 23 centavos (ver DOMENECH, 216-219; YALLOP, 299 y 328).
(140) CORNWELL, 103.
(141) DOMENECH, 167 y 189-191.
(142) Ib., 212-213.
(143) Ver "El País", 26-2-1987; "Ya", 11 y 17-7-1987.
(144) Ver "El País", 10-3-1989 y "Ya", 10-3-1989. Sobre los intentos del Opus Dei (erigido en prelatura el 28-11-1982) por hacerse con el control del IOR, ver G.ZIZOLA, restauración del Papa Wojtyla, Ed. Cristiandad, Madrid, 1985, 166-177; también E.EKAIZER, José María Ruiz Mateos, el último magnate, Ed. Plaza & Jan,s, Esplugues de Llobregat, 1985, 23.
(145) Mt 6, 26. Ver "Ya", 21-6-1989 y "El País", 31-7-1989; "Ya", 21-9-1989; "El País", 22-10-1989.
(146) YALLOP, 273.
(147) SISTI-MODOLO, 102.
(148) YALLOP, 277.
(149) DI FONZO, 280; YALLOP, 284.
(150) YALLOP, 284-285.
(151) Ib., 285.
(152) Ib., 302.
(153) PIAZZESI,G.-BONSANTI,S., La historia del banquero Roberto Calvi, Ed. Planeta, Barcelona, 1984, 96; ver YALLOP, 302.
(154) SISTI-MODOLO, 274-275.
(155) SISTI-MODOLO, 99.
(156) Ver YALLOP, 314-315; THOMAS y MORGAN-WITTS, 141; "Ya", 27-10-1982; "Ecclesia" 2072[1982], 29; "L'Osservatore Romano", Ed. Española, 28-3-1982. Sor Vincenza, que padecía de corazón, murió en Lamon (Belluno), el 28 de junio de 1983 (ver "Humilitas" 3[1985], 11). También ha muerto Germano Pattaro, el 27 de septiembre de 1986, tras larga enfermedad. Por su parte, Villot había muerto el 9 de marzo de 1979; según se informó, de "una neumonía bronquial bilateral con complicaciones" (YALLOP, 305-306).
(157) Ver también FERRER BENIMELI, J.A., La Iglesia católica y la masonería ¿el fin de un conflicto?, en "Razón y Fe" 968-969 (1978), 154-161. Ver también YALLOP, 295-296.

(158) GURWIN, L., El caso Calvi. La muerte de un banquero, Ed. Versal, Barcelona, 1983, 101; ver pp. 102,105 y 106. Con el reclamo del poder y del anticomunismo, Gelli fue tejiendo su poderosa logia en Italia. También en Sudamérica la P2 tiene sus centros de acción; en Argentina Gelli organizó la "Propaganda patriótica", a la que se adhirieron militares y civiles que sucesivamente apoyaron el golpe militar del 24 de marzo de 1976. A la P2 argentina pertenecen el almirante Emilio Massera, condenado en 1985 por violación de derechos humanos, y José López Rega, secretario personal de Perón y organizador de los escuadrones de la muerte (recientemente fallecido). Ver YALLOP,321 y "Avanti", 24-9-1987. Al parecer, en la lista de Gelli ni son todos los que están, ni están todos los que son. Ver, a este respecto, ATTILIO BASTIANINI, Relazione di minoranza. Commisione parlamentare d'inchiesta sulla loggia massonica P2, Doc. XXIII, n.2-bis/5,10-11; también ALESSANDRO GHINAMI, Relazione di minoranza, ib., n.2- bis/4,8.
(159) SISTI-MODOLO, 29-31.
(160) Ib., 42.
(161) Ib., 44.
(162) Ib., 55.
(163) YALLOP, 290; ver DI FONZO, L., Michele Sindona, el banquero de San Pedro, Ed. Planeta, Barcelona, 1984, 252. Ver FRANCESCO DE MARTINO, Sul caso Sindona. Discorso al Senato nella seduta del 30 ottobre 1984, 5-21. Ya en 1971 circularon rumores sobre Sindona y Marcinkus (HAMMER,R., Conexión Vaticano, Argos Vergara, Madrid, 1982).
(164) Ver "Ya", 21 y 22-3-1986. A pesar del olor característico del cianuro (a almendras amargas), el ataque sufrido por Sindona fue descrito como derrame cerebral o infarto. Es un ejemplo concreto de cómo muchos síndromes de envenenamiento pueden simular otras enfermedades (ver nota 100). Sobre la revelación de los dos guardias, ver "El País", 11-2-1989.
(165) SISTI-MODOLO, 26.
(166) GURWIN, 105-106; ver YALLOP, 297,298 y 325; también PIAZZE-SI-BONSANTI, 48, 120 y 140.
(167) GURWIN, 144.

(168) Ver "Diario 16", 27-1-1989. La viuda de Calvi, sin acusar directamente a personajes concretos de la Iglesia, insinúa que "querían verle callado para siempre"; dice también que la magistratura italiana ha encontrado en el Banco San Gottardo, de Suiza, muchos documentos que podrían probarlo.
(169) Ver YALLOP, 322; también PIAZZESI-BONSANTI, 218 y "Avanti", 22-9-1987.
(170) BASTIANINI, 7; ver p.16; GURWIN, 101 y DI FONZO, 80-81.
(171) Ver "El País", 17-6-1986 y 19-12-1988; también "Il Tempo", 14-4-1988, "Avanti", 22-9-1987 . En "Diario 16", 9-4-1989, Gelli se reconoce "muy amigo" de los que en 1981 tenían el poder.
(172) El 23 de septiembre de 1981 se constituyó en Italia la Comisión Investigadora de la P2, presidida por Tina Anselmi. La Comisión presentó un informe final al Parlamento el 12 de julio de 1984. Era el fruto de 198 testimonios, 147 sesiones y 14 operaciones de policía judicial. El informe distingue varias fases de actividad de la logia, en particular, del 65 al 74 y del 74 al 81. Ver "Avanti", 22-9-1987.
(173) Ver DOMENECH, 200-201; GURWIN, 102; PIAZZESI-BONSANTI, 193.
(174) Ver YALLOP, 300-301; también PIAZZESI-BONSANTI, 229. El 9 de junio de 1982 Yallop entrevistó a Calvi por teléfono. Cuando Yallop precisó que el tema de su libro era "la vida de Juan Pablo I, Albino Luciani", Calvi perdió los modales: "¿Quién le ha mandado contra mí? ¿Quién le ha dicho que hiciera tal cosa? Yo siempre pago. Siempre pago. ¿De qué conoce a Gelli? ¿Qué quiere? ¿Cuánto quiere?". Y también: "Sea usted quien sea, no escriba este libro. No puedo decirle nada. No me vuelva a llamar. Nunca" (YALLOP, 305).
(175) Ver F. MARTIN, La Iglesia en la historia (I), Ed. Atenas, Madrid, 1984, 182-184.
(176) HERTLING, L., Historia de la Iglesia, Ed. Herder, Barcelona, 1981, 306-307.
(177) JEDIN, H., Manual de historia de la Iglesia (V), Ed. Herder, Barcelona, 1986, 175; ver pp. 170, 172,692 y 693.
(178) Ver RODRIGUEZ-SOLIS, E., La santidad del pontificado, Ed. El Museo Universal, Madrid, 1986, 359.

(179) HERTLING, 307.
(180) Ib., 341.
(181) ZIZOLA, G., Perché non ci credo, en "Panorama", 18-6-1984, 120. Ver LOPEZ SAEZ, J., La renovación eclesial: génesis, dificultades, desarrollos. El Concilio del siglo XXI, Ed. PPC, Madrid, 1987, 115.
(182) JEDIN-REPGEN, Manual de la historia de la Iglesia (IX), Ed. Herder, Barcelona, 1984, 62 y 108.
(183) Ver "Le Figaro", 26-7-1989. Otros dicen que el médico en cuestión fue el padre de Clara, no el hermano, el Dr. Francesco Petacci (ver CORNWELL, 26). Ver nota 68.
(184) HERTLING, 494. Sobre la personalidad de Pío XI, ver JEDIN-REPGEN, IX, 95.
(185) STERLING, C., La hora de los asesinos, Ed. Planeta, Barcelona, 1984, 15.
(186) Ver GURWIN, 105.
(187) Ver "El País", 13-11-1986.
(188) Ib., 17-6-1986.
(189) Comentado por J. ARIAS en "El País", 20-7-1988.
(190) Ver "El País", 17-6-1986.
(191) CORNWELL, 52.
(192) DE ANDREIS-LEONE, 27.
(193) Ib., 28; ver p.66. Juan Pablo II contaba con su compatriota Deskur para afrontar los problemas de la curia, pero en vísperas del cónclave Deskur sufrió un ataque cerebral que se repitió el día 17. Deskur, de 56 años, Presidente de la Comisión Pontificia de Comunicaciones Sociales, estaba considerado como el consejero más importante del cardenal Wojtyla ("Ya", 14 y 18-10-1978; también ARIAS, J., El enigma Wojtyla, Ed. El País, Madrid 1985, 23-24). También el 17, el Papa se equivocó de ascensor y terminó ante el IOR ("Ya", 18-10-1978).
(194) ARNAUD, N., Al servicio secreto de su Santidad, en "Ya", 8-4-1979.
(195) El relato procede del propio Lorenzi. Ver YALLOP, 263-264 y "El País", 5-10-1978.
(196) CORNWELL, 188.
(197) ARNAUD, íb.
(198) Ibidem. Dalla Chiesa fue asesinado en Palermo el 3 de septiembre de 1982, siendo jefe de la lucha antimafia. Aldo Moro, presidente de la Democracia Cristiana, fue

secuestrado el 16 de marzo de 1978 por las Brigadas Rojas, que querían canjearle por trece terroristas encarcelados en Turín. Moro había convencido a un amplio sector de su partido de la necesidad de contar con los comunistas en una nueva mayoría parlamentaria. Precisamente el día que el gobierno, formado en base a ese nuevo esquema, fue confirmado por el Parlamento, Moro era secuestrado (ver "El País", 10-5-1978). La DC y los demás partidos rechazaron cualquier tipo de negociación. En los últimos días, el socialista Craxi pidió negociar por razones humanitarias. El 9 de mayo apareció en Roma el cadáver. La familia hizo saber que, respetando los deseos de Moro, a sus funerales no asistieran los dirigentes de los partidos ni el Gobierno. Se sospecha que en 1984 la DC aceptó negociar en el caso del diputado Ciro Cirillo (ver "El País", 1-8-1984). En su película titulada "I giorni dell'ira. Il caso Moro", Giuseppe Ferrara apunta en esta dirección: los enemigos que Moro tenía dentro del aparato del Estado no querían que saliera vivo; era un obstáculo para su política: "Estos no eran otros que los componentes de la Logia P-2" ("Ya" dominical, 17-8-1986).
(199) Ver "Ya", 8-4-1979.
(200) DE ANDREIS-LEONE, 116-117.
(201) Ver "Ya", 8-4-1979
(202) CORNWELL, 65-66.
(203) Ver Apéndice, doc. 4. Contrasta bastante esto que Lorenzi dice en 1980 con afirmaciones más recientes. Por ejemplo, sobre "los síntomas de un ataque al corazón que el Papa experimentó el 28 de septiembre de 1978" (CORNWELL, 74). Como ya hemos visto, el diagnóstico oficial carece de fundamento. La cuestión es por qué dice Lorenzi esto ahora, nueve años después (ver cap. 6). Añade Lorenzi que Villot era un hombre mayor, que quiso salir adelante y terminar con una gran montaña de papeles pendientes: "El quebró al pobre Luciani. No había ninguna necesidad...¿Por que un Papa habría de emplear su tiempo en todo eso?" (CORNWELL, 81). Ver el moderado horario del Papa, según el propio Lorenzi (nota 39).
(204) ZIZOLA, Il Papa che non volle farsi re, 163; ORTEGA,J.L., Del Cónclave a la elección de Juan Pablo I, en "Ecclesia" 1989 (1978), 20. El jesuita Juan Manuel Igartua

comenta que en la "profecía" atribuida a San Malaquías, el lema correspondiente a Juan Pablo I ("de medietate lunae", "de la mitad de la luna") contiene cuatro puntos de referencia personal: 1) el nombre (Albino significa en latín "blanco"); 2) el apellido (Luciani viene de "luz"; sería así "blanca luz"; además, en latín Luna es contracción de Lucina; podríamos, pues, hablar de "blanca Luna"); 3) el lugar de nacimiento (en Canale, provincia de Belluno; bellum lunum significa "bella luna"); 4) el día de la elección (la noche del 25-26 brilló en el cielo romano la media luna menguante). Además, está la brevedad del pontificado: el tiempo de una luna. Igartua ha examinado en el Anuario Pontificio los nombres de los 132 cardenales de 1978: no ha hallado uno sólo fuera de Luciani que tenga algún elemento de referencia posible al lema; y en Luciani aparecen hasta cuatro. Concluye: "El azar ha de descartarse por fuerza" (IGARTUA, J.M., El enigma de la profecía de S. Malaquías sobre los Papas, Ed. Acervo, Barcelona, 1981, 346-349). Una observación: alguno de ellos podría habérsele hecho coincidir; por ejemplo, el que se refiere a la brevedad del pontificado, por parte de quien decidiera la muerte de Luciani.
(205) Ver KUMMER, 562, 475 y 540; NICOLINI, 157; también "Corriere della Sera", 20-9-1980.
(206) Ver LUCIANI,A., Opera omnia (VIII), Ed. Messaggero, Padova, 1989, 179-180; también de LUCIANI, , Scuola Tipografica Emiliana Artigianelli, Venezia, 1897, 113-124.
(207) KUMMER, 542; ver 538-543.
(208) Ver "Ecclesia" 1899 (1978), 7.
(209) Ver INFIESTA, 59-60 y 127; también LAMET, P.M., Esperamos a Juan Pablo II, en "Vida Nueva" 1149 (1978), 40; finalmente, Card. CE, Solenne omelia nel ricordo di Papa Luciani, en "Dolomiti", 1-2 (1989), 94.
(210) Ver Apéndice, doc. 3.
(211) Ver CORNWEL, 264-265; "Diario 16", 15-5-1989; LOPEZ SAEZ, J., La mayor distorsión de la figura de Juan Pablo I, en "Alandar" 60 (1989), 10-11.
(212) Carta de 16-12-1988. También me han confirmado el acierto del estudio grafopsicológico: Giacomo Mazzorana, director del centro "Papa Luciani" (Santa Justina, Belluno) y Giovanni Dan, director del periódico "L'Azione", de Vittorio

Véneto.
(213) KUMMER, 474; ver pp. 340-351; INFIESTA, 127 y 282; ZIZOLA, Il Papa che non volle farsi re,
(214) LUCIANI,A., Opera omnia (IV), Ed. Messaggero, Padova, 1988, 198, carta pastoral de 29 de julio de 1968; ver KUMMER, 393; YALLOP, 43-45; INFIESTA, 28 y 83.
(215) Ver INFIESTA, 126-127.
(216) Ver "Ecclesia" 1904 (1978), 9.
(217) Ver "Ecclesia", 1905 (1978), 9. A Puebla (M,jico), Juan Pablo I no pensaba ir; ver "Ecclesia", 1903 (1978), 20.
(218) Ver ZIZOLA, Il Papa che non volle farsi re,
(219) CORNWELL, 160.
(220) KUMMER, 222; F. TAFFAREL, Monsignor Carraro: "Quando occorre sa essere forte e deciso", en "Humilitas", 2(1984), 5-6. Bortignon, que en 1949 dejó Belluno, concluyó su servicio pastoral en Padua. Luciani nunca olvidó a su antiguo obispo. Siendo Papa, le rogó que fuera al Vaticano. Del encuentro, el viejo obispo sólo comentó esto: "son cosas que llevar, conmigo a la tumba" (KUMMER, 223).
(221) YALLOP, 184.
(222) Jn. 2,16 y Mt. 21,13.
(223) Ver cap. 1.
(224) Declaración Universal de los Derechos del Hombre, 19.
(225) Código de Derecho Canónico, c.212, 3.
(226) Jn 8, 32.
(227) Concilio Vaticano II, GS 16 y DH 11.
(228) 2 Co 5, 10.
(229) Ga 2, 5.
(230) CALDERON, C., La muerte de Juan Pablo I, en "L'Osservatore Romano" (ed. esp.), 8-10-1978. Ver 1 R 19, 2 y 10; 2 R, 2, 12; Rm 11, 2-3; ver también la comparación que hace Jesús entre Elías y Juan el Bautista (Mt 17, 12-13).
(231) FERNANDEZ ARDANAZ, S., Viaje de Juan Pablo II a la región más católica de Italia, en "Vida Nueva" 1484(1985), 38. Con ocasión de un congreso de estudio sobre el tema "Juan Pablo I: el Papa de la esperanza", celebrado en Santa Justina (Belluno) en el marco del décimo aniversario, se han hecho públicos algunos milagros y se espera pronto el proceso de beatificación y canonización ("Ya", 1-9-1988). Recientemente, en el marco de una misa solemne celebrada

en Canale d'Agordo con motivo del undécimo aniversario de la elección de Juan Pablo I, el sacerdote veneciano Ettore Fornezza ha presentado al obispo de Belluno 15.000 firmas pidiendo la apertura de la causa de la beatificación de Albino Luciani (ver "Il Gazzettino", 26-8-1989).
(232) Ver YALLOP, 312.
(233) Jd 9.
(234) Sal 79,2 y 10. Casi un millón de personas habían desfilado ante el cadáver los días anteriores. Y más de 100.000 asistieron al funeral. Ante la duda, los cardenales Villot y Confalonieri habían sido tajantes: "A no ser que haya un diluvio o un terremoto, las exequias se celebrar n en la plaza". Se leyó un pasaje del Apocalipsis y otro de los Hechos de los Apóstoles junto al evangelio que narra la triple pregunta de Jesús y la triple respuesta de Pedro (Jn 21, 15-17). Desde la consagración a la comunión un aguacero violento cayó sobre Roma. Ver INFIESTA, 246-248; THOMAS y MORGAN-WITTS, 267; "Ecclesia" 1254 (1978), 5-6.
(235) Ver Sal 2,4.
(236) Lc 11, 51.
(237) Ex 32, 7-14.
(238) Ver "Ya", 17-9-1989.
(239) 2 Ts 2, 15.
(240) Lc 19, 13.
(241) Carta con fecha de 2-11-1985.
(242) 1 Ts 5, 4. Ver notas 12 y 95.

Notas a Confidencias de Juan Pablo I

(1) Ver C. BASSOTTO, Il mio cuore è ancora a Venezia, Tip. Adriatica. Musile di Piave (Venecia), 1990.
(2) Ver 2 R 2, 14
(3) Ver Premessa
(4) P. 122
(5) Ib.
(6) Pp. 122 y 124
(7) P. 125
(8) Ib.
(9) Ib.
(10) P. 127
(11) Ib

(12) P. 129
(13) Ib.
(14) P. 131
(15) Ib.
(16) P. 134
(17) P. 135
(18) Pp. 135 y 137
(19) P. 145
(20) Ib.
(21) P. 137
(22) P. 138
(23) P. 116
(24) P. 140. Compárese el testimonio de don Germano con lo que se dice en el cap. 12 sobre la figura de Juan Pablo I y la distorsión de su imagen.
(25) Pp. 146-147
(26) P. 296. Como hemos visto anteriormente, sor Vincenza le dijo a Lina Petri, primer familiar que acudió al Vaticano tras la muerte del Papa, que “simplemente no lo podía creer porque había estado tan bien, mucho mejor en Roma que en Venecia” (ver p. 32). Sobre la salud del Papa, dice Lorenzi: “Gozaba de una buena salud” (p. 45). Y el Dr. Da Ros, su médico personal, afirma: “Nada, absolutamente nada, dejaba prever aquello que ha sucedido”, “estaba estupendamente” (pp. 45-46)
(27) P. 206
(28) Ib.
(29) P. 208. Ver lo que dice el Dr. Roe sobre el error de muchos médicos que relacionan el émbolo de un ojo con la embolia pulmonar. “no tiene nada que ver” (p. 34). Como se puede ver más adelante, lo mismo dicen el Dr. Cabrera y la Dra. Mariscal de Gante.
(30) P. 208
(31) P. 209. Compárese este testimonio de sor Vincenza, en el que faltan algunos detalles, con lo que se dice en el cap. 3 sobre el hallazgo del cadáver.
(32) P. 212. La opinión, según la cual Juan Pablo I pudo morir de embolia pulmonar, la sustenta ahora el propio portavoz vaticano, Navarro-Valls (ver p. 33). Como hemos visto, el Dr. Cabrera opina que "“a embolia pulmonar es aún menos probable que el infarto teniendo en cuenta los

antecedentes y el cuadro encontrado: por ejemplo, no tenía espuma sanguinolenta en la boca” (p. 34). Ver lo que dice el Dr. Roe (p. 33). Ver lo que dicen a continuación el Dr. Cabrera y la Dra. Mariscal de Gante.
(33) P. 227
(34) P. 228
(35) Ib.
(36) Ib.
(37) Ib.
(38) Pp. 229-231
(39) Pp. 231-239. Es de destacar la posición firme de Juan Pablo I frente a la degradación del IOR, frente a la destitución de Marcinkus y, también, frente a la masonería y la mafia. Juan Pablo I no concreta más (qué masonería o qué mafia); aún no se había descubierto el grave asunto de la logia P-2 (ver p. 79), pero Juan Pablo I estaba en la pista. Una pista peligrosa: el magistrado Emilio Alessandrini fue asesinado (el 29-1-1979), cuando investigaba las actividades del Banco Ambrosiano; igualmente, el fiscal Giorgio Ambrosoli fue asesinado (el 11-7-1979), cuando investigaba la quiebra de los bancos de Sindona. En este sentido, el testimonio de la persona de Roma tiene un valor excepcional, pues confirma la delicada y peligrosa situación que Juan Pablo I afrontó con firmeza antes de morir, situación que durante años ha sido celosamente ocultada (ver cap. 7). Es de destacar también la convergencia de la persona de Roma con don Germano en lo que se refiere a la figura del Papa Luciani, figura que ha sido gravemente distorsionada (ver cap. 12). Ambos testimonios manifiestan que Juan Pablo I proyectaba una renovación profunda en el interior de la Iglesia. El hecho de que la persona de Roma oculte su identidad es un dato más que confirma la represión existente (ver cap. 13).
(40) P. 245
(41) Ib.
(42) P. 247
(43) P. 199